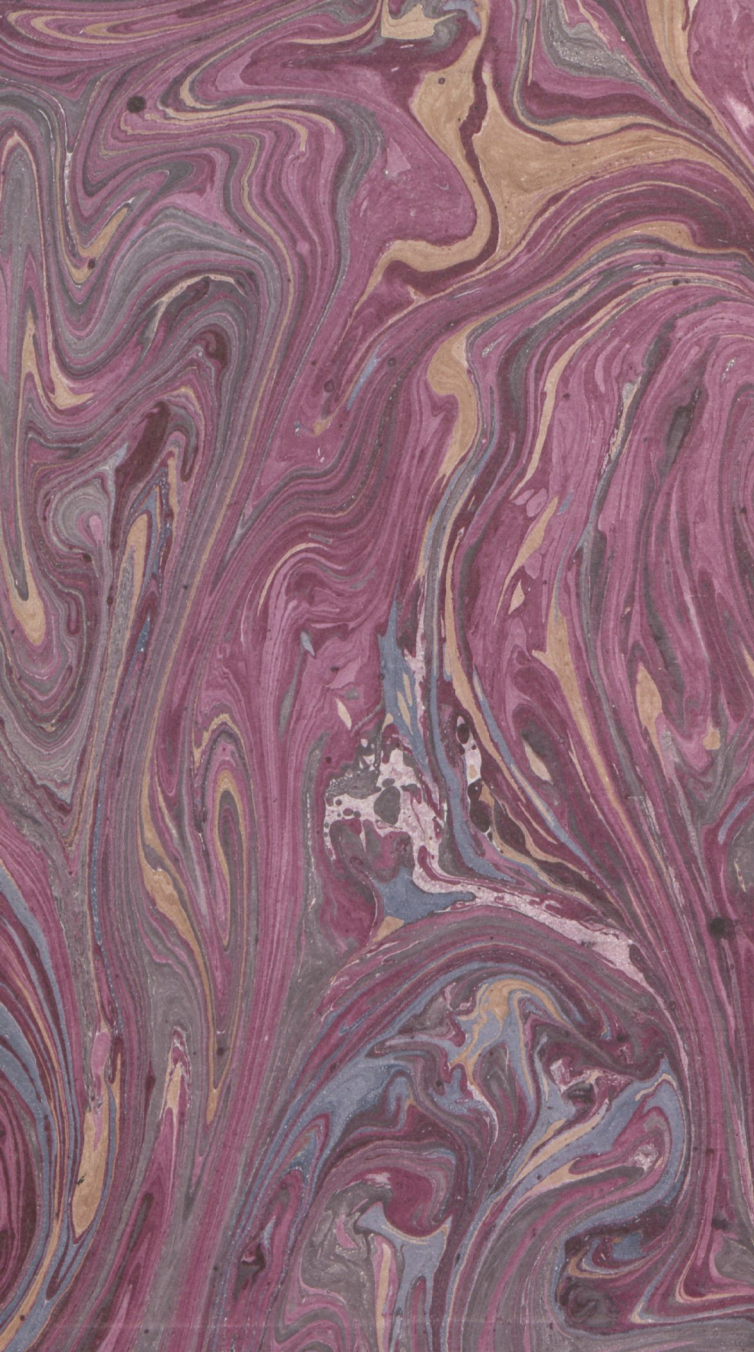

OBRAS ESCOGIDAS

DE

BENITO MAS Y PRAT

ESTUDIOS

LITERARIOS

MADRID

LIBRERIA DE FERNANDO FÉ

CARRERA DE S. JERÓNIMO 2.

1891

DNT
XIX
695

ESTUDIOS LITERARIOS

19 cms.
R.70.294

OBRAS ESCOGIDAS

DE

BENITO MAS Y PRAT

ESTUDIOS

LITERARIOS

MADRID

LIBRERIA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo 2.

1891

Quedan reservados todos los derechos.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

B. Mas y Prat

Benito Mas y Prat

El nombre de Benito Mas y Prat, antes de sufrir penosa dolencia y hoy que está de nuevo entre los que figuran con más fortuna en los fastos literarios, es conocido de todos los amantes de las letras. Esto no es sólo en Andalucía donde vió la luz primera; sino también en el *cerebro de España*, en Madrid lo mismo que en Barcelona y aún allende los mares.

No pretendo hacer un largo estudio biográfico del eminente vate andaluz, sino sólo completar con estas líneas, las del retrato que aparece en la página anterior de este primer tomo de sus *Obras Escogidas*. Todos sabemos que Mas y Prat, como algunos escritores, ha tenido su Calvario; hoy felizmente, después de llegar al Gólgota, ha logrado la redención.

En una y otra etapa de su vida ha luchado como bueno contra los mil obstáculos que se oponen ante los hombres de letras y que parecen simbolizarse en la lucha de la luz y de las tinieblas. El ha recorrido el camino de los abrojos; pero también ha cruzado por esas sendas de flores y esas calles de laureles que conducen al templo de la gloria y á la inmortalidad.

El autor de *La tierra de María Santísima* nació en Ecija, (la Ciudad del Sol) en el año de 1849. En esta rica y antigua población, como todos saben, cuna de preclaros ingenios y hombres eminentes, tales como el P. Roa, Vélez de Guevara y el célebre jurisconsulto Pacheco, fueron sus padres ricos comerciantes y propietarios de aquella localidad, que procuraron dar á su hijo una esmerada educación é instrucción, dedicándole al estudio del dibujo y lenguas, para las que demostró siempre especiales aptitudes; más tarde, decidido á seguir una carrera, comenzó sus estudios preparatorios con objeto de ingresar en el cuerpo de Infantería de Marina, no pudiéndolo conseguir por haberse cerrado temporalmente el Colegio poco antes de dar término á sus estudios preparatorios: no parecía sino que Apolo trataba ya de vencer, consiguiéndolo, á Marte, en la empresa de marcar la ruta de su porvenir al joven que después había de alcanzar un justo y merecido renombre en el mundo de las letras.

Dedicado entonces al escritorio de la casa de sus padres, bién pronto hubo de cansarse de las operaciones y de los cálculos mercantiles, convenciéndose de que su vocación no le llevaba por el camino del Comercio; su imaginación meridional volaba más allá de las pauteadas hojas del libro *Diario* ó del *Mayor*; las *Brisas del Genil* rizaron las ondas de la poesía, en el lago azul de su espíritu, y con aquel título publicó su primer tomo de rimas líricas, cuando apenas contaba diez y siete años de edad, en cuyas composiciones poéticas se revela desde luego la inspiración y la riqueza de luz y de color que después habían de ser la nota distintiva en todas sus creaciones posteriores. Muerto su padre, el joven poeta, lleno de tristeza y melancolías, vino por primera vez á Sevilla, que él había cantado y presentido en sus sueños, trayendo consigo un caudal de ilusiones, riqueza que sólo á la juventud es dable atesorar, y acompañado de esa generosa y noble ambición de gloria, tras cuya posesión caminan todos en los primeros años de la vida. Decidido á sentar plaza en el campo de las letras, al llegar á Sevilla, puede decirse que en ella hizo su profesión de fé literaria, ayudado y alentado, por lisongero éxito, y por los literatos y poetas sevillanos más distinguidos, que vieron desde el primer momento en Benito Mas y Prat algo más que una esperanza legítima de la literatura patria. En 1872

dió á luz su libro de poesías, *Hojas secas*, que dió al autor la patente de poeta original, inspirado y galano: contiene ese libro composiciones que no se desdeñarían de firmar los que hoy pasan entre nosotros por los primeros poetas, figurando entre ellas algunas *Orientales* dignas del célebre Arolas, y *Nocturnos*, género *Benitiano*, como han dado en llamarle algunos escritores andaluces, por ser género propio exclusivamente de Benito Mas y Prat, que, como su paisano Bécquer, al que dicho sea de paso, rinde fervoroso culto, ha encontrado siempre motivos de inspiración en esos arcanos del alma, y en esas nostalgias del espíritu, que á veces embargan nuestra imaginación y nuestros sentidos, hasta el punto de romper el espíritu la estrecha cárcel de la materia, para elevarse á las regiones del infinito, donde el alma encuentra su natural asiento.

La prensa de Madrid y de provincias hizo generales elogios de este bellísimo libro, al que consagró un largo artículo muy laudatorio y honroso para el poeta, *La Ilustración Española y Americana*, que más tarde había de dar cabida en sus columnas á multitud de trabajos de este distinguido escritor. Por esta misma época dedicóse Mas y Prat al periodismo, á cuyas tareas profesaba gran afición, dirigiendo con inteligencia, y fundando varios periódicos en Sevilla. Once años estuvo al frente de *El Eco de Andalucía*

que alcanzó gran celebridad y que murió al abandonarlo Más y Prat.

Coincidiendo con el estreno de la aplaudida obra de don José Echegaray *En el puño de la espada*, escribió el inspirado poeta andaluz su drama *La Cruz del Hábito*, que hubo de estrenarse con extraordinario éxito en el teatro de Cervantes de Sevilla, por la compañía que actuaba en el expresado coliseo, bajo la dirección del eminente actor don Pedro Delgado, poniéndose en escena por espacio de siete noches consecutivas, del mismo modo que el drama del señor Echegaray. El estreno de aquel drama fué un solemne acontecimiento literario, que vino á confirmar la justa reputación de que venía precedido su autor, que fué llamado á escena siete ú ocho veces todas las noches, entre los atronadores aplausos del público, que hizo interrumpir la representación la primera y segunda noche, cosa desusada en Sevilla, para que el autor se presentase en el palco escénico. La noche de su beneficio obtuvo el autor de *La Cruz del Hábito* un ruidoso y señalado triunfo, siendo obsequiado con varias coronas de laurel, valiosas joyas de plata y oro, y con una magnífica corona de plata.

Con la publicación de los *Nocturnos*, género poético, como hemos dicho antes, exclusivamente propio del inspirado vate sevillano, obra que vió la luz en una magnífica edición que se agotó en breve, acabó

de cimentar su reputación de poeta genial, inspirado y correcto, mi biografiado. Del mismo modo que el malogrado Bécquer con sus *Rimas*, ha creado escuela con sus *Nocturnos*. ¿Por qué llama su autor *Nocturnos* á esas delicadas poesías, donde la pasión y el sentimiento corren parejas con la gallardía y la corrección de la forma? ¿Acaso por la misma razón por que Campoamor tituló *Doloras* á esas composiciones cortas y que encierran un mundo de filosofía? Nó: el *nocturno*, en nuestro sentir, y creemos al decir esto interpretar el pensamiento de su autor al escribirlos, quiere decir tanto como poesía eminentemente subjetiva, que sabe traducir y traduce los afectos y las impresiones más caras del alma, en esas horas de la noche en que nuestro espíritu vaga á su albedrío por los espacios imaginarios y se agolpan á nuestra mente los recuerdos del ayer con los sufrimientos de hoy y la esperanza del mañana.

En una palabra: el subjetivismo en su más alto grado.

Entre los bellísimos *Nocturnos* de Mas y Prat—y conste que lo son todos,—son originalísimos los que se titulan *La Barquera Pálida*, *El Crimen*, *Historia Triste*, *Noche Serena*, *En el Eden* y otros muchos muy repetidos. Uno de los más celebrados es el que empieza así:

«Quisiera ser el nardo que reposa
En el templado asilo de tu pecho;

El collar que acaricia tu garganta,
La blanda seda, cárcel de tu cuerpo.»

Excusado será decir que la prensa toda acogió, con el elogio que merece, esta nueva colección de poesías, que después, y aún hoy, se han publicado en diferentes periódicos y revistas.

Poemas Vulgares titúlase el primer trabajo en prosa con el que inauguró la Biblioteca Popular Andaluza el autor de los *Nocturnos*, delicados y sentidos articulos, que han imitado diferentes escritores.

En uno de los certámenes celebrados por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, obtuvo los dos primeros premios, por unas décimas *Al Trabajo*, magnífica composición poética en que la elevación de los pensamientos únese con lo escultural de la forma, y por su bellísimo romance descriptivo *La Feria de Sevilla*, deliciosa acuarela, si se nos permite la frase, llena de color y de luz en que se revela bién á las claras la meridional fantasía del poeta, que busca en el hermoso cielo sevillano la luz que allí se refleja, y en el suelo cubierto de flores, el colorido que en esa poesía domina. Esta misma Academia le abrió más tarde sus puertas, en justo premio á sus trabajos, leyendo en el acto solemne de su recepción, que tuvo lugar el día del aniversario de la muerte de Cervantes, en 1883, un concienzudo y bién escrito discurso, sobre el tema «Verdadero concep-

to de nuestro *Romancero Morisco*,» discurso que fué muy comentado y aplaudido, por la originalidad y riqueza de datos y conocimientos de la materia que en él supo desplegar su autor. Un extracto de él figura en este tomo.

La novela, ese difícil género literario, hoy tan en boga, y que cuenta entre sus intérpretes en nuestro país á escritores tan eminentes como Valera, Alarcón, Pérez Galdós, Pereda y otros, ha sido asimismo tratado con acierto por Mas y Prat, pues en 1880 dió á la estampa *La Redoma de Homúnculus*, que alcanzó mucha aceptación, siendo vertida al idioma italiano por el señor Filippo de la Franchi.

Y llegamos ya á la época de más actividad literaria de nuestro biografiado, que comienza con su asidua colaboración en *La Ilustración Española y Americana*, donde ha publicado desde entonces infinidad de artículos, entre ellos varios de costumbres andaluzas, en los que es Mas y Prat *especialista*, del mismo modo publicó varios en *La Ilustración Artística*, siendo siempre preferida por él, en la última época, la primera publicación.

Me he ocupado en lo que llevo dicho del poeta, y voy á tratar ahora del *prosista*.

Es regla casi general, que los buenos poetas sean débiles prosistas, ó vice-versa; pero como no hay regla sin excepción, la excepción de esta regla es el distinguido escritor

de que hablo, cuyos trabajos en prosa son verdaderamente notables, del mismo modo que lo son sus composiciones poéticas. La mayor parte de sus artículos son joyas literarias de inapreciable mérito. Muchos de ellos podrán leerse en las *Miscelánea*s y en los *Estudios Literarios* de la presente colección. Los de asuntos andaluces publicados en gran número, han sido siempre brillantes cuadros de nuestro suelo.

Mas y Prat ha sabido retratar magistralmente esas costumbres de la hermosa región de Andalucía, que forman, por decirlo así, su natural encanto, y que llevan á nuestro espíritu, entre oleadas de luz, perfumes y colores, algo así como voluptuosos recuerdos de nuestra niñez, mezclados con los sueños y las doradas ilusiones de la juventud.

Benito Mas y Prat, si tiene semejanzas espirituales con algún escritor de nuestros días, es, sin duda alguna, con el malogrado vate sevillano Gustavo A. Bécquer; ya hemos hecho notar cierto paralelismo que existe entre los *Nocturnos* de aquél y las *Rimas* de éste, paralelismo que viene á notarse del mismo modo en los artículos en prosa de ambos escritores, que han sabido hallar motivo para sus creaciones bajo el hermoso cielo de Sevilla, así como en la contemplación muda de sus notables monumentos y de sus calles y plazas, pobladas de tradiciones y de leyendas. Como Bécquer, Mas y

Prat es un artista de corazón, que sabe sentir el arte y expresarlo después con todo el color y la luz que el natural le ofrece; sobrio, al mismo tiempo que animado, en fácil y brillante estilo, sus descripciones sorprenden y deslumbran, hiriendo los ojos del alma con la luz meridional que ilumina esas descripciones, donde aparece primero el erudito y el literato concienzudo, que encuentra siempre en la historia fáciles relaciones con las costumbres que retrata, y después el artista, el poeta, que envuelve en la bruma de su poesía ese mundo de recuerdos históricos, que evoca en todos sus trabajos, interesando y conmoviendo á un tiempo mismo. Y no sólo es en los artículos de costumbres andaluzas donde muestra su rico caudal de inspiracion y su gallardo y ameno estilo: las *Ilustraciones* citadas registran en sus colecciones estudios, paralelos críticos y juicios de un profundo sentido literario. Estos pueden leerse también en estas páginas, y entre ellos se pueden recomendar *Sahespeare* y *Voltaire*, *Mio Cid* y *Sigfrido*, *Rancé* y *Mañara* y *Tres Cuadros Naturalistas*.

La obra que más ha augurado la justa nombradía de Mas y Prat, es *La Tierra de María Santísima*, edición lujosísima, ilustrada por García Ramos, el pintor más celebrado por la fama, tratándose de asuntos andaluces, y editada por la casa de Ramirez de Barcelona; ella contiene sus caracteres y

sus imágenes típicas, toda la sal y la gracia de la región más bella del mundo; toda la luz y el color de la Bética y de las provincias del Mediodía.

La prensa de Madrid dedicó á esta obra justos elogios, y la sensata *Época* los extremó para honra de los autores; la acogida de la edición, que debe haberse terminado cuando se publiquen estas líneas, ha sido notabilísima en España y en América.

También en esta última parte del mapa se ha recibido con gran éxito *La Dama Blanca*, novela última de Mas y Prat, adornada con preciosos cromos y cuyo asunto es interesantísimo.

Los cromos son del conocido pintor sevillano T. Povedano.

Pocos, muy pocos escritores han podido cultivar con éxito casi todos los géneros literarios; Mas y Prat se ha apartado de esta regla; desde el periodismo hasta el teatro y la novela, su pluma se ha deslizado constantemente sobre el papel, acomodándose á esos distintos géneros; primero la poesía, que es la alborada de los corazones que sienten; después los trabajos en prosa, el teatro, el periodismo, la novela, que son el reflejo fiel de la vida y la traducción de los pensamientos y de las impresiones. Se nos olvidaba: también ha cultivado el género de Juvenal: la sátira tuvo un tiempo su intérprete en Mas y Prat, que la abandonó más tar-

de, convencido acaso de que la verdadera sátira está, sin que sea preciso buscarla, en la vida misma.

Quisiéramos disponer de más espacio para hacer un ligero análisis de todas las obras del escritor sevillano, pero no lo creemos necesario, dada por una parte nuestra insuficiencia, y por otra lo muy conocidas que estas obras son de todos aquellos que, como dejamos sentado, hayan seguido con alguna atención el movimiento literario de nuestros días.

Benito Mas y Prat, diremos para terminar, sin que nos cansemos de repetirlo, es uno de los escritores andaluces más notables; aún es joven y puede darnos nuevas y notables muestras de su peregrino talento.

Entre sus obras dramáticas, á más de *La Cruz del Hábito*, ya citada, recordamos las en un acto tituladas *La Linterna de Diógenes*, *Prusia y Francia*, *Espíritu y Materia*, *La Primera Tiple* y otras, algunas de las cuales se estrenaron con mucho éxito en los teatros de Madrid, encubriendo el autor su nombre bajo el pseudónimo. También ha terminado á esta fecha, y está próxima á ser puesta en escena, una zarzuela en dos actos y varios cuadros, titulada *Agustina Zaragoza* que lleva música del conocido maestro sevillano don Luís Mariani. Pertenece á la Academia Romana *La Familie Romúlea*, y hoy posee una Cruz de la Real y distinguida Or-

den de Carlos III y, debe estar en camino de ser Comendador. Tal es el escritor: tal es el poeta.

¿Cómo es el hombre? ¿Cómo el amigo? Hasta aquí la imparcialidad ha guiado mi pluma, porque me ocupaba del escritor; al ocuparme del amigo que tan noble corazón tiene y tan excelentes prendas morales atesora, temo que se me tache de parcial ó apasionado, y al llegar á este punto, doy por terminada mi grata tarea.

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.

ESTUDIOS LITERARIOS

Don Miguel de Mañara

I

Con la luna nueva de los muertos, es decir, en los asomos del mes de Noviembre, un nombre original, hundido en orlas negras como el de una inmensa esquela mortuoria, aparece en las esquinas de las calles de nuestras poblaciones más humildes, y solicita la atención de los transeuntes. Es el de *Don Juan Tenorio*, matador de Mejía y del Comendador Ulloa, célebre burlador de doncellas, con el que siempre fueron el escándalo, la profanación y la ignominia.

Semejante al Ahasverus de la Edad Media, que sólo se dejaba ver en los nublados, ha elegido el mes de las tristezas para hacer sus periódicas apariciones. Todos le conocemos, y sin embargo, su verdadera historia

permanece oculta hasta la fecha; Tirso y Zorrilla la descubrieron, acaso por alguna de esas revelaciones extrañas que sólo alcanza la inspiración.

La curiosidad de los eruditos há tiempo que se despertó con las proezas de Don Juan Tenorio. Los soñadores las tomaron por su cuenta, glosándolas y acomodándolas á su manera, y un sin número de novelas, leyendas y cuentos fantásticos vaciáronse en el molde del poema de Byron ó de la variante de Espronceda. Sin embargo, ni un solo historiador pudo encontrar en las añejas crónicas al verdadero *Burlador de Sevilla*, ni en el árbol genealógico de los Tenorios, que aparecen en nuestra historia con los prisioneros de la batalla de Nájera, fué posible señalar el protagonista del célebre drama del maestro Fray Gabriel Téllez.

La tradición oral, que consiste en hacer á Don Juan hijo de una ilustre familia de los veinticuatros de Sevilla, el cual fué á llorar sus yerros á la Casa Grande de San Francisco, donde es fama que se hallaba una de sus víctimas —cierto comendador á quien mató después de robarle á su hija— es cuanto ha podido sobrenadar en las oscuridades de tan manoseado asunto.

Hace algunos años se creyó resuelta la dificultad con el análisis de la historia de un noble personaje sevillano, don Miguel de Mañara, piadoso fundador del Hospital de

la Santa Caridad, que vivió en el siglo XVII, y audaz caballero, que, según confesión propia, escandalizó en sus mocedades á la ciudad del Betis con sus desórdenes y calaveradas.

Y hubo de hacer fortuna el descubrimiento, á juzgar por la comezón que entró á poetas y novelistas de colocar el sambenito al devoto Don Miguel. Tantos fueron los escritos que comenzaron á ver la luz con esta tendencia, que la Hermandad de la Santa Caridad de Sevilla acordó reimprimir la antigua biografía que escribió el docto jesuita Padre Cárdenas, protestando de paso de este atentado, no tan sólo porque parecía amenguar la valía del noble fundador, sino también porque hubiera podido dificultar el proceso de beatificación seguido en Roma, y al cual coadyuvaron con sus poderosas influencias los monarcas Fernando VI, Carlos III y Carlos IV.

Ahora preguntarán mis lectores: Y bién: ¿qué hay de común entre Don Juan Tenorio y don Miguel de Mañara? ¿Qué condiciones de identidad ó de semejanza podemos hallar entre estos dos caractéres, uno completamente real y otro completamente soñado?

Antes de contestar á estas preguntas, preciso es internarse en la intrincada selva de la tradición, y deshacer de algún modo la enredada maraña.

Hay cierta universalidad pasmosa en de-

terminadas tradiciones. La del Judío Errante, por ejemplo, es tal, en la Edad Media, que dura aún en nuestros días. No hay más que leer á Schoebel para comprender que Ahasverus, marchando sin cesar con la tormenta y apareciendo en todos los puntos del globo donde el sol sale, es una personificacion del pueblo hebreo, destinado desde los primeros siglos á vivir sacudiendo el polvo de sus sandalias, y cambiando sin cesar de hogares y de señores. Llevada la tradición de un punto á otro, y hallados los lineamientos propios en todas partes, claro es que el personaje llega á grabarse en las imaginaciones y á tomar carta de naturaleza, como dice, con profundo sentido, un moderno historiador refiriéndose á varias personificaciones de la Edad Media, «suelen aplicarse al individuo los caractéres de la colectividad, y muchas veces áun lo que sólo conviene á la totalidad de las cosas.»

La raza de los Mañaras—y acaso la de los Tenorios—comienza con el misticismo. Ejemplo de conversiones semejantes á las del fundador del santo Hospital de Sevilla, son las del santo de Asís, San Ignacio, Rancé y San Francisco de Borja. Los traviesos pecadores que llegan al luminoso término de la santidad ó de la salvación por medios providenciales, abundan de tal modo en las narraciones de los libros devotos posteriores al Kempis, que basta hojear cual-

quiera de ellos para encontrarlos á docenas. En el siglo XVIII llévase al extremo en España el uso de estos libros de edificación, y comienza la decadencia. Buena muestra de ellos es el intitulado *Casos raros de vicios y virtudes*, escrito por el Rdo. P. Fr. Juan de Lanuza, predicador apostólico *para ejemplo de virtuosos y escarmiento de pecadores*. (1)

Hace poco he visto reproducida en un estudio acerca del *Tenorio*, una tradición bretona del siglo XV, que recuerda confusamente el asunto del *Convidado de Piedra*, que acaso conoció Tirso y que se atribuye al capuchino Morini.

Tres jóvenes disipados cenan opíparamente una noche de Carnaval, y deciden disfrazarse para recorrer las calles de Rosporden. Uno de ellos, más atrevido y diabólico, llega al cementerio cercano, hurta una calavera, coloca dos lucecillas en las concavidades de los ojos, y cubriéndose el cuerpo con un sudario, se lanza por las calles de la ciudad, poniendo espanto en cuantos le contemplaban. Así continuaron sus correrías, hasta que, llegando al extremo de la embriaguez y de la licencia, exclamaron á coro:—Si existe Dios, ¿por qué no viene á regocijarse con nosotros?

Tan sacrílego acto no quedó sin respuesta. Tiembla la tierra, se bambolean ho-

(1) Madrid MDCCLXXIX.

rriblemente las casas de Rosporden, y los vecinos, azorados, huyen á los templos cercanos, creyendo llegado el fin del mundo. El joven impío devuelve al cementerio la calavera; pero dice ante la profanada tumba, estas palabras:

—Esqueleto, quien quiera que seas, ¿quieres venir á cenar conmigo mañana?

Pasada al día siguiente la borrachera, el joven se dedica á sus acostumbradas tareas, sin recordar el fúnebre convite; mas llega la noche y no bien acaba de sentarse á la mesa, resuenan á la puerta dos golpes secos y acompasados.

El joven palidece; sus acompañantes caen desmayados sobre el pavimento: era el muerto que llegaba.

De estos convites fúnebres hay también multitud de ejemplos en nuestros cuentos populares: el cuerpo del difunto cae á pedazos por una claraboya del comedor, y sus miembros vuelven á reunirse después fantásticamente; de este cuento se ha servido el señor Hartzenbuch en su *Redoma encantada*.

El poeta, que todo lo estereotipa y recoge, ha hecho presa de estos cuentos y de estos relatos ejemplares, vistiéndolos con el ropaje de su fantasía, y rodeándolos de ese encanto inexplicable, cuyo secreto sólo conocen las musas. No hay duda que, tanto *El Burlador*, de Tirso, como el *Tenorio*, de Zorrilla, deben al detalle del convite mor-

tuorio una gran parte de su celebridad. La sombra de Banquo sentándose á la mesa con Macbeth, influyó grandemente en el éxito de esta *master piece* de Shakespeare.

Aun al otro lado de los mares ha gozado este detalle, común á varias obras, de especial resonancia. Plácido *el Mulato*, escribiendo con motivo del aniversario de la muerte de su adorada Fela, tuvo este delicioso rasgo lírico:

«Luego que torne á mi morada triste,
Sobre la mesa purpurina rosa
Pondré, y el mirto verde
Como corona que de amores viste,
Porque su vista hermosa
La imagen adorada me recuerde;
A la derecha añadiré un cubierto
Y una silla, de adelfas coronada:
¡*Ella* estará, sin duda, allí sentada,
Y le diré que para mí no ha muerto!»

La propia universalidad de que goza el detalle de los aparecidos, de que acabo de hacer mérito, tiene el tipo caballeresco de Tenorio en aquello que mas le atañe y estereotipa.

Monsieur Antoine de Latour, que escribió, al pasar por Sevilla, una extensa biografía de Mañara calcada en datos orales y en los apuntes del padre Cárdenas, observaba, atendiendo al carácter pendenciero, im-

pío y provocador del héroe de Tirso, Byron, Zorrilla y Espronceda, que el Tenorio vive en todas las literaturas y en todos los pueblos; que más ó menos acentuado, más ó menos dotado de los lineamientos propios del caballero español, ha podido ser un gentil-hombre francés, un lord inglés, un príncipe italiano y un estudiante alemán; y en efecto: el burlador, el pendenciero y el impío son notas universales que suelen darse en todas las naciones y en todos los tiempos. Un Fausto, un Manfredo y un don Juan pueden hallarse en cualquier parte, con tal de que el que los busque se llame Goethe, Byron ó Tirso de Molina.

Hay que convenir, sin embargo, en que el verdadero Tenorio debe de haber nacido en España. En ninguna parte se dá esa síntesis pasmosa que nos presenta el amante de doña Inés de Ulloa; nuestra afición á locas empresas y á aventuras amorosas, llevaron á más de un Mañara y de un Perafán á terribles catástrofes. La sangre de los Abderramanes y Almanzores corre aún por nuestras venas mezclada con la del Cid y Gonzalo de Córdoba; la licencia arábiga y la galantería castellana, parecen nuestra natural herencia; la impiedad, que no se explica Latour en un Veinticuatro sevillano, tiene su natural explicación en esa soberbia de raza, que irritándose ante el obstáculo y la contrariedad, es semejante á la ola encrespada que azota

la misma playa que antes besó humildemente.

Una postrera consideración, que hay que tener muy en cuenta: la impiedad y la soberbia de don Juan Tenorio son, en último término, estados patológicos que desaparecen cuando menos se piensa; para ello basta que el remordimiento levante á los muertos de la tumba, ó que la sombra de la mujer amada rasgue, con su mano pálida y trasparente, una cortina del cielo.

Esto bastó á Tenorio para salvarse, y poco menos necesitó Mañara para entrar de lleno en el camino de las perfecciones cristianas.

II

Mas hora es ya de que presente á mis lectores al noble caballero sevillano.

Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, nació en Sevilla, de una ilustre familia, el año de 1526, y perteneció á la Orden militar de Calatrava, Orden que no permitía el ingreso en sus filas más que á los caballeros de gran calidad y limpio linaje.

Sus primeros años, como he indicado más arriba, fueron tempestuosos y dados á las

aventuras y devaneos propios del siglo de Felipe IV. No hay memoria de esta su primera edad; pero la tradición y sus propias palabras confirman esta particularidad, que procuran pasar por alto su biógrafos, y en especial el citado padre Cárdenas. Sevilla, ciudad levítica por naturaleza, que sólo por las relaciones de los que visitaban la corte, conocía las licencias de los Olivares y Lermas, y aún de su propio Monarca, no debió de ver impasible los escándalos provocados por el impetuoso y soberbio don Miguel, quien no se arredraba ante los obstáculos, ni dejaba de satisfacer sus carnales apetitos, á trueque de andar con el diablo á cuchilladas.

Su cuantiosa fortuna; su porte altivo y simpático, que no pudo disimular el pincel de su amigo Valdés Leal, aún en aquella época en que el modelo se entregaba á abstinencias y maceraciones, haciánlo apto para capitanear con éxito alguno de aquellos grupos revoltosos de mancebos, de que formaban parte los Mejías y los Perafanes, y que llevaron más de una vez al seno de nobles familias la desolación y la deshonra.

Cierto novelista nos lo pinta cruzando el Guadalquivir en ligera barca, acompañado de mujerzuelas y tañedores, como los antiguos árabes andaluces, y llevando sus criminales travesuras al extremo de sepultar en el seno del Betis á alguna de sus adoradas de

un día; esto, que no está confirmado por ningún dato oral ni escrito, pudiera explicarnos la repugnancia que sintieron al recibirlo en su seno los primitivos hermanos de la Santa Caridad, que solían recoger piadosamente á los cadáveres que flotaban sobre las aguas.

Al cabo, el atrevido caballero halló la mano cariñosa y suave que había de arrancarlo de las garras de la impiedad y del sensualismo. Cumplidos ya los treinta años, contrajo matrimonio con doña Jerónima Carrillo de Mendoza, hija del noble don Diego Carrillo de Mendoza, señor de Guelago y Fáneles y caballero del hábito de Santiago, y de doña Ana de Castrillo, heredera de los Marqueses de las Cuevas del Becerro, señora de Montejaque y Benaojan.

No dicen los biógrafos si era ó no un portento de hermosura esta señora; pero debió de serlo seguramente, teniendo en cuenta que encadenó con lazos de flores á tan veleidoso amador, y que provocó con su muerte la total conversión de su esposo, el cual adoraba en ella á pesar de sus conocidas infidelidades.

No sabemos si antes ó después de su casamiento ocurrieron á don Miguel de Mañara varios extraños sucesos, que consignan algunos de sus cronistas, y que aún repetidos en otras historias, vinieron á justificar para algunos el completo cambio de vida y de carácter del que luego fué humilde hospitalario.

Pasando una noche por la calle estrecha y medrosa llamada del Ataud, para ir á cierta casa á donde concurría frecuentemente, sintió tan gran golpe en la cabeza, que cayó desvanecido al suelo. En medio del trastorno producido por agresión tan inesperada, el trasnochador oyó clara y distintamente estas ó parecidas palabras: ¡Traed el ataud, que ya está muerto! Y en aquel punto mismo vió avanzar hacia él, por lo más estrecho de la calle—que tenía la forma del funebre útil cuyo nombre llevaba—dos filas de luces temblorosas, que no eran otra cosa que las candelas de un entierro.

Acercóse á preguntar quién era el muerto, á la manera de su émulo el capitán Montoya, y uno de aquellos clérigos pálidos y silenciosos que formaban el cortejo, le contestó clara y distintamente: *Don Miguel de Mañara.*

Mañara, impresionado vivamente por tan extraña contestación, se abalanzó al féretro y puso la mano impía sobre la mortaja. Pronto pudo convencerse de la terrible realidad: era su propio cadáver el que llevaban en el ataud.

Esta anécdota se cuenta en Sevilla de varios modos. Dicen que no fué en la calle donde Mañara se vió á sí mismo difunto, sino en una iglesia, por cuyo porche pasó á las altas horas de la noche, y en la cual se verificaban sus funerales; de este modo cuenta

Zorrilla la visión del capitan Montoya, y Antonio de Torquemada lo acontecido á cierto religioso profeso.

Otra noche, paseando Mañara, á las oraciones, por uno de los barrios más apartados, vió un hermoso busto de mujer que se destacaba entre los tiestos de flores de una estrecha ventana. Notando que correspondía á sus señas, aunque la puerta de la casa estaba como una muralla, preguntó á la hermosa provocadora si podría arrojarle la llave. La contestación fué más rápida de lo que el caballero esperaba; una primorosa escala de seda le fué arrojada instantaneamente desde el cercano balcón, y Mañara subió por ella, ansioso de llevar á cabo tan impensada conquista.

La decepción no se hizo esperar mucho tiempo. Al colocar la mano sobre los hierros para ganar el último tramo, un espectáculo repugnante apareció á sus ojos. En vez de la hermosa doncella, cuyas caricias esperaba hallar sin gran trabajo, un esqueleto, rodeado de blandones y tendido en negras bayetas, puso espanto en su corazón y ahuyentó las viles ansias que le dominaban.

No hay que decir que el atrevido aventurero descendió al punto, haciendo la señal de la cruz y meditando seriamente en tan terrible suceso.

La postrera anécdota, que sólo le atribuye Latour, es la de la profanación de la santa

Basílica Metropolitana. Cierto dia halló Mañara una bella *de excelente palmito—dont la tournure lui-plait*— como dice el escritor francés á que me refiero, y persiguiéndola y *echandole flores—paroles-flatteuses*— llegaron á las puertas del santo templo.

—¡Maldita criatura!—exclamó Mañara cansado de la tenaz resistencia de la dama; —¿no volverás el rostro alguna vez?

La dama volvió el rostro al cabo, dócil á la terrible maldición del audaz mancebo; mas ¡cual no sería el asombro de éste al encontrar bajo el airoso manto de la hermosa, una amarillla y descarnada calavera!

. . . . . .

Meditación merecen estas anécdotas por lo que tienen de conocidas y prodigadas, y antes de entrar en el verdadero campo histórico de la vida del Rancé sevillano, he de hacer algunas reflexiones acerca de su relativa importancia.

El P. Cárdenas, única fuente histórica en que Latour y otros muchos han bebido, sólo consigna la anécdota del entierro, y esto de una manera sobria y como de pasada; las otras ó existen diseminadas en obras de escritores poco escrupulosos, ó se atribuyen, con mayor suma de datos, á otros personajes.

Comenzando por la más autorizada, hállola incluida y desfigurada en el libro devoto de Fray Martin Lanuza, que la atribu-

ye á un tal Antonio de Torquemada. Héla aquí en su lenguaje burdo y desmalazado, para dar una idea de tan original literatura:

«Horrorosa es la tragedia que refiere Antonio de Torquemada. Un torpe mancebo, enamorado de la hermosura de una religiosa, frecuentaba el visitarla. Sus primeros coloquios fueron chanzas, palabras ociosas; de allí pasaron á ofrecimientos recíprocos; después enviábanse cartas cariñosas, dones de una parte á otra, deseos de verse y hablarse, y finalmente, dió á la clausurada incendios contra la castidad, todo lo cual, en su edad más florida, la compelían á gozar de su libertad. Determinóse desamparar al convento y hacer fuga una noche. Llegó la hora, fué el mancebo al monasterio y halló la puerta de la iglesia abierta, admirado de que á aquella hora—era la media noche—estuviese abierta la puerta de la iglesia; entró, y oyó cantar como exequias de algún difunto. Vió también que en medio de la iglesia había un túmulo ó féretro, donde se veía un cuerpo difunto y amortajado, cercado por una parte y por otra de hachas encendidas. Había á los lados de la iglesia y del féretro muchas comunidades de religiosos, que cantaban en tono horroroso á coros con el clero.

«Deseoso el mozo de saber qué honras ó exequias tan á deshora fuesen aquéllas, acercóse á uno de aquellos religiosos que allí es-

taban, y le preguntó por quién eran aquellas exequias tan intempestivas, y qué entierro era aquel tan á deshora. Y respondió que por Fulano, nombrándole al mismo mancebo que lo preguntaba. Replicóle:—¡Bueno está eso, pues ese caballero aún vive!—¿Cómo puede ser—respondió el religioso—si dentro de breve tiempo lo enterraremos? Quiso satisfacerse más, ya con algún cuidado: llegó á otro, hízole la misma pregunta, y respondió lo mismo. Atónito el sacrílego mancebo, comenzó á temblar y estremecerse todos sus huesos, y erizado el cabello, al punto se salió del templo. Pero apenas echó el pié fuera, cuando se aparecieron allí dos negros y horrorosos mastines, (1) que embistieron á él—viendolo la monja que estaba en la muralla esperando á su amante y lo hicieron pedazos, y su alma bajó á los infiernos.»

La segunda anécdota tiene cercano parentesco con aquella otra que se atribuye á uno de los Felipes, y que tanto dió que murmurar en los mentideros de la Corte. Un monarca poderoso, que, creyendo encontrar una hermosura viva, la halla amortajada y entre cuatro cirios: hé aquí, poco más ó menos, lo acontecido: Rancé, el reformador de la Trapa, tuvo menos suerte todavía; devorado en cierta ocasión por los deseos, vió á la que

(1) Esto recuerda el perro de *Fausto*.

buscaba ardiendo en las vivas llamas de un lago de fuego.

La anécdota última ha sido tomada por Latour del hecho atribuido á don Mateo Vázquez de Leca, nombrado por el cabildo, canónigo y arcediano de Carmona en 1591. Este, y no don Miguel de Mañara, fué el que penetrando cierto día en la santa basílica de Sevilla tras una mujer, recibió terrible desengaño. Varflora cuenta el hecho del modo siguiente:

«Celebróse la procesión del Corpus, en la que asistió don Mateo, más por el lucimiento de su persona, adornada con ricos y costosos vestidos, que por solemnizar la función: en la tarde, cuando se paseaba por la iglesia con deseos de ver y de ser visto, advirtió que una mujer *de gallardo talle* y traje muy lucido, le hacía señas para que la siguiese á la Capilla de los Reyes. Hízolo así, y estando en aquel sitio, á instancias suyas, apartó la mujer el manto; y este fué el instante en que la mano de Dios hizo la mudanza de aquel descuidado eclesiástico, pues cuando esperaba mirar una singular belleza, vió un horroroso y espantable esqueleto. Sorprendióse, y poseído del pavor, sin atender al gran concurso que áun había en la iglesia, se apartó dando voces y exclamando:

¡Eternidad, eternidad, eternidad!»

La circunstancia de llevar ambos perso-

najes el apellido de *Leca* hizo, sin duda, á Latour atribuir á nuestro don Miguel el suceso referido.

Buscando la razón de haberse amontonado sobre la personalidad de Mañara todos estos extraños relatos, he creído encontrar un detalle que ha de arrojar mucha luz en el asunto. Conocido es de los sevillanos el frecuente trato que con sus hermanos los pobres tuvo el Mañara piadoso y arrepentido. Tales eran sus deseos de no conversar sino con los menesterosos, que abandonando su casa solariega, *cuyos jaspes le daban enojo*, como á Rancé los de su hermosa quinta de Veretz, tomó una pequeña casa-habitación cerca del santo Hospital, para de este modo vivir contínuamente entre ellos. La impiedad, que hacía en aquella época innumerables prosélitos, trajo al santo Asilo de Sevilla un sinnúmero de ovejas descarriadas, á las que el piadoso fundador hubo de volver al redil con incansable constancia. ¿No pudo, siguiendo el método tan usado antes y después de él por predicadores y misioneros, contar él mismo las referidas tradiciones para convencer á los contumaces y edificar á los tibios?

En las Reglas de la Santa Hermandad, que escribió el mismo don Miguel, hay un capítulo que trata de las pláticas que se han de hacer en la iglesia en determinados días, cuyo espíritu y letra da nuevos visos de

realidad á las observaciones anteriores. Los asuntos fueron marcados por Mañara, *como motivo de desengaño en la Babilonia de este mundo*, y no pueden variarse; hélos aquí. Primero. De la Muerte.—Segundo. Del Juicio. —Tercero. De las Penas del Purgatorio;—Cuarto De la Gloria de las Bienaventuranzas.

No trato de imponer esta opinión mía, pero de este modo nos explicaríamos cómo se le atribuyeron por el vulgo hechos que no están consignados en su historia, y que son comunes á varios otros. El Padre Cárdenas, al dejar de consignar la mayor parte de las anécdotas que cuenta Latour, y dar lugar á otras de escasa importancia, conviene implícitamente en que estos relatos sólo fueron *casos raros de vicios y virtudes para escarmiento de pecadores y ejemplo de virtuosos.*

No porque yo crea que las lúgubres anécdotas que á don Miguel de Mañara se atribuyen pueden desvanecerse como el humo, he de poner en tela de juicio la parte providencial de su conversión edificante. Sólo he de afirmar aquí que la universalidad de ciertos sentimientos no es menos positiva que la de ciertas fantasías; que el providencial dolor que llevó á Rancé á reformar la Trapa, pudo del mismo modo hacer á Mañara reformador de la Santa Hermandad de la Caridad de Sevilla. (1)

(1) Véase el paralelo siguiente.

Y ahora que de ambos trato, justo es que haga notar algunas particularidades que les son comunes y que habré de ampliar en época no lejana.

El Abad Armando de Rancé nació el mismo año que Miguel de Mañara, y su vida accidentada y escandalosa tiene con la de nuestro don Miguel notables afinidades. Ambos fueron pendencieros, enamorados y amigos de aventuras; uno y otro perdieron una mujer cuando se creían más felices, y hallaron en esta pérdida el símbolo de las vanidades de la vida, que el uno expresó en su *Memento* y el otro en su *Discurso*; así el primero como el segundo despreciaron sus hogares, donde reinaba el fausto y la abundancia; éste y aquél, por último, sintieron la necesidad de familiarizarse con la muerte, escribieron con especial cuidado sus testamentos, y trazaron sobre los muros de sus respectivos asilos, piadosas leyendas. ¡Qué más! Mañara, llegado á Ecija, pidió posada en parte donde no se la quisieron dar, y supo á la mañana siguiente, que se había desplomado la habitación que solicitaba; Rancé, pernoctando por primera vez en el Monasterio de la Trapa, sintió caer sobre su cabeza la techumbre de la celda que ocupaba, y sólo pudo salvarse milagrosamente.

El cambio radical de las costumbres de Mañara, que debió causar gran admiración en Sevilla, no hubiera logrado sorprender

á los cortesanos de Felipe IV ó de Luís XIV. Chateaubriand, pintando esta época, dice refiriéndose á la patria de Rancé: «La mayor parte de los arrepentidos del siglo XVI y de principios del siglo XVII habían sido bandidos, aventureros y desertores de ejército. Una sociedad tan llena de criminales se llenó de penitentes como en los tiempos de la Tebaida.»

La corte de las Españas, que frecuentó Mañara seguramente, estaba acostumbrada lo mismo á las austeridades de Felipe II que á las licencias de Felipe IV.

De unas á otras no había más que un Felipe, es decir, no había más que un paso.

La siguiente carta dirigida por don Miguel de Mañara á la ciudad de Sevilla, y que debí inédita, á la diligencia de un ilustre amigo, es buena prueba de esta afirmación. Dice así tan curioso documento, cuyo original se halla en el archivo municipal de Sevilla:

"A la muynoble y muy leal ciudad de Sevilla.„

"Señor, obedeciendo las òrdenes de V. S. bessamos la mano à sus Mgds. el Domingo 10 de este mes cuya funciòn se debe el lucimiento de ella al señor don Luis y al señor Marquès de liche que vino con toda la corte pornosotros en el coche de la——persona. Adonde tomè un estrivo yenesta forma llegamos al retiro teniendo muy buendia con la particularidad que V. S. A cumplido su obligación. Y nosotros como hijos suyos quedamos desbanecidísimos de

esta estimaciòn y le suplicamos escriva al señor don luis y al señor Marquès de liche dàndole las gracias de su fineza y anosotros nos mande otras muchas cossas en que quede favorezida nuestra voluntad y rendimiento.—gue. Diòs A V. S en la grandeza que merece y todos deseamos Madrid y febrero 12 de 1658 — b l. m. de V. S.ª, su màs reconocido servidor,

D. MIGUEL MAÑARA VICENTELO DE LECA„

III

Es evidente que para determinar una conversión en semejante época sólo se necesitaba uno de esos golpes rudos é inesperados con que la Providencia suele amilanar á los soberbios.

La muerte de doña Jerónima Carrillo hizo en Mañara el mismo efecto que la de la emperatriz Isabel en Francisco de Borja, y la de madame de Montbazon en el reformador de la Trapa. Ennegrecióselе la tierra, vió el gusano roedor sobre el labio querido, bañado antes en ámbar y rosas, y sintió ese tedio por la existencia, que se revela en los tristes pasajes de su *Discurso de la Verdad*; opúsculo que parece escrito por un cartujo acostumbrado á cavar su fosa y á saludar á sus silenciosos compañeros con las terribles palabras que recuerdan la última hora.

Aquí la historia de Mañara se despeja, como el cielo de Andalucía después de la tormenta, y sus biógrafos le siguen fácilmente desde el Desierto de las Nieves hasta las enfermerías de la Santa Casa; aquí también podemos hallar una preciosa analogía que le acerca al Tenorio de la tradición y de la leyenda: ambos, al borde del abismo de la perdición, son llamados á la claridad y á la beatitud por la sombra de una muerte idolatrada.

Todos los biógrafos de Mañara convienen en que la pérdida de su esposa, á quien no debió de hacer grandes infidelidades, hubo de sumirle en la mayor desesperación y tristeza. Ocurrida la catástrofe en Montejaque, Mañara, presa de intenso dolor, huyó al cercano convento de carmelitas descalzos, conocido vulgarmente por el desierto de las Nieves, y permaneció allí algún tiempo, dado á la soledad y á las meditaciones.

Al cabo, instado por su confesor, volvió á Sevilla, hospedándose en su casa solariega, y comenzando una vida tan austera y penitente, que provocó la burla y la chacota de sus camaradas. La predestinación era indudable. Don Miguel sufrió pacientemente las chanzonetas y las carcajadas de sus antiguos compañeros de crápula, y esquivó el trato de sus iguales; aquel hombre soberbio y voluntarioso, que no hubiera consentido

que ningún inferior le tratara de cerca, daba cariñosamente la mano á los mendigos y llevaba por sí mismo la limosna á los necesitados.

Cierto día que vagaba por la margen izquierda del Guadalquivir, pasó por la antigua ermita de San Jorge, situada cerca de la Torre de la Plata, y hallando á la puerta al caballero don Diego de Mirafuertes, hermano mayor, á la sazón, de la primitiva Hermandad, le manifestó sus ardientes deseos de pertenecer á ella.

Era entonces dicha congregación pobre y escasa de adoptos, y se ocupaba única y exclusivamente en conducir los enfermos á los hospitales, enterrar á los difuntos y asistir á los ajusticiados; mas á pesar de la suma pobreza de la cofradía y de la gran fortuna de don Miguel, los hermanos se negaron á recibirle en su seno.

Aún se conserva en la sala de conferencias de la Santa Hermandad, al lado de su espada y de su cubierto, la solicitud, escrita y firmada por don Miguel, cuya redacción no puede ser más respetuosa y sencilla. Como he hecho notar antes de ahora, acaso influyó en el ánimo de los primitivos cofrades el mal recuerdo de las aventuras del soberbio señor, quien, para ellos, áun no había purgado algunas de sus faltas.

Después de graves dificultades, vencidas por el aprecio que á don Miguel profesaba

Mirafuertes, Mañara logró su vivo deseo, penetrar en la caritativa y piadosa Herman, dad, cuya reforma cruzaba, sin duda alguna, por su soñadora mente.

Las soberbias del noble se revelaron en los primeros ejercicios piadosos que le fueron encomendados. Habiéndole puesto á pedir en alta voz por las calles para enterrar á los muertos, sintió que se le pegaba la lengua al paladar y que le temblaban las carnes; sin embargo, pronto salió vencedor de la prueba, y de tal suerte, que oscureció á los cofrades más pedigüeños. Cumplió, además, con tanta caridad y energía con las pruebas y deberes que le fueron impuestos, que en las elecciones de fin de año fué nombrado por unanimidad hermano mayor, puesto que conservó, con gran contentamiento de la Hermandad, durante toda su vida.

Increible parece la actividad que desplegó Mañara, desde su elevación á aquel, para él elevadísimo puesto, y la austeridad y diligencia de que dió ejemplo. Hallándose una noche á un pobre, muerto de frío bajo un inmundo cobertizo, y reflexionando en la utilidad de un hospital de pobres peregrinos, dióse tal maña, gastando sus propias rentas y las cuantiosas limosnas que sin cesar se procuraba, que al poco tiempo consiguió reunir quinientos bajo un techo hospitalario.

Ya en este tiempo admiraba á Sevilla la

piedad del antes soberbio don Miguel, y seguía su ejemplo una gran parte de la nobleza sevillana. Como los Marqueses de la Algaba y de Villamanrique, otros muchos engrosaron las filas de la creciente Hermandad, y facilitaron con sus óbolos y sus relaciones la gran obra de don Miguel de Mañara. A la fundación del hospital de pobres peregrinos siguió la del de pobres enfermos desahuciados de los demás hospitales, y á esta institución tan necesaria y caritativa, se añadió la institución de los hermanos de Penitencia, y otras muchas reformas, cuyo relato y enumeración no me permiten los estrechos límites de este artículo.

El Padre Cárdenas refiere, con esa fruición propia del que cuenta hechos que parecen maravillas, cómo logró dar lugar á todas estas instalaciones, haciendo propiedad de la Santa Hermandad ciertas antiguas atarazanas que cerca de la ermita se hallaban, y de qué modo salvó las dificultades que necesariamente habían de surgir para consumar la obra.

«Cuando entró en la Hermandad este venerable varón—dice con encantadora ingenuidad el referido jesuita—halló la iglesia muy desmantelada; el suelo era terrizo; el techo estaba á teja vana, y tenía abiertas unas buhardas por donde entraban y salían bandadas de palomas»; ahora bien, digo yo, ¿cómo pudo la Hermandad, que no poseía la más pequeña renta, llegar á invertir en la re-

construcción de la iglesia más de medio millón de ducados?

El mismo fundador nos dice que la bonita iglesia que hoy se conoce, animada por el cincel de Roldán y los pinceles de Valdés y Murillo, comenzó á reformarse con 50 pesos que donó un mendigo, el mendigo Luís, asilado en la propia casa. Cómo se multiplicó esta cantidad tan prodigiosamente, es un milagro que don Miguel pudo atribuir á la intercesión de San Francisco, San Benito ó San Ignacio de Loyola, sus santos favoritos y medianeros.

A más de 800.000 ducados ascendió la suma invertida en los pobres.

Hoy el viajero puede penetrar en el edificio de la Santa Caridad de Sevilla y admirar la obra de don Miguel de Mañara y de sus dignos sucesores. Los ópimos frutos dados á la humanidad por el santo asilo son como tupido manto que se extiende sobre la primera mitad de la existencia del hombre á quien algunos motejan aún de despiadado Tenorio. En aquellas galerías abiertas al sol y al aire; en aquellas limpias salas en que se escalonan modestos lechos, flota la sombra del padre de los pobres, y no la del burlador de doncellas; si algún profano piensa hallar en las tres bonitas macetas de rosales que plantó el mismo Mañara, y que aún florecen todos los años, las imágenes de pasados recreos, muy pronto el soneto grabado, no le-

jos de la repisa que las sustenta, viene á desvanecer la pecaminosa intentona. Mañara sacudió su manto en el dintel de la santa casa, y dejó el polvo terreno á la puerta: así se explica que ordenase en su testamento que se le enterrase en el porche del templo y que pusieran sobre su humilde losa, *de media vara de ancho*, el siguiente epitafio:

«Aquí yacen los huesos y cenizas
Del peor hombre que ha habido en el mundo.
Rueguen á Dios por él.»

Todos los que visitan la santa iglesia contemplan con admiración y espanto los cuadros pintados por Valdés Leal, en los cuales la muerte, rodeada de sus repugnantes atributos, parece estereotipada. Mañara dió los asuntos de aquellos cuadros, que *huelen á sepultura de primera clase*, según la feliz expresión de un amigo mio, y sirvió de modelo á Valdés arrebujándose en una mortaja. Hasta el pincel de Murillo, de ordinario empapado en los iris del cielo, ha adquirido en el San Juan de Dios, que se ostenta en aquellos altares, ese tinte sombrío del blandón y del fuego fátuo; sólo allá, lejos, muy lejos, arriba, junto á la bóveda, pugnando por buscar la luz y el azulado ambiente, el soberbio cuadro de *Las Aguas* muestra sus figuras llenas y animadas por los efluvios del Renacimiento, hace brotar de la roca el raudal de la vida, y protesta, espar-

ciéndolo en torno, de las sombras y de las oscuridades de abajo. Mañara, esclavo en otro tiempo de la forma corpórea, no quería ver cerca de sí más que aquellos amarillos esqueletos, que le recordaban las verdaderas desnudeces de la carne.

Basta recorrer sus tres únicas obras conocidas, *Las Reglas, El discurso de la Verdad y El Testamento*, para convencerse de que estas ideas lúgubres fueron para él fuente inagotable de inspiraciones. Latour, que se complace en hacer resaltar la ignorancia del autor de *Las Reglas*, acaba por confesar que *El Discurso* parece escrito por Bossuet; yo añado que hay en este trabajo más de un pensamiento de Shakespeare. (1)

La fruición con que se deleitaba en meditar hasta en los menores detalles de su última hora, está patente en esta cláusula de su testamento.

«Mando—dice—que luego que yo fallezca sea puesto mi cuerpo sobre una cruz de ceniza, como mandan nuestras disposicio-

---

(1) Sirva de muestra èste, un poco extravagante:

"Muerto y convertido en barro el poderoso Cèsar, podría tapar una grieta, para desalojar de ella el viento.

¡Pensar que el mortal que hace temblar al mundo, puede rellenar el hueco de un muro y rechazar los rigores del invierno!„

SHAKESPEARE, *Hamlet*.

nes; los piés descalzos y envuelto en la mortaja de mi manto, un Santo Cristo á la cabecera con dos luces y descubierta mi cabeza. De esta suerte han de llevar mi cadáver en las andas de los pobres, con doce clérigos y no más, sin pompa ni música, á la iglesia de la Santa Caridad, y le darán sepultura terriza en el cementerio, que es el pórtico, á la entrada de la iglesia, fuera de la puerta, para que todos me pisen y huellen; y allí sea sepultado mi sucio cuerpo, indigno de estar dentro del Templo de Dios.»

Leidas estas significativas líneas, ¿cabe preguntarnos si aquel pecador que besó las llagas del leproso, veló al enfermo, descolgó el cuerpo del ahorcado, enterró al difunto y dió á los pobres su vida y su hacienda, tuvo que expiar tales y tan horrendas culpas, que sintió en el fondo de su alma la ineficacia del sacrificio? Problema es éste que no he de resolver ahora, y para cuyo examen es necesario particular meditación y estudio.

"Buscad á Alejandro, llamad á Scipión, y quizá estarán en alguna tapia sus cenizas, ó barda de alguna huerta. Preguntadles cómo les vá, y mudamente responderán: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*„

MAÑARA, *Discurso de la Verdad.*

"Si el cuerpo de *Julio César de quien temblaba el mundo*, estuviera criando berzas en alguna huerta, ¿quién lo creyera?„

Idem, *idem.*

Y como este es el segundo punto importante en que don Miguel de Mañara podría coincidir con don Juan Tenorio, y confieso paladinamente que no he podido hallar la clave, pido mil perdones al curioso lector.

Rancé y Mañara

I

Rancé, el reformador de la Trapa, y Mañara, el reformador de la santa Caridad de Sevilla, se parecen como dos gotas de agua.

He presentado á Mañara tal como ha podido ser, y del mismo modo voy á presentar al *don Juan* de la Trapa. Conocerlos *tales como fueron*, á más de ser empresa difícil, sería privarlos de esa misteriosa aureola que es á veces el principal encanto de los personages destinados á vivir siempre en la penumbra del ensueño y de las realidades mundanas.

La leyenda y la historia, lucharon á brazo partido, se disputan aún los cuerpos y las almas de estos dos caballeros, como los genios del bien y del mal se disputaron los del *Fausto* y *Roberto el Diablo* en las planicies

imaginarias; tanto Rancécomo Mañara, son según se miren, santos ó pecadores; este y aquel pueden desmentir rotundamente á los que les deprimieron, ó imponer silencio á los que contaron sus virtudes y sus glorias.

Los monjes de la Trapa, que hallaron en Rancé heroicos ejemplos de virtud y fortaleza cristiana, creen, como los hermanos de la Santa Caridad de Sevilla, en lo que á Mañara se refiere, que se calumnió á su Abad atribuyendole fantásticas debilidades, y que Chateaubriand y sus antecesores tejieron, con flores halladas en espúreo sendero, esa guirnalda poética con que se quiso sustituir el resplandeciente nimbo de austeridad y santidad de que aparece circundado.

Acaso no falta razón á unos y á otros; pero no ha de ser mi indocta pluma la que emprenda la ardua tarea de una erudita vindicación, ni la que ose resolver tanta antinomia histórica y legendaria; así como al retratar á Tenorio hubo quien recordó á Mañara, al presentar á Mañara, se ha dibujado la sombra de Rancé sobre mis cuartillas. Ocurre con la fantasía lo que con las imágenes de la linterna: sucédense las siluetas unas á otras, sin que pueda detenerlas la retina del espectador, y se confunden á veces manchas con manchas y líneas con líneas.

Hemos dicho yá que Rancé y Mañara nacieron en el mismo año (1626,) reinando en Francia Luis XIII y en España Felipe IV.

La época en que aparecen, propicia para desarrollar todas las ambiciones y todas las frivolidades, es como el marco natural de sus caracteres contradictorios. Reyes que se dan á la galantería y á la devoción; favoritos que son á la vez príncipes de la Iglesia y refinados cortesanos, palacios en los que resuenan los cánticos del amor y los salmos del Profeta; hermosuras que tan pronto ocupan la alcoba real como la celda estrecha y desmantelada, jansenistas, frondistas, inquisidores, tercios aventureros y solitarios religiosos; todo esto podían ofrecer Francia y España, que no estaban por cierto en amigable consorcio.

Nacidos ambos en noble cuna, supuesto que el uno pertenecía á los Bouthillier de Rancé, que dieron á Francia prelados, guerreros y hombres de gobierno, y el otro á los Vicentelos de Leca, apellido de la ilustre aristocracia española, bien puede decirse que los primeros años de su vida hubieron de correr libres de privaciones y cuidados. El mismo Mañara nos refiere cuántas eran las galas y comodidades de su solar, que dejó gustoso por una modesta casuca próxima al Hospital que había creado; y en cuanto á Rancé, sabemos que una sola de sus propiedades, la quinta de Vesetz, encerraba cuantos objetos de lujo y de arte había puesto de moda la fastuosa corte de los Richelieu y Mazarino.

El primero de estos célebres cortesanos fué el padrino de baustimo de Armando Juan Bouthillier de Rancé; y más tarde su protector decidido. Uno de los briógrafos del Abad de la Trapa, dice que se le dió posesión de este cargo por muerte de su hermano mayor, y *en virtud del antiguo abuso de los beneficios convertidos en una especie de bienes patrimoniales*. Con tal motivo, dedicósele también á la carrera eclesiástica.

Cuéntanse prodigios de la precocidad de Rancé; á los doce años conocía al dedillo á los poetas griegos y latinos, y comentaba y recitaba trozos de Ovidio y Anacreonte. Hoy no nos asombraría tanto uno de estos prematuros escoliastas, porque tenemos ejemplos vivientes que honran nuestras letras; pero es lo cierto que á tan especiales aptitudes debió el célebre Abad en sus tiempos primeros, la amistad de Bossuet y los halagos de los amigos de María de Médicis.

De la primera edad de Mañara no conocemos tan minuciosos detalles; aunque es fácil inferir por sus cartas familiares, que gozó en todo tiempo de alto favor en la corte de las Españas, viviendo en un centro menos populoso y activo, y llevando la existencia disipada de los jóvenes nobles de su tiempo, sólo podemos sospechar por inducción que estudió humanidades, y que no fué indiferente al cultivo de las bellas letras; pertenecía yá á la Orden militar de Calatrava, cuando

ingresó en la de Malta el célebre reformador francés.

Siguiendo el cotejo de las curiosas afinidades que hay entre ambos, notaremos que uno y otro callaron cuantas circunstancias pudieran haber esclarecido este primer período de su vida. Como si obedecieran á una extraña consigna, ni dejaron adivinar uno solo de sus amoríos culpables, ni confiaron al papel ni á la oreja del confidente los detalles de sus estravíos, envueltos siempre en el manto del más profundo misterio. La existencia de Rancé, más ostensible y ruidosa por hallarse ligada á luchas candentes, como la de la Fronda, y á controversias trascendentales, como las de los jansenistas, molinistas y quietistas, ha sido acaso adivinada en algunos importantes pormenores; mas la de Miguel de Mañara ha tenido que reconstruirla la atrevida leyenda.

No les fué posible, sin embargo, soplar tan fuerte sobre el polvo de sus recuerdos, que no quedaran en torno suyo algunos corpúsculos tenaces que pudieran irisarse con los rayos del sol de su edad madura. Miguel de Mañara regaba con prolijo cuidado sus rosales, cuyos capullos, que se renuevan de milagrosa manera, todavía le hacían sumirse en dulces éxtasis y largas meditaciones; y el Abad de Rancé cruzaba sus manos con demasiada frecuencia sobre un cráneo frío y descarnado, al cual hubiera podido dirigir es-

tas frases de uno de los creadores del tipo de don Juan Tenorio:

«¡Oh, si alzándote una vez
Aún te plugiera ostentar
Tu perdida explendidez,
Y quisieras tu hediondez,
Con la vida engalanar!
¡Y prendieran en tu frente
Unos cabellos postizos,
Que en madeja reluciente
Cayeran copiosamente
En mil perfumados rizos!»

. . . . . .

Pero tales éxtasis y tales pensamientos, si los hubo, terminaron siempre con la lectura del más triste de los salmos de David.

Sorprende, en verdad, el afán que demostraron ambos por enterrar en vida sus memorias: cualquiera creería que al llegar Rancé al desierto de la Trapa, y Mañara al de las Nieves, se apresuraron á levantar la pirámide de la penitencia para guardar en ella el ataud querido de los estravíos mundanos, comenzando á contar de nuevo las efemérides de sus días. Si en sus obras suelen brillar así como relámpagos de tempestades pasadas, solo puede columbrarlos el que ordene y reuna las chispas esparcidas entre las páginas.

Y no se podrá decir que al ocultar sus

culpas y sus miserias juveniles obedecieron al deseo de hacerse mejores á los ojos de sus hermanos; por el contrario, uno y otro se ensañaron contra sí mismos y se complacieron en hacerse pasar por los peores hombres de la tierra.

Basta recordar el epitafio que mandó Mañara colocar sobre su sepultura: *Aquí yace el hombre más malo del mundo*, para comprender hasta qué punto llevó el desprecio de sí propio, y cómo hubo de juzgarse hasta después de muerto; Rancé aprovechó cuantas ocasiones tuvo para hacer patente la enormidad de sus pecados, y poco antes de sepultarse en la Trapa para siempre, escribía á sus amigos: «Si no me retuviese el peso de mis pecados muchos siglos de la vida que quiero abrazar, no podría compensar *un momento de la que he pasado en el mundo.*»

Mañara quiso que lo enterraran en el atrio de la antigua capilla de San Jorge, para que todos pudieran hollar sus cenizas, Rancé decía en otra ocasión: «Quiero que se me considere como un vaso roto que ya no sirve más que para ser pisoteado; y en verdad que si los hombres me toman á veces por donde no soy tal como creen, hay por otra parte, en mí *iniquidades que nadie conoce*, y sobre las cuales nada me dicen; de modo que no puedo dejar de creer que las injusticias que me vienen del mundo, son justicias secretas y verdaderas de parte de Dios, y por

esta razón considero en esto á los hombres como ejecutores de sus venganzas.»

Permítasenos meditar un momento en estas frases de Rancé, dignas por su originalidad de tenerse en cuenta.

De tal modo considerada la maledicencia, desagráviase por completo al que hemos dado en llamar *gran galeoto*. Los maldicientes y calumniadores, según la ingeniosa teoría del paciente Abad, son ministros de justicias desconocidas y espíritus malignos que, inconscientemente y por alta permisión, atizan las hogueras del infierno humano.

En efecto: no siempre son ciertas las culpas que se nos imputan, aunque pocos serán los calumniados y calumniadores que puedan arrojar la primera piedra desde la colina de la perfección. He conocido varias mujeres acusadas por el mundo de adúlteras, siendo pura y simplemente coquetas, y á más de un hombre público tildado de malversador avariento, cuando sólo era un alma cándida y un ambicioso vulgar.

La sociedad se cuida poco de rectificar sus juicios, y aplica el hierro candente de la maledicencia y de la calumnia sin importarle un ardite el que la úlcera esté en el corazón ó en la cabeza. Bajo este punto de vista, la teoría de Rancé resuelve una antinomia penal que ha preocupado á muchos confeccionadores de códigos de conciencia.

II

Mas volvamos á nuestro asunto: ¿Qué iniquidades nos velaron Rancé y Mañara? ¿Cuales fueron esas terribles faltas que con tanta terquedad pugnaron por arrastrar consigo á la tumba?

Aunque las imprudencias de un confidente, las lamentaciones de una víctima, ó la precocidad de una hermosura liviana pudieran haber entregado á los cuatro vientos del escándalo los secretos que ellos cuidaron tanto de ocultar, teniendo que recibir el relato de bocas más ó menos interesadas en desfigurarlo ó torcerlo, correría el mismo riesgo que al desflorar las leyendas que se me han venido á las manos: seguiré, pues, estas que procuraré no reformar en lo más mínimo, sin entrar en otro capítulo de culpas que en el de las culpas de amor.

He dicho que Rancé pertenecía, como Mañara, á lo más distinguido de la sociedad francesa del siglo XVII, y que era el niño mimado de María de Médicis. Apenas mozo, reunía en sí las canongías de Tours y de Nuestra Señora; el priorato de Polonia y el de San Clementino; era arcediano de Outre Magenne en la iglesia de Angers, y abad de Nuestra Señora de Val y de la Trapa.

Muerto Richelieu, gozaba del mismo favor en la corte.

Amigo de Bossuet, dando muestras en actos públicos de su erudición y talento; joven, apuesto, rico, cuidándose poco de sus obligaciones eclesiásticas, y olvidando sus prioratos y prebendas, tenía por camaradas á los más calaveras de París, y terminadas ya las revueltas de la Fronda, se entretenía en correr liebres con el Duque de Beaufort, ó en departir ingeniosamente con un profundo conocedor del libro de Brantome, *Las Damas galantes*.

El Abad de Rancé había nacido para la lucha y para la borrasca; nadie como él sabía desarmar á su maestro de esgrima, ni dar á los demás discípulos el primer botonazo; cuando montaba, bebían el viento sus corceles y solían jugarle bastantes malas pasadas, de que él se vengaba duramente. ¡Qué más! Reunido con dos de sus compañeros de orgía, intentó salir al campo en busca de aventuras, á manera de Tirante el Blanco ó Amadís de Gaula.

Como hace notar Chateaubriand, formaba extraño contraste su *traje de guerra* con el tosco sayal que más tarde fué su perpétuo arreo en los yermos de la Trapa. Las ricas y costosas ropillas de seda y terciopelo, adornadas con vuelos y blondas; las suaves plumas y los cintillos de brillantes y rubíes, no maridaban bien con los títulos de que se

enorgullecía y ostentaba con el favor de los Richelieus y Mazarinos y con el mismo desenfado que ellos. Cuando salía al campo rigiendo un magnífico corcel, *llevando un par de pistolas en el arzón de la silla*, y luciendo el ancho sombrero de fieltro ó *el castor con pluma*, propio de la época, hubiera podido decirse de él y de sus acompañantes, lo que dijo Zorrilla de una de las más bellas encarnaciones del *don Juan*, de *El Capitán Montoya*:

«Llevan porque se presuma
Cual de los dos vale más,
Castor con cinta el de atrás,
Y el de adelante, con pluma.»

Las orgías de Vesetz eran, como otras tantas orgías ya legendarias, célebres en aquel tiempo. En la hermosa quinta de Armando Juan de Rancé hallaban los calaveras de Tours cuantos incentivos pueden ofrecer una bodega repleta, una mesa expléndida, y un harén misterioso; cuando no bastaba esto, los histriones y las bailarinas se encargaban de distraer á los convidados, mientras el joven abad, vistiéndose su ropilla color de corza y colocándose su corbata bordada de oro, desaparecía como por encanto para reventar un corcel ó perseguir un jabalí, sin parar mientes en el repiqueteo de la campana que le llamaba á los oficios divinos.

Por una aparente contradicción, que justifica en cierto modo el extraño rumbo que más tarde tomaron las ideas de Rancé, dícese que éste, como la mayor parte de los calaveras arrepentidos de los siglos XVI y XVII, era en extremo supersticioso. En efecto, el P. Le Nain y otros biógrafos nos aseguran que se dió *á las vanas y reprensibles investigaciones de la ciencia* y que consultó, el mismo modo que el doctor Fausto, los luceros, los fuegos fatuos y los espíritus de la tierra.

La sombra de la Duquesa de Montbazon, apareciéndose á Rancé en las campiñas de Tours, demuestra palpablemente que el abad Tenorio arrepentido, tuvo alucinaciones como las tuvieron Fausto y el estudiante de Salamanca, ó como Mañara, avisos de l cielo.

El episodio que dá tono á la historia legendaria de Rancé es la muerte de la Duquesa de Montbazon.

Esta dama, que debió ser muy bella, supuesto que logró fijar los destinos del voluble don Juan, despues de haber visto desaparecer muchas flores de la primavera de la vida, surge ante el futuro trapense en circunstancias propicias para detener sus locuras mundanas y hacerle olvidar en breve espacio todo género de vanidades.

Acaso las preciosas cartas entregadas al fuego por el émulo de Mañara en la soledad

de la Trapa, hubieran podido aprontar los datos suficientes para hacer la relación de estos amores, que fueron más allá de la tumba; pero, desgraciadamente para el historiador y el romancero, sólo las sombras de aquella correspondencia han llegado hasta nosotros.

Inútil es, por tanto, que nos empeñemos en seguir la ruta de estos amantes, que lograron borrar las huellas de su peregrinación amorosa y que no plantaron ni un rosal en el sendero. Para esta empresa sería necesario que un soñador como Lamartine fuera imaginando escenas como las que llenan *Las Confidencias*; la Duquesa de Montbazon y Armando Juan de Rancé pudieron ser, para el autor de *Graziella*, una de esas parejas de amantes, de las cuales había oido en sus meditaciones peripatéticas los reproches y los besos.

Dejemos nosotros corrido el velo sobre la primera luna de estos amores, supuesto que no es para este paralelo requisito indispensable, y digamos algo de lo que se trasparenta en la historia y en la leyenda respecto al punto más importante.

Madame de Montbazon había pasado algunas temporadas en las campiñas de Tours, como el abad de Rancé, y no es extraño que uno de aquellos encuentros, que más tarde nos contó Saint-Simon con tan encantador desenfado, fuera el *introito* de sus amorosas intimidades. Si tuvieron estas relaciones al-

go semejante á las de Fausto con Elena, cosa es que no podemos decir, aun cuando conozcamos la afición del abad de Rancé á los estudios clásicos; pero sí se puede asegurar que la aparición de la imagen ardiente de la Duquesa en las umbrías de Veretz recuerda la de la sombra de doña Ines de Ulloa, que abrió á don Juan Tenorio las puertas del cielo.

La muerte de Madame de Montbazon vino á herir el corazón de Rancé, según unos, de un modo suave y tranquilo, como la de doña Jerónima de Carrillo á Miguel de Mañara; según otros, de manera espantosa, no imaginada. Un sabio español, cuya autoridad es indiscutible, y que al estudiar asunto tan interesante debió de tener presentes notas dignas de crédito, refiere el suceso de este modo:

«La conversión del famoso y ejemplar abad de la Trapa, Armando Juan Bouthiller de Rancé se debió á un funesto espectáculo presentado á sus ojos en la bella persona de la Duquesa de Montbazon, á quien él idolatraba. Sucedió que, muerta esta señora, quiso Armando dar triste paso á su amor con la inspección de su cadáver antes de que le escondiesen en el féretro. Subió al cuarto donde estaba depositado, al cual halló sin un alma que le acompañase. ¡Gran desengaño para los que saben que, viviendo aquella señora, hervían de asistentes los umbrales de su ca-

sa! Pero no fué esto lo que más hirió el ánimo del abad Rancé, sino que halló el cadáver degollado y separada la cabeza del tronco. Informóse de la causa, y supo que no había habido otra sino que el féretro encargado había salido tan corto, que no cabía en él el cuerpo á la larga, y por escusar el embarazo de hacer uno más capaz, echaron los domésticos por el atajo de separar la cabeza del cuerpo, para que así se pudiese acomodar.»

El erudito escritor añade que aquel fué el momento crítico en que el abad de Rancé pasó de una vida muy profana á la ejemplarísima que después observó hasta el último aliento.

El episodio que he trascrito se repite con escasas variantes en muchos textos, de los cuales cita el Vizconde de Chateaubriand los suficientes para fijar el hecho de que Rancé vió á la Duquesa depositada en lejana cámara y sin que ánima viviente velase por aquellos sus amados despojos. Aun los biógrafos que, como Saint-Simón y el P. Gervaise, afirman que Rancé vió á la de Montbazon por última vez en el solemne trance de tomar los Santos Sacramentos, parecen dejar una sensible laguna. En efecto, ¡qué amante fogoso y apasionado no sigue al féretro de su amada hasta no ver caer sobre él la última paletada de tierra!

Entramos en los dominios de la leyenda:

Rancé huyó á su quinta de Varetz después de la muerte de la que tanto amaba; tuvo extrañas visiones, y creyó ver, ó vió en efecto, cerca de su reclinatorio, la cabeza ensangrentada de Madame de Montbazon, que algún servidor imprudente, ó que su propia pecadora mano, había sustraído de aquel ataud miserable y olvidado.

No es extraño que Rancé, al llegar á aquella deliciosa quinta, nido de sus placeres y libro abierto sólo para los recuerdos gratos, arrojase á las llamas los retratos de la Duquesa, que tenía en tanta estima. Si comparó, en sus horas de insomnio, el perfil roto y amojamado de aquella cabeza, que antes fué digna de un torso de Danae, con las líneas perfectas y reveladoras que sorprendió el pincel, y no pudo conservar el modelo, sin duda que hizo bien en no soportar tan terrible contraste, rompiendo toda relación de forma anterior, y procurando no amenguar el valor del *tesoro* que se había apropiado.

El atildado Vizconde hojea un diluvio de manuscritos y papeles indigestos, para asegurarnos, con su solapada erudición, que Rancé conservó siempre aquella cabeza en su celda de la Trapa: para justificar el procedimiento con un rasgo histórico, cita á Margarita de Valois y á la Duquesa de Nevers, que guardaron asimismo, como oro en paño, las cabezas embalsamadas de sus respectivos adoradores.

A muchas contradicciones se presta el relato que en primer lugar hemos transcrito, y sólo el justificar por qué la cámara mortuoria estaba sola, por qué la fortuna de la Duquesa había llegado á tan mal punto que no pudo soportar la compra de otro ataud, y por qué, en fin, se consintió sin castigo decapitación tan extraña, exigiría largo estudio: pero Chateaubriand lo ha dicho: los poetas tienen excelentes tragaderas, y la leyenda no necesita mejor fundamento. Lo afirman todos los hijos de Apolo, y poco importa que lo nieguen todos los hermanos de San Bernardo.

Armando Juan de Rance vió decapitada á la mujer que adoraba, y abandonó para siempre el mundo, llevando á su retiro aquella cabeza que había reposado tantas veces sobre su seno.

Hé aquí la tradición y el romance.

III

Volviendo al tema de que nos hemos separado un tanto, para acentuar esa nota primaria de la vida del célebre reformador de la Trapa, diremos que Rancé y Mañara presentan en lo esencial y en lo accidental idénticos caracteres.

Calaveras impenitentes uno y otro, los mismos acontecimientos vienen á determinar su conversión, siendo extremados en la nueva senda de la penitencia, como lo habían sido en el dilatado campo de las vanidades y los placeres.

Ir del palacio á la celda ó al mefítico asilo del hospital; dejar la mesa llena de ricos manjares por el mantel del cenobita ó del pordiosero; romper todos los vínculos con lo vivo para pensar tan sólo en los lazos que nos unen á la muerte; cubrir con la lande del sepulcro toda la existencia anterior, y no dejar siquiera un resquicio para que se asomara la curiosidad mundana, eso hicieron Mañara y Rancé en la misma época, acaso coincidiendo hasta en las fechas de los acontecimientos capitales, como si el solitario de la Trapa y el arrepentido de las márgenes del Guadalquivir tuvieran el extraño don de ubicuidad y compenetración que acerca y confunde á los seres á través de incomensurables distancias.

Hecha abstracción de las cosas propias de los distintos centros en que ambos vivían, en todo coincidieron de admirable manera. Ya referimos en otro lugar que á Rancé se le vino encima cierto día la techumbre de una de las celdas de la Trapa, y á Mañara la de la posada en la que había decidido pasar la noche; uno y otro se vieron obligados más de una vez á luchar con espíritus y

fantasmas al propio tiempo que con espadachines y rivales de carne y hueso. Cuéntase de Mañara que estando descuidado en cierta calle, en la que se dedicaba á sus correrías nocturnas, sintió un gran golpe en la cabeza del cual quedó tan atolondrado, que se encomendo á Diós creyéndose muerto; de Rancé se refiere que, estando en cierta ocasión de caza, recibió tres proyectiles, que rebotaron en la cadenilla de acero de su morral, *dejándome la vida*—dice—*solo por permisión del cielo.*

Si en lo que toca á hechos independientes de su voluntad los vemos seguir líneas paralelas, en lo que en ellos era libérrimo y potestativo hallaremos las mismas semejanzas.

Uno y otro se propusieron seguir los preceptos de la *Imitación* y hacer comprender á los demás el escaso valor de las vanidades de la tierra. Así como Rancé llenó los claustros de la Trapa de piadosas leyendas, Mañara mandó escribir en las salas del Hospital de la Caridad las consoladoras sentencias del Nuevo Testamento; y si uno hizo porque le considerasen el último de los hermanos trapenses, el otro luchó heróicamente porque le considerasen el postrero entre sus hermanos los pobres.

Leyendo atentamente las dificultades vencidas por Rancé para hacer del ruinoso y desmantelado monasterio de la Trapa un

edificio capaz para sus monjes y una iglesia digna del perpétuo culto que estaban obligados á rendir al Señor de los señores, viene involuntariamente á la memoria la obra emprendida por Vicentello de Leca en la capilla de San Jorge, á orillas del Guadalquivir; en aquella capilla, *por cuyas buhardas entraban y salían bandadas de palomas*, como por los resquicios y grietas del templo de los Trapenses salían y entraban la lluvia, el viento y los espíritus malignos.

En este pasaje y otros muchos se notan entre el P. le Nain y el P. Cárdenas, cronista el uno de Rancé y el otro de Mañara, ciertas afinidades dignas de estudio. ¿Conocía el P. Cárdenas la relación del P. le Nain ú otra cualquiera de las biografías del reformador de la Trapa? Cuestión sería esta que había de llevarnos muy lejos y que se relacionaría á su vez con otra mas compleja, á saber: si entre Rancé y Mañara hubo secretas inteligencias. Esta última hipótesis podría admitirse teniendo en cuenta que en el Hospital de la Santa Caridad de Sevilla se albergaban extrangeros de todas calidades y condiciones, no siendo extraño que alguno de ellos, en las incomprensibles vicisitudes de su vida, hubiera pasado por el célebre Desierto de los Trapenses, y conocido á aquel extraordinario varón, tan semejante á nuestro don Miguel en desventuras, penitencias y liviandades.

Pero no volvamos á extraviarnos. Ambos reformadores escribieron un testamento largo y curioso, meditado como una obra literaria y tejido con prolijidad nimia, con verdadero deleite. En éste y en aquél se revelan las mismas tendencias; ambos ceden todos sus bienes en favor de las santas casas que reformaron, y se presentan á los ojos del mundo como verdaderos culpables.

También se hallan notables analogías entre las obras tituladas *Deberes de la vida monástica* y *Discurso de la Verdad*, escrita la primera por Rancé y la segunda por Mañara. Tanto ésta como aquella parecen gravitar sobre este terrible cimiento de las vanidades humanas: *Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris.*

Rancé dice: «En un viaje, para ir más ligeramente al cielo, es preciso descargarse de todo lo que pueda impedir avanzar en el camino.»

Mañara escribe: «¿Cómo puedes tú caminar con tantos talegos? Si te arrimas á los despreciadores del mundo, es gente muy desocupada y todo el día camina.»

La causa de la publicación del libro de Rancé fué la misma que la de la impresión del *Discurso* de Mañara. Chateaubriand la refiere así: «Como muchas veces leía conferencias á sus hermanos, quedábale un gran número de discursos, y al cabo se dejó vencer por las súplicas de un hermano enfermo

que le conjuraba á que los reuniese; así se halló formado el tratado que intituló. *De lasantidad y de los deberes de la vida monástica.*»

Que entre aquellos discursos existe alguno con el mismo espíritu del que escribió Mañara, es indudable; sin embargo, la obra humilde del venerable hermano de la Santa Caridad de Sevilla, no tiene ni la extensión ni la trascendencia de la del Abad de Rancé, que produjo en Francia controversias ruidosas. Latour afirma, á pesar de ésto, que el *Discurso de la Verdad* parece escrito por Bossuet.

Al comenzar este paralelo indicamos que Armando Juan Bouthiller de Rancé, con sus amores, con sus calaveradas y con sus fantásticos ensueños podía considerarse como una de las múltiples encarnaciones del tipo de Tenorio

No parecerá atrevido este pensamiento, teniendo en cuenta que hemos intentado probar su semejanza con Miguel de Mañara, y que éste, aquí como en Francia, por las excelentes tragaderas de los poetas, ha sido considerado como uno de los modos de ese personaje universal, simpático á pesar de sus crímenes y de sus impiedades.

Los que creen que el tipo de Tenorio lo constituyen, unas veces por el derecho de *prioridad* y otras por el de *progenitura*, *El Rufian Dichoso* de Cervantes, *El Burlador de Sevilla*, de Tirso, ó los protagonistas, más ó ménos desfigurados, de Byron, Mo-

zart, Moliere, etc. etc., se equivocan lastimosamente; ¿qué otro que Tenorio, que tenía que habérselas con el diablo, hubiera osado decapitar el cadáver de su amada y llevarse tranquilamente la cabeza?

Desde el travieso mozo que roba la calavera del campo santo para asustar á las gentes en carnestolendas, hasta el amante desesperado que roba la cabeza del cadáver de su ídolo, hay una serie de hombres extraordinarios que matan comendadores, roban mujeres, convidan á cenar á los muertos, persiguen á los esqueletos hasta las gradas de las catedrales, y asisten á sus propios entierros.

Rancé, tal como puede mostrárnoslo la leyenda, pertenece á esa raza; los historiadores no podrán nada contra los poetas.

No cabe confundir á Rance con Mañara, ni el Convento de la Trapa con el Hospital de la Santa Caridad de Sevilla.

Esto nos trae á la memoria al amigo de los pobres, rodeado de huérfanos y desvalidos, vertiendo la regadera sobre unos rosales que renacen aún, y teniendo la escala de las almas que van al cielo; aquel, la celda fría, el claustro mudo, el campo desierto, el fraile silencioso y solitario, que aprieta contra su pecho, débil y enfermizo, el cráneo cuya descarnada boca parece demandar, un día y otro día, el beso horrible que retumba en la eternidad.

Mio Cid y Sigfrido

I

Es indudable que el carácter de los pueblos se conserva como oro en paño en las leyendas y tradiciones primitivas y en las obras literarias que de ellas se nutren más directamente.

Espejo fiel de las costumbres de la India antigua, son los cuentos que podemos llamar litúrgicos, y que aun avaloran los Vedas y el Zend-Avesta. La *Iliada* y la *Odisea* nos hacen curiosas confesiones de los tiempos heróicos de Grecia; los paños suspendidos de la Kahaba, que guardan las historias y linajes, escritos por los primeros poetas árabes, pudieran habernos iniciado en sus antagonismos y luchas primitivas, mucho mejor que las obras de los eruditos mahometanos de Córdoba, Sevilla y Granada.

En la Edad Media los Getas, las crónicas rimadas, los cantos de los trovadores, los romances caballerescos y los poemas histórico-fantásticos recogen, ya en la relación oral, ya en el manuscrito, las tendencias de raza, las preocupaciones populares y las costumbres de los pueblos, y las trasmiten de gente en gente.

No es fácil, sin embargo, hallar los lineamientos propios de cada nacionalidad y de cada pueblo en esos monumentos, si no se emplea un prolijo análisis y un estudio detenido. En los cantos de los provenzales, en los gestas y en los antiguos romances han dejado su huella, tanto los libros sagrados de Oriente, como los textos clásicos; lo mismo las *kasidas* del desierto, que las nebulosas leyendas normandas.

La gestación de los poemas caballerescos es larga y difícil. Antes de llegar á tener vida propia en las maravillosas leyendas de Alejandro y San Graal, y en los romances de Arturo, la Tabla Redonda y Carlo-Magno, sirven de solaz en los campamentos, en los castillos y en los pórticos bizantinos de las iglesias de Palestina y Compostela, y recrean los ocios del señor feudal fatigado de la rapiña ó de la caza. El poema épico de Ferdusi, *Schahameha,* en ruda mezcolanza con los cuentos de *Las Mil y una noches*, que se coleccionan en el último tercio del siglo VIII, en tiempos de Harum-al-Raschid, se espar-

ce con los primeros invasores árabes por el Occidente, sube al Norte, tomando de la Germania y de las razas anglo-sajonas nuevos elementos, y se reproduce y metamorfosea con la adquisicion de los mitos célticos y escandinavos.

De una parte, las leyendas de los santos y de los héroes; de otra, las historias de los reyes árabes coleccionadas á la manera del Divván de Abu-Themán; de un lado, las influencias visigóticas, galas y normandas, y de otro el flujo y reflujo de las Cruzadas, llegan á dar los materiales constitutivos de ese género de literatura excepcional que toma en cada pueblo lineamientos propios, conservando, sin embargo, rasgos característicos extraordinarios.

Sería hoy de actualidad el estudio de algunas de estas obras, porque entre los manuscritos que se dicen extraídos de la Biblioteca Colombina, y que han motivado protestas y aclaraciones de este notable archivo, figura un códice curiosísimo, titulado *El Romance de Bruto*.

Un periódico que se ocupó de este asunto, describió el manuscrito del siguiente modo:

«Le Roman de Brut:»

«In cuarto mayor, sobre pergamino, 109 fojas no numeradas. En el comienzo de la primera se lee:

Ki volt et volt saveir
De rei en rei et de eir en eir

Ki il furent il vindrent ⊁ et dont
Kin Engleterre cuidrent ⊁ primes.

(In fine.)

Ci fault la geste des Bretons
Et les lignages Bruti vindrent
Puis que Deus encarnaciun
Prist pur nostre redemptium
Mil et cent et cinquante et cinc ans
Fist maistre Wace cest romano
Deo gratias, Amen.

«Es una copia de los primeros años del siglo XV, hecha por un italiano sobre un buen texto normando; D. Pascual Gayangos hace mención de él, por haberlo visto en la Colombina con la siguiente nota, hoy lavada ó raspada: «Este libro costó 36 quatrines en Milán á 31 de Enero de 1521, y el ducado de oro vale 443 quatrines.» El título fué copiado por Carlos Graux, y anotado en el catálogo de la Colombina en esta forma:

«*MS. AA. 144-19. Wace. Rhytmœ de gestis Bretonum etcétera Baronum genealogiis, proesertim de Bruti genealogía: Sermone lomesino, codex membranaceus in-4.° maj. También lo vió en 1879 M. Paul Ereald, bajo la rúbrica moderna: 5. 4. 37 membr. qu.: Wace.*»

«Tiene restos del sello de la Colombina; existe en la Biblioteca Nacional de París, sección francesa, nuevas adquisiciones, número 1.415.»

Hasta aquí el periódico citado, á lo que

puede añadirse que Villemain y otros ilustres eruditos, dan mucha importancia á este romance normando, que se escribió, según todas las probabilidades, en 1155, y en el cual Bruto, hijo de Ascanio y nieto de Eneas, compite con sus modelos los caballeros de la Tabla Redonda y los aventureros Argonautas, y deja atrás á Ulises solicitado por las sirenas.

Después de topar islas y palacios encantados y de realizar peligrosas aventuras en las que interviene Merlin, en vez de Medea, vuelve Bruto á Inglaterra y funda una dinastía de reyes. En estos cuadros figuran los personajes heróicos más populares de la Edad Media.

El Poema del Cid y Los Nibelungos, de los cuales vamos á ocuparnos, son contemporáneos, supuesto que pertenecen, según sabias opiniones, al siglo XII, y están constituidos por esos heterogéneos elementos que más arriba hemos señalado. Aquiles, Alejandro, Jason y sus compañeros, Carlo-Magno y sus doce pares, han calzado la espuela á Rodrigo y Sigfrido; las célebres espadas Tizona y Balmung están templadas, como Escalavar y Durandal, en la laguna Estigia.

Una diferencia esencial separa y pone frente á frente, á pesar de todo, á estos dos poemas. En el primero, entra el marivilloso como elemento secundario, ó en todo caso, como mera superstición, mientras que en el

segundo, puede decirse que es resorte y máquina principal.

Esta diferencia que se pone de relieve desde las primeras páginas de ambas antiguas reliquias literarias, ha dado origen á varias opiniones igualmente apasionadas y viciosas. Ameida Garret asegura que nuestros primitivos romances, entre los cuales puede contarse el poema del Cid, carecen del elemento maravilloso tan prodigado en el Norte; y que pocas veces intervienen en ellos los gnomos, las hadas, los encantadores y los genios maléficos; otros varios, entre los cuales se cuentan el alemán Scherr y el colector de una curiosa serie de romances asturianos, que acaban de ser publicados, opinan que, por el contrario, el elemento maravilloso del Norte, propio de la literatura caballeresca, márcase con indelebles trazos desde los cantares de gesta hasta el Amadís de Gaula.

Esta última afirmación, que puede fundarse en los romances de la Tabla Redonda, en el poema de Alejandro, y en otros varios monumentos de siglos posteriores, no es exacta en lo que al poema del Cid atañe. El maravilloso que en él palpita no amengua nunca la valía del personaje ni hace desmerecer sus dotes de héroe y campeador esforzado; buena prueba de ello, que sólo Masdeu y algún otro dudan de la existencia *del que venció muerto al rey de Marruecos*; y aunque

el relato de Ibu-Bassan, revelado por el erudito Dozy, no hubiera venido á confirmar plenamente su viviente realidad, el carácter histórico de los cantares y del romancero, la hubieran siempre demostrado, á despecho de las opiniones de algún escritor del siglo XV, á quien, como hemos dicho en otro lugar, siguió el autor de *La Historia crítica de España*.

Con el maravilloso usado en *Los Nibelungos* sucede todo lo contrario. Sigfrido, el único tipo simpático y verdaderamente levantado de este poema de irrupción y de traiciones, aparece dotado de la condición de invulnerable por haber sido bañado en la sangre de un dragón, y se sirve de su mágica tarnkappa para hacerse invisible y herir impunemente á sus enemigos. El lector no admira á Sigfrido como héroe, primero, porque se presta á vergonzosas complacencias con el rey Gunter, y segundo, porque su valor personal desaparece ante el poder de los encantos.

Lo que hace en el Cid la preocupación de raza, la fé en su Dios y acaso el móvil supersticioso, lo realizan en el héroe del Niderland la confianza en su invulnerabilidad, la protección mágica y el baluarte de su tarnkappa. El uno se asemeja á César y Alejandro supersticiosos, pero valientes; el otro, á Isfandier y Aquiles, que sólo tienen que cuidar de que no les hieran en la pupila ó en el talón, los hierros de sus contrarios.

II

Mas veamos los tipos de cuerpo entero.

No estudiaremos al Cid de Ibu-Bassan, revelado por Dozy; al terrible guerrero que tostaba cadíes, aherrojaba condes y atormentaba doncellas; no tomaremos al Cid juzgado por los árabes, desbalijador de embajadores y tomador de lo ajeno, como los señores feudales de las márgenes del Rhin; nos fijaremos sólo en el Cid del poema, toda vez que tampoco vamos á estudiar al Sigfrido del Zend Avesta, al Perseo libertador de hermosuras y vencedor de enanos, gigantes y dragones, de los primitivos cuentos orientales y escandinavos.

Es opinión muy admitida que en el antiguo manuscrito del poema del Cid hacen falta algunas fojas, fojas en las cuales debió de hacerse la apología y presentación del héroe castellano, y en las que hubieron de anotarse muchos hechos que se hallan esparcidos, sin ulterior comprobación, en la crónica rimada, en la general y en los romances.

El episodio notabilísimo de la Jura en Santa Gadea, que da carácter popular á Mio Cid y que tan notablemente descrito se halla en el romance que comienza,

«En Santa Agueda de Burgos
Do juran los fijos dalgos,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano,» etc.,

puede considerarse como parte del poema, como lo comprueban las notas puestas á la edición de Rivadeneyra. ¡Lástima que no hayan podido hallarse restos de otros episodios igualmente memorables que completaran tan curioso manuscrito! El señor Janer dice: «El asunto del poema, tal como hoy se encuentra, comienza desde la mitad del capítulo XCI de la *Crónica*, faltando por lo mismo, todo lo anterior.» Mas, aun cuando esto sea así, por lo que resta se delinea á la perfección el carácter del gran guerrillero, espanto de la morisma y espejo de los caballeros castellanos.

De los sus ojos fuertemientre lorando, por el ostracismo á que le condena el rey don Alfonso, cabalga Mio Cid, viendo antes de llegar á Burgos la corneja á diestra y siniestra. Su desamparo es tal, que apenas halla posada; pero pronto reune lanzas y mesnaderos, éntrase por los campos de Alcocer, Daroca, Molina y Zaragoza, y halla victorias y preseas, de las cuales manda mil misas á Santa María de Burgos. y *treinta caballos, todos con siellas é muy bien empenachados* al ingrato Rey de Castilla.

El conde don Ramón de Barcelona quie-

re en vano detener su paso victorioso. En el pinar de Tebar queda hecho prisionero y logra sólo la libertad á cambio de rico botín: Mio Cid, después de este ruidoso triunfo, continúa su homérica campaña: el héroe castellano es capaz de «*guerrear contra la mar salada.*»

Pronto caen en su poder Xérica, Almenara y Murviedro; dos reyes moros pagan con su vida el atrevimiento de salirle al paso, y la rendición de Denia y Játiva y el cerco de Valencia, dan á conocer á Alfonso VI cuán injusto fuera al condenar al destierro al noble varón.

"I urmiendo los dias, las noches velando,
En ganar aquellas Villas Mio Cid durò tres años„

En vano acuden al socorro de Valencia los Reyes de Sevilla y de Marruecos con 30.000 mauritanos: son vencidos cerca de los muros de la que había de ser ciudad del Cid, y el de Marruecos herido por tres golpes furibundos. Siempre tiene el héroe *sudiento el caballo*: las nuevas de estas victorias llegan al campo Real con la tienda del rey vencido y doscientos caballos de regalo.

El Rey agradece los presentes y pide al Cid sus hijas, Sol y Elvira, para los Infantes de Carrión. Aquí entra el poema en otro orden de ideas y acontecimientos. Es curiosa la descripción de las bodas y de la entrevista

del de Vivar con el Rey después de su destierro. Mio Cid se había dejado crecer la barba en señal de luto, y vuelve á soltarle el cordón y á dejar que entren en ella el peine y la tijera. Los recién casados le acompañan á Valencia, donde reciben riquísimos presentes.

Cierto día, en Valencia, escápase un león que se hallaba encadenado, y al verle huyen los Infantes cobardemente. Búrlanse de ellos los mesnaderos. y los Infantes juran vengarse en sus esposas, lo que realizan dejándolas poco después desnudas, feridas y maltrechas en los robledales de Corpes. Al saberlo, el Cid exclama:

«Por aquesta barba que nadi non mesó
No la lograrán los Infantes de Carrión.»

Y no la logran en efecto, porque después de recoger á sus hijas y de poner la traición en conocimiento del Rey, toma de ellos ruda venganza, haciéndoles luchar en campo abierto con tres de sus mejores hombres de armas y rendirse de una manera vergonzosa á los golpes de las mismas espadas de que les hizo presente.

Las hijas del Cid, rehabilitadas, son pedidas de nuevo en matrimonio para los Infantes de Navarra y Aragón, después de lo cual el buen Cid,

«Pasó deste siglo el día de Cinquesma;»
De Christus haya perdón.

La parte que se refiere á Sigfrido en la primera mitad de *Los Nibelungos* es tan azarosa como la del Cid en los cantares; pero se mezcla, como acertadamente observa Scherr, con cierta *plaisenterie* feroz que recuerda los cantos guerreros provenzales.

El héroe que ha probado sus fuerzas matando un dragón, en cuya sangre se baña, y venciendo á los gigantes y enanos guardadores del tesoro de los Nibelungos, llega á Worms, sobre el Rhin, donde tiene su corte el rey Gunter, con el intento de vencerle y robarle á su hermana Crimilda. Es recibido amistosamente y con grandes fiestas; vence á los guerreros de extrañas tierras, llamados Shasen, enemigos de Gunter, y se le ofrece la mano de la hermosa, al propio tiempo que Gunter piensa conquistar la de Brunequilda, princesa de Irlanda, de feroz valor y de excelentes prendas físicas.

Sigfrido, amigo de aventuras, se ofrece á Gunter para tan ardua empresa, y parten á aquellas tierras llevando magníficos trajes y bravos acompañantes.

Brunequilda sólo ha de casarse con quien la venza cuerpo á cuerpo: empréndese el duelo ante la corte, y el Rey de Worms, ayudado de Sigfrido, que se cubre con un sombrero mágico que le hace invisible, ven-

ce á la terrible amazona, la cual da su mano á Gunter.

Es una escena curiosa la de la noche de bodas de Günter y Brunequilda. La amazona se resiste á los deseos del Rey consorte, en las intimidades de la cámara nupcial, y en un rapto de bárbara furia, maniata á su esposo con su cinturón de doncella y lo suspende de una escarpia, haciéndole que pase en esta angustiosa posición toda la noche. Al amanecer, Gunter, maltrecho y avergonzado, cuenta el suceso á Sigfrido, y éste, introduciéndose con las sombras nocturnas en la alcoba, y cubierto con su tarnkappa, lucha con la Reina hasta desgarrarle el brial, y la fuerza á que se entregue á Gunter para siempre.

El premio de estos servicios es la mano de Crimilda. Se hacen grandes fiestas en Worms, sobre el Rhin: asisten á ellas Sigfrido y Crimilda, y la emulación y los celos hacen que la hermana de Günter revele á Brunequilda que ella posee el cinturón de doncella que le arrebató su vencedor en la cámara nupcial con la ayuda de la tarnkappa: esta revelación produce entre ambas un odio á muerte.

Brunequilda excita á su escudero, el terrible Hagen de Troneja, á que mate á Sigfrido, y el feroz borgoñón, valiéndose de hábiles subterfugios, hace que la esposa del héroe del Niderland le revele el punto vulnerable

que dejó una hoja de tilo sobre la espalda de su esposo, cuando fué bañado en la sangre del dragón. Promueve una cacería, en la que Sigfrido hace prodigios de valor: cuando éste, descuidado, bebe el agua de una fuente, le hiere por la espalda, llevando su cruel estrategia hasta el punto de colocar el cadáver del héroe en las mismas puertas de la Cámara de Crimilda.

De aquí en adelante el poema no es más que una horrible sucesión de perfidias y maldades. Crimilda llega á ser esposa de Atila, rey de los hunnos, y toma de sus deudos y enemigos represalias espantosas, que llenan las restantes páginas.

III

Sherr, estudiando *Los Nibelungos*, considera este poema como el cuadro más acabado de la literatura del Norte, añadiendo, con mucha razón, que revela claramente su origen escandinavo. También hace adivinar un punto que se trasparenta al cotejar las dos partes de esta obra genial y caprichosa, y es que, en lo referente á las aventuras de Sigfrido, la mano de Conrado de Kurenberg, que fué el que acaso la vertió en estrofas alemanas, retocó el texto ó la tradición, do-

tándolo de ciertas *plaisentinas*, propias del estilo de los trovadores y de las que los provenzales nos dieron, principalmente en su segunda época, muestras donosas.

No de otro modo se comprende que haya en la primera parte del poema suaves oasis y azules lontananzas de amor, y en la segunda sólo arenales, trombas y lagos de sangre.

Tampono se compaginan bien con el levantado carácter de Sigfrido aquellas escenas de la cámara nupcial, que parecen precursoras de los cuentos de Boccacio y de los picantes relatos intercalados en los poemas épicos del Renacimiento.

Es posible que algunos crean al feroz Hagen de Troneja personage principal de *Los Nibelungos*; pero á mi juicio, Sigfrido le es superior por todos conceptos. Su muerte no interrumpe, por ingenioso nudo, la acción de la obra, supuesto que los móviles que impulsan la venganza de Crimilda no son otros que los recuerdos de su bien amado. Si antes se hizo invisible con la mágica tarnkappa, ahora se recata con el velo del no ser; pero habita siempre en el corazón de la vengativa esposa del rey Etzel, y procura con ella arrastrar al precipicio á los que tan mal pagaron sus beneficios.

Nuestro Cid lleva á uno y á otro gran ventaja. Es tan guerrero como Hagen de Troneja, y tan generoso como Sigfrido.

Arrojado, intrépido, temerario, invencible, al par que fiel vasallo y cumplido caballero, toma la jura á Alfonso con castellana rudeza y acepta con sumisión heróica el ostracismo, ganando al moro tierras y ciudades para probar á los favoritos del Rey, que no necesita de las que domina el Monarca.

Ni se presta á complacencias del género de las que demanda Gunter de Sigfrido, ni necesita del baño de sangre de dragón para entrarse por el campo enemigo derribando condes y venciendo reyes. Su Tizona hace las mismas maravillas que la Balmung del inolvidable Nibelungo, y cuando vuelve victorioso á Alcocer ó á Valencia, todos reconocen y aplauden *al espada tajador que trae sangriento el brazo.*

Entre las maravillas del valor de Sigfrido, se describe con bellos colores en el poema alemán, la última cacería á que el esposo de Crimilda es arrastrado por el pérfido Hagen de Troneja, con el intento de asesinarle. Sigfrido, después de vencer á un terrible oso, le conduce atado al arzón ante los monteros de Gunter, para probarles su astucia y su arrojo.

El héroe apareciendo así, – dice el poeta, —causaba la admiración del concurso. «Todo su traje, de arriba abajo, iba guarnecido con pieles de lince, y sobre las ricas pieles, muchas láminas de cobre brillaban á uno y otro lado del maestro cazador: También lle-

vaba la Balmung, larga y hermosa espada: era tan dura, que al dar un golpe, partió un yelmo: su filo era muy duro. El arrogante cazador iba sumamente alegre.

«El noble caballero caminaba por fuera de la selva. Cuando las gentes de Gunter le vieron venir, salieron á su encuentro para tenerle el caballo. Amarrado á la silla, llevaba al oso terrible y grande.

«Cuando se apeó del caballo, desató la cuerda con que tenía amarradas las patas y el hocico del oso: los perros comenzaron á ladrar con fuerza.

«¡Cómo huyeron los cocineros lejos del fuego! Más de una caldera se volcó y más de un hombre cayó á tierra. ¡Qué de buenos manjares cayeron en la cocina! El oso comenzó á irritarse; el Rey mandó que soltaran todas las traillas. ¡Aquél hubiese sido un día feliz si terminase bien!

«El oso comenzó á huir rápidamente delante de los perros; nadie podia seguirle sino el marido de Crimilda. Lo alcanzó con la espada y le dió muerte: el mónstruo fué acercado á la hoguera.»

El episodio del león en *El Poema del Cid*, bello, rudo y expresivo como éste, pone al héroe castellano al nivel de Sigfrido, y tiene, como el relato que antecede, delicioso sabor de época, sal ática e indefinible encanto.

Algún travieso mesnadero del Cid, aprovechando el sueño de su señor, y deseando

jugar una mala pasada á los cobardes Infantes don Fernando y don Diego, como hemos dicho anteriormente, suelta un león que tiene el héroe encadenado. Esta broma de la época, que vemos repetida en los Nibelungos y que queda aún en las giras campestres de nuestros días, en las que el toro ó la vaca hacen las veces del león y el oso de los tiempos medios, refiérese con encantadora sencillez en el libro de los cantares, poniéndose al par de relieve, los vergonzosos miedos de los yernos del señor de Valencia. No podemos resistir al deseo de trascribir también este episodio:

"En Valencia soye Myo Cid con todos sus
(vasallos:
Con el amo sus yernos los ynfantes de Carriòn,
Jazùs en vn escanno durmia el Campeador.
Mala sobreuvienta, sabed que les cuntiò:
Salios de la red è desatós el leòn,
En gran miedo se vieron por medio de la cort,
Embracan los mantos los del Campeador,
E cercan el escanno è fincan sobre su sennor.
Fernan Gonzalez non viò alli dos al casse nin
(càmara nin ton;
Metios sol escanno tanto ouo el pauor.
Diego González por la puerta saliò;
Diziendo de la boca: non verè Carriòn,
Tras vna viga de lagar metios con gran pauor.
El manto è el brial todo suzio lo sacò.
En esto despertò el que en buen hora naciò,
Viò cercado el escanno de sos buenos varons
¿Quès esto, mesnadas, o què queredes nos?
Hya sennor ordrado, rebata nos diò el leon.
Myo Cid fincò el cobelo, en piè se leuantò:

El manto trae al cuello, è adelinò para el leon;
El leon cuando le vio assì envergonzò:
Ante Myo Cid la cabeza premiò è el rostro (fincò.
Myo Cid don Rodrigo al cuello lo tomó,
È lien-lo adestrando, en la red lo metiò.„

También puede contarse entre los episodios análogos de ambos poemas, la venganza de los Condes de Carrión, que dejan toda una noche á sus esposas atadas en el robledal de Corpes, como Brunequilda dejò á Gunter en las soledades de su cámara; pero sigue la misma diferencia de elevación de miras en la factura del monumento literario. En *Los Nibelungos* es una mujer la que escarnece á un rey que alardea y presume de valiente, mientras que en *El poema del Cid* son dos débiles hembras las que soportan de cobardes manos el vergonzoso suplicio.

Este mismo orden de ideas puede aplicarse al resto de la obra. Se dan de tal manera mezcladas con traiciones, falsías, crueldades y celadas espantosas, las escenas, épicas del poema alemán, que no podemos hallar en él caracteres dignos de la apoteosis, como el del héroe castellano. Hay, sí, rasgos feroces que se confunden con el heroismo; y así como de pasada, asoma la silueta de algún personaje simpático. Rudiguero, el buen señor de Dechlaren, y Wolker, el inspirado músico que adormece con las suaves notas de su laud á los guerreros cuidadosos, templan

un tanto la crudeza del último cuadro de matanza, y desfilan como sombras buenas por aquel círculo de hierro.

La falsía, el orgullo y la ruindad de miras empequeñecen á estos titanes, de los cuales puede decirse que aunque están tallados en granito y dotados de colosales proporciones, tienen el pecho hueco como las estátuas de Memnón.

No hay que culpar de esto á los cronistas ni á los poetas, que no han hecho otra cosa que presentar la realidad sin escatimar el negro ni el rojo. La civilización alemana, durante la Edad Media, no era á propósito para formar caracteres generosos é irreprochables. Los señores feudales vivían encastillados en sus nidos de aguila, y, como las aves de rapiña, hallaban buenas y apetitosas todo genero de presas, aun cuando fueran las que les proporcionaran el fraude y la deslealtad más liviana entre sus propios deudos y hermanos. *Amigo de Dios y enemigo de todo el mundo*: tal llegó á ser el credo de aquellos caballeros admiradores del falso Gunter y del traidor Hagen de Troneja.

La vida del castillo - dice un historiador imparcial –fué tan sólo la del pillaje y el asesinato: la nobleza alemana de la Edad Media, que había perdido su fortuna en esas ostentosas fiestas de que nos dan pálida idea las fantásticas narraciones de los poemas caballerescos, la reponían desbalijando

al viajero en las encrucijadas de los caminos y entrando á saco las fortalezas y aldeas vecinas. Las leyes, impotentes, no podían detener aquella exuberancia de individualismo artero que había hecho de cada roca una casa fuerte y de cada marca un estado egoista y ambicioso.

Froissart, cronista del siglo XIV, pinta á la pléyade caballeresca alemana, avara, dura y desprovista de delicadeza; es verdad —añade Scherr que la sociedad feudal había perdido todo sentimiento de honor y de humanidad.

El feudalismo, que tuvo poca razón de ser en España, no pudo inocularnos ese virus propio de su constitución egoista, ni amenguar hasta ese punto las altas prendas del valor castellano. La fé púnica, el ardid de guerra, las demasías de la ambición, que produjeron el triste libro de *Las Querellas*, los antagonismos propios de aquellos tiempos de hierro, nunca llegaron á constituir nota dominante en la historia patria.

El perpetuo batallar de la reconquista apretaba los lazos de solidaridad de los pueblos cristianos y hacía nacer cierta emulación generosa ante el enemigo común. Las terribles repesalias de guerra entre moros y cristianos no pueden considerarse, como las matanzas de *Los Nibelungos*, entre las hecatombes de pueblos amigos y hermanos, y tienen, por el contrario el sello de la epopeya gloriosa y digna de memoria.

Hé aquí la clave para señalar las diferencias esenciales que separan á los dos héroes y á los dos poemas. El Cid jamás se hubiera prestado á combatir con una mujer, ni menos á ayudar al rey Alfonso á llevar á cabo felonías como las que se realizan en la cámara nupcial de Brunequilda. Para esto, sólo pueden servir caracteres débiles ó poco escrupulosos, y no es poca fortuna para el autor de los *Cantares*, hallar á mano á los Infantes en el episodio análogo de doña Sol y de doña Elvira. Del mismo modo puede asegurarse que el de Vivar no hubiera alcanzado la mano de doña Jimena á cambio de complacencias del género de las de Sigfrido, porque, según la tradición de los *Cantares* y del *Romancero*, por más que le calumnien alguna vez los textos árabes, Mio Cid preferría á todo, el dictado de franco campeador y digno vasallo.

Lástima que no hayan quedado en el poema algunos hechos gloriosos, que se recuerdan en el *Romancero* y en la *Crónica* y que se trasparentan vagamente entre los fantásticos relatos de los agradecidos monjes de Cardeña. En ellos se acentuarían más diferencias de carácter que dan la primacía al héroe castellano. Por los que conocemos, el amor de Sigfrido á su esposa Crimilda no es mayor que el de Rodrigo á Jimena; y ésta eternamente del héroe, como la hermana de Gunter, se presenta á nuestros ojos rodeada

de una doble aureola que falta á la orgullosa viuda de Sigfrido y esposa de Etzel: la doble aureola de la constancia y del amor materno.

El hijo de Crimilda y Etzel, en las últimas páginas de *Los Nibelungos*, es tan sólo un pobre maniquí que se rompe sin estrépito entre las manos del feroz Hagen.

Dozy, en su afán de hacer de Rodrigo un ser desalmado y sin ideales como los bandidos de las marcas alemanas, cree ficción poética el amor de Jimena á su esposo, y asegura que este matrimonio se verificó sin afición ninguna y por razón de Estado. En la comparación que hacemos de ambos poemas, no hemos de entrar en el pesado trabajo de reivindicación, que tales afirmaciones necesitan. Si los hechos de Rodrigo despertaron la saña de sus naturales enemigos los árabes y la envidia de los soberanos, no es extraño que en los escritos inspirados por ellos se tratara de empequeñecerle. El pueblo, en cambio, vió en él á su héroe favorito, y puso de relieve sus grandes proezas y sus excelentes cualidades. Para nosotros también es el Cid histórico, el Cid de los *Cantares*.

Ampliando una idea apuntada ya, diremos que en los hechos más ó menos romancescos atribuidos al Cid, se hallan también analogías curiosas que acercan al campeador castellano y al guerrero de la leyenda escandinava.

Cuéntase en las leyendas de Cardeña, que celebrándose el séptimo aniversario de la muerte del Campeador, y hallándose, como de costumbre, expuesto su cadáver en el templo, á la derecha del altar, bajo un magnífico dosel con sus armas y las de Navarra y Castilla, entró un judío y quiso tirarle de la barba. Mas cuando iba á ejecutar su profano designio, el muerto empuñó su espada Tizona, y el judío cayó de espaldas dando espantosos gritos.

En *Los Nibelungos*, la noble Reina hace llevar el cadáver de Sigfrido á la Catedral, prepárasele un ataud de plata y oro, grande y fuerte, unido por planchas de acero bien templado, y se le expone ante la corte de Gunter, allí congregada. Crimilda echa en cara á su hermano y á Hagen, que forman parte del cortejo, la infamia cometida, y ellos sostienen que no han sido culpables. La esposa de Sigfrido insiste en su acusación diciendo: «¡Que el que sea inocente lo pruebe, acercándose al cuerpo de mi esposo!»

Entonces ocurre un gran milagro: cuando Hagen, el asesino, se acerca al muerto, la sangre brota de las heridas con abundancia y se escuchan hondos lamentos. Así queda reconocido que Hagen le ha dado muerte.

Probada la superioridad moral y caballeresca de *El Poema del Cid* sobre *Los Nibelungos*, no dejaremos de consignar que los detalles y rasgos que avaloran este último

monumento, son de verdadera fuerza estética. Los cantos de los Escaldas y los pasajes del Edda que han inspirado sus páginas, no contienen más brillantes descripciones ni más delicadas filigranas. Werbel, músico vasallo de Atila, al que corta la mano de tajo furibundo la espada de Hagen de Troneja, quéjase de su manquedad con estas sencillas y tristes palabras: «¡Ah! ¡mi mano! Señor Hagen de Troneja, ¿qué os he hecho? Yo fuí con la mejor buena fé al pais de vuestros señores; ¿cómo podré arrancar notas acordadas ahora que he perdido mi mano?.... A Hagen le importaba poco que nunca volviera á tocar.

No es menos patético el episodio de la muerte de Rudriguero, precisado á luchar con su propio yerno, entregando su escudo cubierto de láminas de metal y piedras preciosas, á los mismos que va á combatir, y encomendando á la tutela de sus enemigos su esposa y sus hijos. La antitesis de la acción, de que la poesía provenzal ha sacado grandes bellezas, se da en *Los Nibelungos* de un modo fácil y deslumbrador, casi sin que lo advierta el poeta.

En *El Poema del Cid* no hay menos arte intuitivo, pero la realidad despojada de todo aparato, se da frecuentemente de manera más tierna. Rodrigo, al verse precisado á partir,

"Enclinò las manos en su barba velida,
A las sus fijas en brazos las prendia:
Legolas al corazon, ca mucho las queria.
Lora delos ojos, tan fuert--mientre sospira:
Ya donna Ximena, la mi mugier tan cumplida,
Commo à la mi alma yo tanto uos queria;
Ya lo vedes que partir-nos tenemos en vida;
Yo yrè è uos fincaredes remanida.
Plega á Dios è à Santa Maria—que aun con mis (manos case estas mis fijas.
O quede ventura è algunos dias vida!
E uos, mugier ondrada, de mi seades seruida.„

Esta sencillez de la narración se acomoda al tipo real que ha inspirado los *Cantares*, y no sería propio del carácter semioriental y fantástico del conquistador del tesoro de los Nibelungos. Otro detalle: en los dominios del Cid se habla también de regalos y preseas, de trajes ricos y de soberbias cabalgaduras; pero no se abusa de este aparato, como en las cortes de Gunter y de Etzel. Esos feroces guerreros que tan poco se cuidan del mañana, necesitan, sin embargo, trajes nuevos y ricas armaduras cada vez que hacen excursiones ó emprenden campañas. Las costosas túnicas, los mantos bordados, los cinturones de oro rojo y las vistosas gualdrapas, no se olvidan jamás en las estrofas del poema y le convierten en una exposición perpétua de suntuosidades.

Cierto amigo mío, aficionado á frases hechas, después de haber analizado las miserias cantadas en *Los Nibelungos* y de hallar

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada ·

en sus páginas la avaricia, la falsía y la traición elevadas á la apoteosis y cubiertas de deslumbrantes galas, solía decir que el poema en cuestión, como la mayor parte de las epopeyas alemanas, era un expoliario nauseabundo, sobre el cual las valkirias y las hadas, habían extendido sus velos cuajados de perlas y sus lujosos paños color de esmeralda.

La Danza Macabra en las Campiñas

I

Las perpétuas transformaciones que en la Edad Media, sufrian las costumbres de los pueblos, dieron origen á una práctica genial y poco donosa, que se propagó principalmente, en el Norte de Europa, y cuyos caracteres impresionaron vivamente á la multitud. Esta extraña práctica vulgarizóse con el nombre de Danza Macabra.

Si por la etimología de la frase hubiésemos de inquirir qué género de danza era éste que tuvo el raro privilegio de inspirar á Tory y á Holbein sus fantásticas pinturas y al gran Meyerbeer una de sus conocidas piezas musicales, seguramente que nos hallaríamos en grande aprieto para definirle; pero los rastros que deja tras de sí, tanto en las

artes como en las letras, nos permiten seguirla fácilmente al través de las oscuridades de la Edad Media, y rastrear en nuestros días, sus postreras manifestaciones.

La Danza Macabra ó de la Muerte no era otra cosa que una antigua representación mímica, más ó menos perfeccionada, en la cual tomaban parte desde el último pechero hasta el primer potentado.

Entre nuestros códices del Escorial, figura una composición de autor desconocido, incluída en el tomo de escritores anteriores al siglo XV, de la edición de Rivadeneyra, la cual nos da, con peregrina exactitud, la forma de esta especie de mascarada espiritual, en la que son llamados á la última danza, lo mismo el anciano que el niño de pecho. La advertencia del copista explica la transcendencia moral de la composición, con estas breves frases. «Aquí comiença la dança general en la cual tracta como la muerte dise abisa á todas las criaturas que paren mientes en la breuiedad de su bida é que della mayor cabdal non sea fecho que ella mereçe. E asy mesmo les dice e requiere que bean é oyan bien lo que los sabios predicadores les disen é amonestan de cada dia dando-les bueno e sano consejo que pugnien en faser buenas obras porque hayan cumplido perdón de sus pecados. E luego siguiente mostrando por esperiencia lo que dise, llama e requiere á todos los estados del mundo que

bengan de su buen grado ó contra su boluntad.»

La gran rueda comienza por la salida de la Muerte y el predicador, que dan consejos á los danzantes advirtiéndoles que la muerte es cierta para todas las criaturas, supuesto que estas *trajeron al mundo un solo bocado*, y hay que acudir sin escusa al llamamiento. Las figuras que toman parte en la danza, simulan esqueletos, y llevan sus correspondientes distintivos, como se ven hoy en los cuadros de Holbein y en las miniaturas de los antiguos horarios. Dos hermosas doncellas son llamadas en primer lugar á la danza; la Muerte las presenta en el corro con estas punzantes frases:

«Esta mi dança traye de presente
Estas dos doncellas que bedes fermosas:
Ellas vinieron de muy mala mente
Oyr mis canciones, que son dolorosas.
Mas non les baldrán flores y rosas
Nin las composturas que poner solían;
De mi sy pudiesen partir-se querrían
Mas non puede ser, que son mis esposas.»

Luego que las doncellas entran en la danza, la Muerte llama al Santo Padre, que ha de ser el guiador de ella, y sucesivamente van entrando, tras breve y enérgica solicitación, un emperador, un cardenal, un rey, un patriarca, un duque, un arzobispo, un

condestable, un obispo, un caballero, un abad, un escudero, un deán, un mercader, un arcediano, un abogado, un canónigo, un físico, un cura, un labrador, un monje, un usurero, un fraile, un portero, un ermitaño, un contador, un diácono, un recaudador, un subdiacono, un sacristán, un alfaquí y un santero; todos danzan, y dice la Muerte:

«A todos los que aquí no he nombrado,
De cualquier ley e estado e condyción,
Les mando que bengan muy toste priado
A entrar en mi dança sin escusación.»

Cada danzante dá sus disculpas á la Muerte y procura evitar el baile pavoroso; pero la Muerte, que sabe de retóricas, rebate los diversos argumentos y no se deja convencer.

Dice el Padre Santo:

«Ay de mí, triste, qué cosa tan fuerte,
A yo que tractaua tan grand prelaría
Aber de pasar agora la muerte
E non me baler lo que dar solía»

A lo que replica la Muerte:

«Non vos enojedes, sennor Padre Santo,
De andar en mi danza que tengo ordenada,
Non vos baldrá el bermejo manto,
De lo que fuistes abredes soldada:»

Como es fácil deducir de la tendencia de esta representación ó pasatiempo moral, la Danza de la Muerte, que acaso dió origen á los primeros autos sacramentales, elevados después á la categoría de verdaderas representaciones escénicas, fué en sus asomos, un género de protesta lanzada por las clases poco favorecidas, en virtud de la explosión de sentimientos igualitarios provocada por los albigenses, los neonognísticos y demás revolucionarios de la Edad Media. Y que fué el medio de que se valió el ingenio de los protestantes para poner de relieve que ante la Muerte no existen gerarquías y que todos hemos de despojarnos de nuestras grandezas cuando llegue la hora suprema, parece cosa indudable, porque el propio resorte tocaron los místicos algunos siglos después, aunque con distintos fines, llegando á estereotipar de tal modo la idea, que apoderándose de ella las artes plásticas nos la dieron en una serie interminable de obras maestras.

Danzas igualitarias de la misma índole, pero de distinta finalidad, vemos en Grecia y Roma, durante las saturnales. El señor y el esclavo se confunden en las expansiones del bacanal y se ven asidos de las manos. ¿Podremos hacer remontar á tan lejanas fuentes el origen de la Danza Macabra, en la que forman el corro todas las clases sociales?

Creen algunos, y entre ellos Ducange,

que esta danza fue instituida en el siglo XIII en conmemoración del martirio y muerte de los siete Macabeos, y que de ellos tomó el nombre de Danza Macabra; pero como otros afirman que se titula así porque los primeros que compusieron este género de poemas fueron los poetas Macaber ó Macabrus, no puede admitirse sin reserva aquella opinión. La analogía es, sin embargo, curiosa; los Macabeos iban al suplicio uno á uno y después de oir las exhortaciones del tirano Antioco, forma en que ha llegado á nosotros la Danza Macabra; y si á esto añadimos los datos que resultan de los antiguos calendarios, llenos de conmemoraciones sangrientas en los días que coinciden con la fiesta de los Macabeos, tendremos un resquicio más de luz para colegir que esta danza original fué una danza guerrera antes de ser una sátira bailada.

En efecto, el dia 25 de Tachsas (Diciembre) es la fiesta de los Macabeos en el calendario etíope, y todos sabemos la afición de los africanos á las danzas guerreras; en el calendario tibetano los mismos días corresponden á la *última noche del año*, época de las representaciones de las pantomimas sagradas en el monasterio de Lassa, en las cuales se evocan la muerte y el diablo; en el calendario greco-ruso tenemos en los mismos días la conmemoración de tres horribles matanzas de mártires; y coincidiendo con idénticas fechas, en el nuestro y en el protestante, la

fiesta de los Inocentes ó de la gran degollación de niños mandaba llevar á cabo por el tirano Herodes.

Cómo, con los elementos de una danza guerrera ó de una escena de saturnal, pudo llegarse á constituir la Danza Macabra, sería cosa difícil de probar en menos de un volumen; pero ello es que de tales transformaciones está llena la vida de los pueblos, y que la evolución de prácticas, mitos y preocupaciones, es una de las más reconocidas leyes históricas.

II

Un escritor moderno afirma que la tradición formal de esta danza arranca de la siguiente leyenda, muy popular en Europa en el siglo XIV.

En la capital del Gran Ducado de Hesse, cierto día de Pascuas, y durante la celebración del oficio divino, varios desalmados pusiéronse á danzar en el atrio de una iglesia, sin miramiento alguno. Dios, irritado, maldijo á estas gentes, que presa de vértigo infernal pusiéronse á dar vueltas asidos de las manos, sin que un solo danzante pudiera dejar el corro á pesar de sus desesperados esfuerzos para conseguirlo. El sacristán de la

iglesia, que oyó tan gran estrépito, quiso saber lo que pasaba, y al asomarse al porche, vió á su hija que se hallaba en la danza, y se precipitó sobre ella para sacarla de la rueda infernal: pero su propósito fué vano: al asirla por un brazo ¡caso horrible! el brazo quedó entre sus manos y la joven siguió danzando vertiginosamente. Tanto bailaron los condenados, que cavaron una fosa circular en la cual iban sumiéndose poco á poco. La danza duró un año entero, cumplido el cual, y á la misma hora en que había comenzado la rueda, cayeron muertos en la fosa que ellos mismos habían abierto con sus plantas.

A poco que se discurra acerca de esta narración inverosímil, se comprenderá que la tal leyenda fué seguramente posterior á la existencia de estas danzas geniales, y no vacilamos en asegurar que puede ser como otros muchos ejemplos morales referidos en el púlpito, en los novenarios, y en los libros de rezo, el correctivo impuesto por el clero á los desmanes de la multitud licenciosa.

Desde los primeros tiempos luchó valientemente el cristianismo con las reminiscencias del culto pagano, y procuró por todos los medios reprimir las demasías del vulgo indocto, acostumbrado á las libertades del politeismo. Las mismas festividades cristianas solían degenerar en licencias y tomar de las caídas censurables aditamentos, y no es extraño que más de una vez hubieran de

prohibir los Concilios fiestas sancionadas por los prelados cristianos.

La fiesta de San Antón, que aún se celebra en España, con la bendición de los asnos, es una de estas reminiscencias extrañas, conservada á través de los siglos. En Roma, el día sexto de los idus de Junio, celebrábase la llamada *coronación de los asnos*, en la cual se levantaba un altar á Júpiter, y terminados los sacrificios al dios, los horneros y panaderos montaban en sus asnos coronados de mirto y laurel, y corrían por las calles de la ciudad moviendo ronca algazara. En Alemania, esta misma fiesta, que se retrotraía al recuerdo bíblico de la burra de Balaán, tenía una forma grosera é impía. Llevábase á la iglesia un asno con hábitos que remedaban el traje sacerdotal, y se organizaban en torno de él danzas semejantes á las que dedicaron los Israelitas al Becerro de oro. Los danzantes lanzaban gritos frenéticos, y el pueblo entero, uniéndose á estas manifestaciones de locura, acompañaba la impía mascarada con todo genero de prácticas licenciosas.

La misa de locos, que es probablemente el origen de la costumbre andaluza que hemos de describir, se celebraba en varios pueblos durante la Edad Media, por un lego que se vestía groseramente con ornamentos pontificales, y mientras duraba la culpable parodia del Santo Sacrificio, los asistentes se en-

tregaban á todo género de excesos, vestíanse con trajes extravagantes, y comían y bebían sobre las mismas gradas de los profanados altares.

Estos desmanes, sólo concebibles en la edad de hierro, y cuando un estado de anarquía y descomposición minaba todos los estados y todas las clases, hicieron tronar la voz de los obispos y de los papas, y dieron margen á las protestas de los revolucionarios y perfectistas, que fundados acaso en ideales de pureza y de buenas costumbres, se contaminaron muy pronto, sobrepujando las sectas en licencia y maldad á los mismos á quienes combatían rudamente.

El siervo, el obrero, el soldado, el señor feudal que hacía la vida del pillaje y del campamento, envueltos en tan enrarecida atmósfera y solicitados por este pandemonium de maldades, escucharon más de una vez, con la rodilla en tierra y la frente cubierta de ceniza, el tamboril de la Danza Macabra y el *Dies iræ*.

Las artes reflejaron en la piedra, en el bronce y en la tabla tan gigantescas antinomias, y nos dieron esas extravagancias sublimes que ha conservado el arte arquitectónico en nuestras catedrales, y el pictórico en nuestras bibliotecas y en nuestros museos.

Un curioso estudio de arqueología demoniaca, hecho por el abate Lecanú, da peregrinas noticias acerca de las costumbres carica-

turadas en piedra por los arquitectos de los siglos medios. Aunque es muy parco en sus descripciones, comprende que las leyendas desarrolladas en repisas, frisos, chapiteles, ábsides, témpanos y coronamientos, ofendían á la moral y á los mismos religiosos, siendo muy extraño que estos no parasen mientes en lo que solía recatarse tras un símbolo gnóstico, bajo el cuerpo escamoso de un reptil mitrado y tendido sobre hojarascas, ó en los grupos de grotescasfiguras con largos ropajes, luchando con jabalíes, osos, esfinges y espantables dragones.

Sin duda—dice el referido autor—que el misterio de la Santísima Trinidad, y varios pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, se encuentran reproducidos en las basílicas cristianas de los siglos XI, XII y XIII: pero lo que se ha dado en llamar ideas místicas y alegorías de vicios y virtudes, no existe más que en la imaginación de los que los contemplan, y son en realidad cosa muy rara. La mayor parte de las decoraciones de esas épocas, en la Europa meridional, sólo representan malas ideas y costumbres peores. La simbólica cristiana, que fué tan expresiva y brillante en el Oriente, degeneró en el Mediodía en un geroglífico satánico.

No seremos nosotros tan duros como el piadoso escritor al calificar á los satíricos maestros que *ilustraron* tales monumentos; pero sí hemos de darle la razón en lo que á

lo profano del medio corresponde. El independiente artífice parecía querer vengarse de su siglo, trasladando á la piedra las costumbres de sus contemporáneos y los vicios de sus señores, y se servía del mármol y del buril como hoy nos servimos del lápiz y de la letra de molde.

La Auvernia, el Languedoc, el Franco-Condado y el Rosellón fueron los iniciadores de esa gran batalla del ingenio, del cincel y de la piqueta. Son tantas las iglesias y basílicas en que pueden verse historias íntimas y leyendas simbólicas del género indicado, que su sola enunciación haría interminable este trabajo. En españa, el gran tímpano de la Catedral de Tarragona y su notable claustro, no nos dejarán mentir.

Muchas veces las intenciones del artista se velaban tomando por pretexto uno de los muchos cuentos fantásticos repetidos por el vulgo. Las historias de Virgilio el Mágico, de Roberto el Diablo, las cacerías de Herodías, y las danzas de adamitas y licántropos, daban motivo al masón para satisfacer sus aficiones satíricas y aun para hallar deleite en representaciones plásticas sensuales. Los medallones de la iglesia de Blainville representan las escenas de un Sábado, y la serie comienza, según confesión de Lecamin, por el célebre beso del sapo.

Del mismo modo eran esculpidas las fiestas de locos y las danzas macabras, que pa-

ra nosotros son la misma cosa, en las basílicas cristianas. En las catedrales de Chartres y de Mans hay varias de estas muy curiosas, y la de adamitas que ostentan los chapiteles de las columnas de Ros, puede considerarse como tal, considerando el martirio como una insigne locura.

A España no llegaron las extravagancias artísticas de la Danza Macabra: pero aún la recuerdan los cuadros de ánimas y los lienzos de Valdés Leal, que acaso conoció las pinturas de Holbein y se inspiró en su gran composición de la Muerte. Recuerdo haber visto un cuadro del siglo XVI, en extremo sencillo, pero en el cual se encontraba toda una estrofa de la Danza de los Difuntos: era un arrogante mancebo ostentando púrpura y cetro y colocando su corona real sobre una hedionda calavera.

¡Gran personaje para figurar en la Danza Macabra!

III

Veamos ahora por qué serie de misteriosos accidentes, aparece en las campiñas andaluzas la Danza Macabra.

Como hemos dicho en otro lugar, durante la recolección del mosto y de la aceituna en los campos de la Bética, conservábanse

muchas fiestas greco-romanas, siendo las danzas y divertimientos igualitarios de las dinosiacas y saturnales, los que más profunda huella dejaron entre los moradores de los predios rústicos.

El cúmulo de danzas que durante la Edad Media amenizaban las más brillantes solemnidades, llegaban á las campiñas desfiguradas por la rusticidad de los intérpretes, que de las de Navidad, de las de Reyes, de las de la Cruz de Mayo ó Pirulito, y hasta de las de epilépticos y brujos, se habían formado varias para su uso particular, en las cuales alternaban el fauno enmascarado con el rey mago, la bruja con la bacante, el pastorcillo de Bethlem con el amorcillo cubierto de hojas de parra, y Proserpina con San Medardo.

Las colonias de alemanes establecidas en varias campiñas de Andalucía, con el advenimiento de la dinastía austriaca, vinieron sin duda á determinar otras variantes, y se organizaron las hermandades de ánimas, las danzas de la muerte y las misas de locos, á las que los recién venidos eran muy aficionados.

Señaladas las afinidades que existían entre unos y otros divertimientos, fácilmente se comprende que se fundieran sin esfuerzo en una sola manifestación, y ésta fué la Danza de Locos que las hermandades de ánimas hacen en la semana de Inocentes; danza que corría en los primeros tiempos, como hoy

mismo corre, el término y sus predios rústicos, no sólo por satisfacer el deseo tradicional de bailar y escandalizar, como los trasnochadores de las saturnales, sino también para hacer la colecta necesaria al sostenimiento de las capillas y eremitorios del paraje, en los cuales radicaban, y radican aún, las distintas confraternidades de devotos orates.

Hoy mismo puede el curioso asistir al espectáculo de una Danza Macabra en las campiñas andaluzas. El 28 de Diciembre, día de los Santos Inocentes, la ciudad de Ecija (Sevilla) viste de gala y se prepara á una extraña romería que se verifica en las afueras de la antigua colonia romana y cerca del lugar histórico conocido con el nombre de *Fuente de los Cristianos*, por haber descansado allí, antes de ganar las murallas de la *Ciudad del Sol*, los fugitivos de la batalla del Guadalete.

Entre las memorias del que escribe estas líneas, queda el aspecto de aquellos lugares poblados de haciendas de olivar y valiosísimas cortijadas, cuyos suaves accidentes, como todos los de la Bética, tienen exceso de cielo. Con los resplandores de la tarde, —parte del día en que bajan al camino, dejando los cercanos caseríos, las tandas de locos danzantes, — el lugar citado se cubre de curiosos pertenecientes á todas las clases sociales, viéndose aquí y acullá, ora la mantilla andaluza, ora el sombrerillo francés, ya el

abrigo de terciopelo, ya el mantón de Manila. Los ginetes, montados en esos caballos airosos y bien conformados, que van desapareciendo, por desgracia, de nuestras dehesas con las sugestiones del moderno *sport*, se mezclan con los vehículos de todas clases que suben por la cuesta y parecen proceder de una ciudad fantástica. Tras ellos, dejan las azoteas y las torres hundidas en el valle regado por el romancesco Genil que ciñe las huertas con sus aguas tranquilas, al opuesto lado.

Como la romería es larga, el uso de los carruajes es disculpable, y en tal día, como en los de feria, salen de la ciudad,—que fué en los siglos XV y XVI morada de lo más granado de la aristocracia española,—un sinnúmero de curiosidades de *sport* antiguo.

Vense arrastrar por soberbios troncos ó poderosas mulas, desde la señorial carroza hasta la currutaca litera; desde el moderno *landeau* hasta el vetusto familiar de alto copete; en las portezuelas se ostentan los escudos nobiliarios más conocidos desde la Reconquista hasta el reinado de Pepe-Botella.

Adorno indispensable de esta romería, son los puestos de castañas asadas, que como otros tantos pebeteros, se escalonan á uno y otro lado del camino, dejando una estela de humo. Las castañeras, viejas gitanas, acurrucadas cerca de sus pequeñas mesillas de pino, y atizando el fuego del anafe, pare-

cen preparar el ánimo para presenciar la Danza Macabra ó de los locos. Como brujas cansadas de prodigar su carne en las fantásticas noches de Walpurgis ó del Esquilino, ciñen sus pechos deprimidos y huesosos con pañuelos floreados color de sangre, y atraviesan sus moños blancos y levantiscos con agujetas que pudieran utilizar para coser pieles de ahorcados.

La concurrencia es grande; los vendedores ambulantes de comestibles y flores de trapo, los aguadores y aguardenteros vocean acá y allá, y esperan con ansia oir el tamboril y la gaita de los locos, que al fin trae el viento de la tarde hasta la cuesta, apareciendo entre la multitud los escopeteros de á pié y á caballo, que custodian la Danza y son como sus graves heraldos.

Al cabo, se acercan los locos. Su número es un número fatal: el de trece; alguno ha de morir al cabo del año; pero si muere, tiene ya pagadas las misas por el eterno descanso de su alma. Se ha dado el caso de que la leyenda de la Danza Macabra se cumpla al pié de la letra. Danzan y beben tanto, que bien puede una pulmonía hacer el efecto de la zanja diabólica de la iglesia de Darmstakt, llevándose uno ó más danzantes á los dominios de la muerte.

La tanda se compone, como hemos dicho, de doce locos y *una loca*; esta última suele ser un robusto muchacho con zagalejo y

chaquetilla, grandes zarcillos y pulseras de latón dorado. Toda la cuadrilla viste de blanco, color que simboliza, ora el ropaje de la inocencia, ora el sudario, ora el atavío del dolor, supuesto que blanco fué el luto usado por mucho tiempo en España. Los vestidos se componen de enaguas puestas á modo de toneletes, en las que sirven de adornos las puntas, bordadas con primor por las novias y las esposas. A la cintura llevan la faja moruna, y en el pecho, sobre camisolines ó pecheras rizadas, un sin número de *lignun crucis*, amuletos y antiguos relicarios. En las corbatas lucen grandes sortijas, y en la cabeza una como diadema, llena de cintajos, cadenillas y plumas de colores, completando tan burdo atavío unos calzoncillos de mujer, también bordados y cubiertos de lentejuelas y listoncillos de raso.

Los instrumentos á cuyos sones danzan, son casi siempre una gaita y un tamboril; aunque algunas veces tan exigua orquesta se aumenta con panderos y guitarras. Los danzantes llevan crótalos ó castañuelas, y el ritmo á que se ajustan sus movimientos es monotono y desapacible; puede señalarse con estas palabras repetidas:

¡A la danza é los locos!
¡A la danza é los locos!
¡A la danza é los locos!
¡A la danza é los locos!

Pronunciando unas veces esta frase sacramental y obedeciendo simplemente otras á las señales del que dirige el baile, los hermanos de ánimas entran en la danza volteando vertiginosamente, haciendo infinidad de figuras con precisión y limpieza y atronando el espacio con el rumor de sus castañuelas. El corro se va formando poco á poco, y el baile se repite en aquellos puntos del tránsito más favorecidos por los curiosos.

La cuestación que los locos hacen en este día, casi siempre es fructuosa, porque los ricachos de la población, que acuden todos los años en carruaje al camino de la Fuente de los Cristianos, vienen tradicionalmente imponiéndose la obligación de dar su óbolo á la hermandad, y no se desdeñan de oir los broncos acentos del tamboril ni de presenciar una y otra vez la danza de orates. Aquella noche un banquete, en que abundan el *peleón* y el carnero en caldereta, cierra las veinticuatro horas de locura; luego cada cual se retira penosamente á su respectiva cortijada. Las ánimas benditas tienen seguro su estipendio, y los locos motivo para recordar sus aventuras al amor de la lumbre y contar las horas que pasaron en grato asueto durante su convulsionaria peregrinación.

A la misa que se celebra en la capilla de cualquier lagar ó molino aceitero, asisten todos los campesinos del contorno: precede á la peregrinación, y los locos han de cum-

plir con este requisito antes de darse á luz en el camino. La ceremonia tiene un carácter especial, y en lo antiguo, recordaba los desmanes inconcebibles que hemos señalado en las misas de locos de Alemania; hoy es una misa lisa y llana, que sólo se oye con la intención; porque como las capillas rústicas son muy pequeñas, los que asisten al santo sacrificio tienen que espacirse por el campo, siendo por lo tanto fácil cosa escanciar la bota ó morder el tasajo mientras se muda el misal ó se toca á *Sanctus*.

Los locos bailan á la puerta de la capilla, y los encargados de recoger las ofrendas, piden para las ánimas, antes de que los que vinieron de predios lejanos se acomoden en las jamugas ó aparejos de sus cabalgaduras. Las jóvenes, montando á las ancas, se pierden como exhalaciones por los olivares, en compañía de sus novios, y es muy probable que alguna chica traviesa como la hija del sacristán de la leyenda de Hesse, haya desaparecido llevada por el diablo.... del amor, á la vista de su padre y mientras resonaba en el porche el tamboril de la Danza Macabra.

La misa de los locos en la campiña es un verdadero cuadro de género, y es lástima que se pierda sin que lo sorprenda el pincel de nuestros artistas. Los tareros que aun se hallan en la cogida de la aceituna, acuden también á este acto y aportan al conjunto re-

fajos amarillos y rojos, faldas azules, pañolillos pintarrajeados, y rostros picarescos y bonachones. Unanse sus perfiles á los de los campesinos de la colonia, y tendrá motivo el pintor para derrochar la fantasía, agrupando figuras al rededor de la torrecilla de un molino aceitero, ó dándoles por fondo el verde oscuro del olivar y el horizonte azul de Andalucía.

El estudio de las minuciosidades de esta fiesta, nos ha convencido de la afinidad que existe entre la Danza Macabra y la actual danza de locos. Los amuletos que lucen los danzantes, el aspecto etiópico á veces, y á veces demoniaco, que presentan aquellos hombres curtidos por el sol, vestidos grotescamente y volteando al modo frenético de los convulsionarios de San Medardo, son motivo suficiente para inducir que esta danza dedicada á los muertos, que conmemora, como la de los Macabeos, una catástrofe sangrienta, si tuvo otros orígenes que los que hemos señalado, recibió nuevo impulso con las aficiones de los colonos flamencos y se modificó insensiblemente.

La popularidad de la Danza Macabra es fácil de comprender si se atiende á su carácter igualitario, como hemos indicado al comienzo de estas líneas. El siervo de la Edad Media, no conocía otro rasero que el de la muerte, considerándola como su aliada más poderosa, no tan sólo porque venía á poner

término á los placeres y á los dolores, sino también porque rebajaba al señor al nivel del esclavo, igualándolos en la hora suprema. En sus dominios, los encantos tan deseados de la carne, las mitras y las diademas, las galas y los sudarios, eran la misma cosa indiferente y despreciable: un pechero y un emperador cabían holgadamente en el recinto estrecho de una huesa.

En España, donde los pintores, siguiendo la moda italiana del siglo XIV, prefirieron á las representaciones de la Danza Macabra las de las benditas ánimas del Purgatorio, se expresaron las mismas ideas en ilustraciones y retablos. Devoradas por las propias llamas, desnudas y tostadas por idéntico fuego, se vió á la cortesana y á la matrona, al obispo y al santero, al monarca y al vasallo. Prueba indudable de que los cuadros de ánimas fueron todavía Danzas Macabras bailadas entre llamas, con la sola diferencia de que los danzantes salían de ellas para la vida, en vez de salir para la muerte.

Es, en verdad, extraño que existan tales afinidades, y que se unan de este modo corrientes distintas en un hecho al parecer tan fútil y poco complejo; pero hay que aceptar los antecedentes históricos tales como se ofrecen, y hemos llegado con ellos á la última evolución de la Danza Macabra. No somos los primeros en señalar la tendencia

igualitaria de la costumbre que nos ocupa, pues alguien fué más lejos, asegurando que *su ideal lo habia realizado la revolución francesa.*»

Esto es ya hilar muy delgado.

Pronto se borrarán las postreras reminiscencias de esta genialidad en las campiñas de Andalucía; porque un mónstruo más terrible que aquellos dragones con fauces de fuego que se llevaban á los condenados al abismo, ha aparecido en la superficie de la tierra y recorre el camino en que los danzantes de las ánimas se agitan en sus postreras convulsiones.

Cuando el mónstruo que silba las tradiciones de los pueblos, haya recorrido todos nuestros valles, vadeado todos nuestros ríos, y horadado todas nuestras montañas, se entablarán en su vientre repleto de mullidos almohadones y ocupado por los hombres del siglo que viene, curiosos diálogos:

—¿Qué ciudad es ésta?—preguntará algún doctor de quince abriles á algún descubridor de diez y seis primaveras.

—¡Ah! es Ecija, la antigua Astigi; *Colonia Augusta Firma* de los romanos.

—¡Buena historia!..... Y digame: ¿que particularidades la avaloran?

—Sus riquezas agrícolas; pero tengo respecto á ella una nota curiosa en mi cartera: ¡en el siglo XIX se bailaba en sus alrededores la Danza Macabra!

ANTIGUOS ROMANCES.

Gerineldo

I

Dice Kant, si mal no recuerdo, que la facultad figurativa se compone de la facultad formatriz y de la facultad imaginativa; por eso conservamos en la memoria imágenes de seres ú objetos que pueden ser ó no en el mundo real, tales como nosotros nos los hemos representado.

Observa el ilustre filósofo, que tanto los seres como las cosas, tienen sus fases ó lados que es preciso conocer para figurárselos tales como son; de manera que la mayor parte de los objetos que conservamos en la memoria, no suelen quedar como vistos totalmente, sino como lograron impresionarnos; y de ahí el olvido que cae sobre lo que nos es indiferente, y la recordación de aquello

que nos preocupó ó que nos fué grato y simpático.

Sucede con frecuencia que recordamos el perfil de una mujer hermosa, sus ojos y sus cabellos, la curvatura de su seno y la pequeñez de sus manos, mientras que se nos borra por completo el óvalo de su rostro, su estatura y su trage, y acaso, acaso la totalidad de sus contornos. Hay quien no conoce el paisaje que admiró otras veces, sólo porque cambió de punto de vista, y quien tiene idea equivocada del mar porque sólo lo contempló desde la playa y en días de bonanza.

Penetrando en las nieblas de mis primeros años, veo que mis remembranzas son pocas y estrambóticas. No recuerdo el rostro de mi nodriza que estuvo mucho tiempo á mi lado, y tengo muy presente la forma de la cabeza de un fiel podenco de oreja larga y de ojo vivo y cariñoso, que dormía á la cabecera de mi cama y que respondía al nombre de *No te fíes*; apenas conservo trazos del primer chicuelo con quien anduve á la greña cuando en la escuela hacíamos novillos, y no he podido olvidar el eterno mohín de un busto de barro que se hallaba colocado sobre el estante de mi maestro, y al que arrojé una tarde el tintero porque me era imposible soportarlo; hé visto desaparecer para siempre las siluetas de muchas viajeras de la vida, sin pensar que en mí vivirían hasta después de muertas.

Lo que ocurre con las cosas ó seres reales, acontece con los seres fantásticos é imaginarios. De los cuentos de la niñez, de los cantos de la primera edad, de las narraciones ó historietas que escuchamos en la cuna ó al amor de lumbre, persisten y quedan en nosotros, porque sí, determinadas siluetas, formas pertinaces, conocidos y amigos de cuya intimidad y conexión no nos hemos dado cuenta. Entre ellos suelen pulular nuestras memorias; son como los habitantes de un mundo que se va hundiendo en el no ser y en el olvido.

Uno de esos fantasmas á quienes hé deseado conocer en la edad de la razón, ha sido para mí el protagonista del romance *Gerineldo*.

La canción ó romance *Gerineldo* que pertenece á las más antiguas cantigas españolas, había quedado en mis oídos de un modo vago, obscuro, como el arrullo de una armonía infantil, unido al recuerdo de mi madre y á la memoria de mis primeros juegos. Yo conocía á Gerineldo, era un paje gracioso y bellísimo que se paseaba por los jardines cogiendo flores y que hacía el amor á una princesa tan joven y tan hermosa como él; todas las mañanas, cuando comenzaba la algarabía de los pájaros en el jardín cercano, levantábame del lecho silenciosamente, y alzando la cortina de la ventana que caía al cenador, creía verlo entre los limoneros, al

pié de los balcones de su amada, entonando la cancioncilla:

«Tu amante te está esperando
al pié de un verde limón.»

Si me hubieran preguntado, yo habría hecho la descripción del castillo de la princesa Enilda y de su delicioso lecho; podría haber pintado el fiero rostro del rey en el momento de desnudar la espada y colocarla sobre las sábanas; con la seguridad de un juglar ó un cronista, os hubiese puesto en autos de cómo los había encontrado al rayar el día, según reza el romance:

«..... Boca con boca
Como mujer y marido» (1)

«En su lecho descansando
En estrecho abrazo unidos.» (2)

¿Y en qué consistía el indefinible encanto que tenía para mí el romance *Gerineldo?*

Después de muchos años, y cuando mi razón despierta ha buscado en las grandes producciones del ingenio, la nota estética y apasionada, otra historia de amores criminales ha venido á herir mi imaginación y á

(1) Variante asturiana.
(2) Variante erudita

mortificar mi espíritu. La historia de Paolo y Francesca de Rimini, conservada en el maravilloso libro del Dante.

Como Gerineldo y Enilda, Francesca y Paolo han atropellado todos los respetos y faltado á todos los deberes; pero sus simpáticas sombras, arrastradas por el torbellino infernal, aparecen ante sus apasionados como la encarnación del amor y del deseo, desprendiéndose suavemente del fondo negro de la culpa; en vano queremos traer á la memoria su grave falta y su gran pecado: se insinuan en nuestro ánimo de tal modo, que es imposible que nos causen horror ó desprecio.

Lo mismo acontece con Fausto y Margarita en el poema de Goethe. Nada más terrible que aquella seducción diabólica que ha causado tantas desgracias: si la razón fría y reposada medita en esa historia de culpa y de lágrimas, será imposible que los protagonistas nos sean simpáticos; y sin embargo, ¿á quién no atrae la figura de la apasionada Margarita?

Misterios del corazón y del arte, que en vano tratan de explicar la patología y la psicología; la facultad figurativa de que nos habla Kant, acaso tenga en este fenómeno no pequeña parte: pero ni aun así podemos determinar qué género de proceso se establece dentro de nosotros para llegar á estas absurdas conclusiones.

Gerineldo, el hermoso paje, pasea por el jardín de su señor: contémplalo la Infantina y se enamora perdidamente de él. Conciértase una cita; la hermosa Enilda espera á que se duerma su padre y abre al pajecillo la puerta de su camarín, ofreciéndole su propio lecho. La noche transcurre rápida, llevando entre sus perfumadas auras dulce rumor de caricias y de besos. Como Julieta y Romeo, Gerineldo y Enilda no se dan cuenta del tránsito de las horas—la sublime sordera de los amantes;—el primer rayo del sol les halla sumidos en dulcísimo sueño.

—¿Dónde está Gerineldo?—pregunta el Rey, que tiene costumbre de que le ciña la túnica y le calce el botín plateado.

Nadie le responde, y una sospecha tan pronta como certera punza el corazón del buen monarca, que se dirige al dormitorio de la Infantina. Un rayo delator de luz del día cae sobre aquellos cuerpos hechos pavesas en un ardiente sueño de amor. A su vista, el Rey duda, tiembla, siente desgarrarse su pecho y no sabe qué partido tomar.

«.....¡Válgame Cristo!
Si yo mato á la Infantina,
Está mi reino perdido,
Y si mato á Gerineldo..
Le crié desde chiquito» (1)

(1) Variante asturiana.

No atraviesa el Rey de una estocada á Enilda y Gerineldo, como Lanciotto á Paolo y Francesca, sino que, desnudando su brillante espada, la coloca entre aquellas carnes pecadoras, *pa que sirva de testigo*, como dice la variante andaluza. El contacto del frío acero despierta á los culpables:

«Levántate, Gerineldo,
Levántate, dueño mío;
Que la espada de mi padre
Entre los dos ha dormido» (1)

Levántase el pajecillo atribulado, desh aciéndose de aquellos desnudos brazos que aun le estrechan amorosos, y vuelve á ¡erderse entre las florestas del jardín cerc ano, donde se encuentra al Rey.

« —¿Donde vienes, Gerinerdo
Tan triste y tan abatío?
—Vengo del jardín, güen rey,
De coger rosas y lirios;
La fragancia de una rosa
El color se m' ha comio.
—Es mentira, Gerinerdo,
Con la princesa has dormido» (2)

---

(1) Var'ante erudita (Duran)
(2) Variante andaluza.

II

Hasta este punto de la historieta, convienen todas las variantes conocidas del romance de Gerineldo; pero después se separan en la soluciòn final, lo mismo las eruditas que las populares. En las recogidas por el señor Menéndez Pidal, publicadas recientemente y tomadas de los cantos de la *Danza Prima* de los asturianos, Gerineldo, invitado por el Rey á que se case con la Infantina, replica á éste que su pobreza es tanta, que no tiene ni aún para comprar el traje de boda á la Infantina:

«—Señor mi padre no tiene
Ni aun para echarle un vestido.
A lo que replica el Rey:
—¡Echaselo de sayal,
Pues ella así lo ha querido!»

Después, en una segunda parte que se ve ingerida, lo mismo en estas variantes que en la erudita, Gerineldo marcha á la guerra y acaba por casarse con la Infantina; la variante andaluza es más dura, más realista acaso, y termina castigando la debilidad de Enilda con el desprecio de Gerineldo, que al hallarla de nuevo en su camino disfrazada de romera, le dice lo siguiente:

«—Tengo hecho juramento
Por el Cristo de la Estreya,
Que mujer que yo gozare
No me he de casar con ella.»

Muchos detalles solicitan la curiosidad del poeta y del erudito en este romance popular, y es el de más bulto, la extraña resolución tomada por el Rey al encontrar á los culpables descansando en el mismo lecho. Si no tuviéramos más datos que éste para inducir la antigüedad del asunto, sin duda alguna que nos bastaría, porque el uso de colocar las espadas desnudas en los lechos nupciales, se remonta á los primeros tiempos germánicos y es de los más curiosos.

La historia conserva un hecho célebre de este género que refiere Jacob Unrest; el matrimonio de Maximiliano I con Ana de Bretaña, que fué consumado por poderes y que no llegó, á pesar de ésto, á confirmarse. El príncipe mandó á su embajador Hertolo de Polhain á Bretaña, y éste fué recibido en la villa de Rennes con los honores propios de la alta representación que ostentaba. Fiestas de todo género precedieron á la ceremonia nupcial, y el gentil Hertolo pudo llevar de la mano al templo á la noble desposada, y cruzar con ella miradas y fuegos de prestado amor.

Después de las ceremonias de costumbre, entre las que se contaba la de acostar la no-

via ante los testigos, Hertolo de Polhain tomó posesión del regio tálamo al lado de Ana de Bretaña con las formalidades debidas, sin quitarse las mallas, desnudo un pié y un brazo y colocando entre ambos una espada desnuda.

Los señores feudales de la primera época tenían en este punto ideas que recordaban las de la hospitalidad pagana, y cuando algún señor amigo venía á habitar á sus castillos, consideraban gran honra ceder su tálamo al viajero, colocando su espada como guarda fiel de su honor entre la esposa y el huésped.

Acaso este exceso de confianza en la virtud de sus mujeres trajo más tarde los románticos devaneos que vulgarizó la poesía provenzal, permitiéndose á los trovadores escoger la señora de sus pensamientos aun entre las nobles casadas. El afecto de los amantes llevaba la pureza y la castidad al último extremo, y de ello es buena prueba la que mostró con la sin par Dulcinea, nuestro andante caballero don Quijote. Cervantes, en este punto, no hizo otra cosa que interpretar fielmente la tradición caballeresca. Conocidos de todos son los castos extremos del Petrarca, ya sancionados por la costumbre; el marido de Laura, sólo después de escribir el vate un sinnúmero de sonetos, se atrevió á poner límites á aquella pasión que tenía el abolengo de los Pedro Vidal y de

los Ubricos, los cuales honraban á los esposos de sus amadas empleando los laúdes en su obsequio.

A mi juicio, el asunto del romance *Gerineldo* pertenece al ciclo borgoñón, como *Los Nibelungos*, y no es, ni más ni menos, que un trozo ó episodio de alguno de aquellos cantos del Norte que, según afirma el erudito Müller, formaron poemas semejantes al atribuído al minnesinger anónimo de Kuremberg. Del episodio de las bodas de Brunequilda y de otros muchos de *Los Nibelungos*, pudieron hacerse también romances parciales. Entre la serie de nombres que figuran en el poema referido podrían confundirse perfectamente los del antiguo romance que nos ocupa. Crimilda, Enilda, Brunequilda, Sindoldo, Handoldo y Gerineldo, parecen arrancados del mismo árbol genealógico. Habrá quien observe que lo mismo en *Los Nibelungos* que en los cantos primitivos del Norte, los tipos son más rudos y sanguinarios, y que no habría uno solo de ellos que pudiera ser padre tan débil como el de Enilda; pero esta no sería razón, pues una de las particularidades más características de estos cantos, es el raro contraste de ferocidad y delicadeza que suele resaltar en las más culminantes escenas.

Que el romance de Gerineldo no está terminado, se ve claramente, no sólo en la variante erudita, donde se procura en vano

buscarle un final lógico y acomodaticio, sino en las populares asturianas y andaluzas.

¿Fué Enilda á un convento, como parece resultar del romance asturiano? ¿Se casó con Gerineldo, como se dice claramente en el romance erudito? ¿Despreciólа el paje ó el camarero pulido, como parece desprenderse con cierta honda grosería del romance andaluz?

Ninguna de estas soluciones está justificada en el discurso de la fábula cuyas variantes conocemos, y por esto quizás el poeta erudito que hizo el arreglo inserto en el Romancero general por el señor Durán, no logró hacerse cargo del asunto ni pudo inducir la procedencia borgoñona del romance. Puesto en un mar de confusiones, convirtió al Rey en Sultán, hizo mora á Enilda y mandó á Tartaria á Gerineldo. Lo que no nos extraña en el refundidor citado, por la tendencia de los escritores del siglo XVI á cultivar el género morisco, nos debe llamar la atención más tarde; el pobre Gerineldo, como afirma un moderno colector, acabó en oficial ruso, y si no fué húsar ó guardia de Corps, es porque no les plugo á los romanceros.

Son tantas las variantes que se conocen de Gerineldo, que sería larga tarea enumerarlas, lo mismo en el Mediodía que en el Norte; pero en ellas siempre palpita el episodio principal, y sólo se desvían después de

la catástrofe indicada por el acto de poner la espada desnuda en el lecho. Cataluña y Portugal tienen romances similares, y cuantos escritores de ellos tratan, convienen en que Gerineldo es uno de los más viejos y curiosos que posee el romancero español. Almeida Garret quiere que la fábula sea portuguesa, pero ya hemos dicho nuestra opinión en el asunto: Reginaldo y Gerineldo no se parecen hasta el extremo de ser una misma persona, y el episodio del rey de los Hunos, citado por el señor Menéndez Pidal en sus notas, confirma el detalle principal en sus orígenes.

A mi juicio, las variantes ofrecidas por Durán y Menéndez Pidal son las mejores; sin embargo, respecto al primer colector, hay que observar que el romance completo que nos presenta tiene su última parte mutilada y trastornada hasta el punto de no conservar de la antigua el menor concepto.

Como quiera que las siete variantes de los señores Durán y Menéndez Pidal pueden ser consultadas, pues las primeras se hallan en la *Colección de Autores Españoles*, que editó Rivadeynera, y las segundas en el libro titulado *Colección de los romances que se cantan por los asturianos en la Danza Prima, Esfoyazas y Filandones*, que ha visto la luz hace poco tiempo, me concretaré á transcribir aquí una de mis variantes andaluzas. Hela aquí:

GERINERDO

—Gerinerdo, Gerinerdo,
Mi camarero pulío,
¡Quién estuviera una noche
Tres horas en tu albedrío!
—Como soy vuestro criado,
Burlaros quereis conmigo.
—No me burlo, Gerinerdo,
Que de veras te lo digo.--
Han dao los once y media;
Gerinerdo va ar Castillo;
Con zapatiyas de sea
Para no meter ruido;
Cada escalón que subía
Le costaba un suspiriyo,
Y cuando traspuso el úrtimo,
La Princesa lo ha sentío.
—¡Oh quien será este alevoso
Oh, quien será este atrevío!
—Señora soy Gerinerdo,
Que viene á lo prometío.
Lo h' agarrado de la mano,
En su cama lo ha metido;
Entre caricias y juegos,
Los dos se quedan dormido.
S'ha despertado el buen rey
Dos horas del sol salido,
Ha subido la escalera
Y abrazados los ha visto.
—No te mato Gerinerdo,

Que te crié desde niño;
Y si mato á la Princesa
Dejo mi reino perdido.
Pondré mi espada por medio
Pa que sirva de testigo. —
Despierta la princesita
Tres horas del sol salido:
—Levántate, Gerinerdo,
Mira que somos perdidos;
Que la espada de mi padre
Entre los dos ha dormido.
—¿Por donde me iré yo ahora
Para no ser sentidiyo?
—Por los jardines del Rey
Cogiendo rosas y lirios.
El rey, como lo sabía,
Al encuentro l'ha salío.
—¿D'aonde vienes, Gerinerdo,
Tan triste y tan abatío?
—Vengo der jardín, güen rey,
De coger rosas y lirios:
La fragancia d'una rosa
La color se m'ha comío.
—Es mentira, Gerinerdo;
Con la princesa has dormido.
—Dame la muerte, güen rey,
Que bien me la he meresío.
—No te mato, Gerinerdo;
Que te crié desde niño.

——

Ha principiao una guerra
Entre España y Portugal,
Y nombran á Gerinerdo
De Capitan General.
La princesa que lo supo
Se ha puesteciyo á llorar.
—Si no vuelvo á los seis años
Ya tú te podrás casar.
Han pasado los seis años
Y alguna cosita más;
Se ha vestido de romera
Y le ha salido á buscar.
Al subir por un cerrito
Y bajar á una cañá,
S'ha encontrado un vaquerito
Y le quiere preguntar:
—Vaquerito, vaquerito,
Por la santa Trinidá,
¿De quién son estas vaquitas
Con tanto perro y señá?
—Son der Conde Gerinerdo
Que para casarse está.
—Tomayá un doblón d'a ocho
Y yébame donde está.
Lo h'agarrado de la mano
Y lo ha yevado al portal;
Ha pedío una limosna,
Él se l'ha salío á dar.
L'echó los brazos ar cueyo,
S'ha puesteciyo á yorá.
—¿Eres er diablo, romera,
Que me vienes á tentar?

—¡No soy er diablo, güen conde,
Soy tu mujé naturá!
. . . . . .

En la variante asturiana que tenemos á la vista, y que es casi idéntica á la andaluza en esta última parte, acaba así el romance sin variar de rima y de un modo más acomodado al interés del episodio:

Las bodas y los torneos
Por doña Eloisa serán:
La Princesa en un convento
Su vida rematará.
—Non será así, Princesina,
Contigo quiero casar—
Ya mandan á los criados
Los coches aparejar;
Desque aparejados fueron,
Ya se parten, ya se van,
Para celebrar las bodas
En Francia la natural.

La variante andaluza, desconsoladora como el final de un drama de Echegaray ó un capítulo de Zola, ya la hemos citado al comenzar estos apuntes, viéndose claramente que es posterior al romance primitivo, porque en la cuarteta se cambia el asonante de *a* en *ea*.

No podemos asegurar, sin embargo, si las variantes andaluzas tuvieron siempre esta tendencia, un poco africana.

Conservamos una española, de un romance impreso en Barcelona, que data del siglo XVII, y de la que no reproducimos nada, por ser casi idéntica á los de nuestra región.

III

Buscando la razón de la persistencia de tan antiguo romance en nuestra fantasía popular, hallámosla en el carácter del paje Gerineldo y en la relativa sencillez de la fábula.

Gerineldo es el tipo del paje de los tiempos caballerescos, que se perpetúa hasta llegar á nosotros, pasando por los cuentos de Boccacio, por nuestras novelas picarescas, y, en fin, por *El Casamiento de Fígaro*. Educado en el palacio, joven, galán y atrevido, osa hasta á la hija del Rey, y no se detiene ni ante el peligro ni ante el escándalo. La versión popular, no la erudita, se graba en la imaginación de los jóvenes, que relacionan sus amoríos, sus victorias y el amor de la Princesina, con otras muchas historias similares, en las cuales el tipo no se presenta tan franco, tan personal, tan realista. En esta narración no distraé ni lo imprevisto ni lo maravilloso; la relación natural, sencilla de un hecho, las consecuencias más ó menos graves de una falta, se refieren sin el intento

de separar al personaje de los lectores por medios maravillosos y sutiles, como ocurre en otros romances; Gerineldo llega á ser rico y Conde después de haber estado en la guerra; nada más lógico: la Princesina, al ver que no vuelve su primero, su único amor, vuela en su busca; nada más conforme con los relatos de cuentos, baladas y romances. La amada de Hidelbrando, protagonista de una balada del Norte muy extendida, se viste de paje y acompaña á su amado á todas partes; cuida de sus caballos y duerme cerca de sus corceles y de sus perros.

Hay también otra razón poderosa para que este romance y otros similares, correspondientes al ciclo bretón, al ciclo borgoñón y al ciclo normando, renacieran después de la desaparición de los trovadores y juglares, y volvieran, adornados de nuevas galas, á tomar su puesto y á servir de contrapeso á las relaciones pobladas de hechos terribles y maravillosos que se habían puesto de moda con la influencia oriental, y que la literatura caballeresca logró llevar á increible extremo.

Los árabes, al venir á España, habían traido con ellos su brillante y fantástica literatura, plagada de prodigiosos relatos y ardorosos conceptos, y la misma importación hicieron los cruzados en Francia é Inglaterra, al volver de aquellas lejanas peregrinaciones. Los cerebros de aquellos héroes y caballeros venían henchidos de palacios fantásticos,

de florestas imaginarias, de mónstruos nunca vistos; sus retinas, empapadas en colores y en rayos de sol; su olfato y su paladar, perdidos en el eterno deleite de la mirra y del cinamomo, del áloe y de la esencia del nardo, de las especias y de los frutos de Palestina, que no todos corrían parejas con las manzanas del mar Muerto.

Las noches del campamento, pasadas cerca de la tienda, á la luz de aquel cielo siempre estrellado y siempre diáfano, viendo á lo lejos perderse la sombra de las grandes ruinas y oyendo el acompasado bramar del torrente Cedrón ó la armonía levantada por los gigantescos cedros del Líbano, eran las más á propósito para aprender las raras historias á que se mezclaban los recuerdos del Gólgota y las tradiciones del monte Aratra; las remembranzas del Broken, poblado de furias, ó de los lagos encantados en que las valkirias del Norte mostraban sus senos de nieve y sus cabellos de oro puro, peinados por delfines con rostros de mancebo y escamas de piedras preciosas.

En aquellas veladas apareció, por vez primera acaso, la leyenda del *San Graal*, fuente de tanta fábula y de tanta maravillosa narración; el *San Graal*, vaso sagrado de José de Arimathea, guardado por el príncipe Titurel en el Monte Salvaje, y en el cual se había recojido la sangre que brotara del costado de Cristo.

Para conocer hasta qué punto fantaseaban los cruzados de Oriente, basta recordar los prodigios del castillo en que se hallaba tan notable reliquia, cuya guarda, según algunos, dió origen más tarde á la Orden de los Templarios. En medio de un bosque inmenso, elevábase el templo-castillo, flanqueado por cien torrecillas que guardaban una rotonda de seiscientos piés de diámetro. Sesenta y dos capillas octógonas se escalonaban en torno en apretado haz. Sobre la rotonda, y montada al aire en columnas de alabastro, veíase otra torre de seis pisos con bóvedas de zafiros, en medio de la cual despedía brillantes reflejos una gran esmeralda rodeada de otras muchas piedras preciosas: esta esmeralda representaba al Cordero con el lábaro de la Cruz. Coronaba la bóveda un sol de topacios y una luna de brillantes.

También se llegó á abusar de los romances históricos, moriscos y de entretenimiento, separandose el pueblo de las corrientes culteranas que los invadió por completo, y dedicándose á la lectura de algunos asuntos conocidos, que se imprimían de antiguo en pliegos sueltos. En el siglo XVIII las jácaras, las tonadillas y los romances jocosos, alternaron con los ya conocidos, hasta que á principios del siglo apareció la relación de las proezas de los bandoleros andaluces, que halagando la imaginación del vulgo y llevándola por nuevos derroteros, le hizo olvi-

dar sus temas favoritos. *Los siete niños de Ecija*, *El capitan Ojitos*, *Pedro Becerra*, *Diego Corrientes*, *El Guapo Francisco Esteban* y otros muchos asuntos de este jaez, hicieron perder por completo el *gusto* y las propensiones naturales estéticas del pueblo bajo, y nació lo que podemos llamar el romance patibulario, que tan en boga estuvo en pueblos y aldeas hasta la revolución del 68, en que la afición por la lectura del periódico, separó un poco al bracero y al artesano de tan nocivas lecturas y terribles ejemplos.

Sin embargo, aun están en predicamento esas historias en los pueblos pequeños, y el antiguo vendedor de romances, no halla quien le compre *El Moro y el Cristiano* ni *Las Mocedades del Cid*, sino las fazañas de *El Rayo de Andalucia* y *El Bandido Generoso*.

Hace algunos años tuve ocasión de asistír á la feria de un pueblecito de Andalucía llamado La Luisiana, y, como de costumbre, entre los puestos de juguetes y los despachos de turrón, al lado de los polichinelas y de los caballitos del Tio Vivo, en aquella calle larga y única, semejante á un boulevard de menor cuantía, ví destacarse la tienda del romancero. Esta consiste invariablemente en varias cuerdas atirantadas por puntillas de París, de las que cuelgan los pliegos impresos, cuidando de que queden por fuera los grabados de las historietas y romances para

que puedan despertar la curiosidad pública. Unos gatos de caña sujetan el pliego á la cuerda para que no se lo lleve el aire.

Acerquéme á examinar la colección, y no pude menos de sentir una impresión dolorosa. En aquellos pliegos impresos no aparecía ni uno solo de nuestros hermosos romances castellanos. En cambio, un sin número de relaciones de crímenes, *La Vida de Juan Portela*, *La Mujer de los siete maridos*, *Las Proezas de Cartucho*, y otros muchos de este jaez, completaban la colección de los que he citado más arriba. Sólo allá en un ángulo, en papel amarillento y manchado por la humedad, se veía una historia titulada *Flores y Blanca Flor*, y el eterno cuento de las veladas orientales, *Aladino ó la lámpara maravillosa*.

—Dígame, amigo—dije al vendedor, que permanecía envuelto en su manta y acurrucado sobre el arquilla de pino en que conducía de feria en feria su biblioteca;—¿no tiene usted *El Desafío de Tarfe*, *La Jura en Santa Gadea*, *Angélica y Medoro*, *Los Siete Infantes de Lara* ó el romance de *Gerineldo*?

El adusto viejo apenas me contestó; era sordo y ciego como el pobre pueblo á quien vendía sus estupendos abortos literarios, y siguió roncando y durmiendo.

Nuestros Romances Moriscos

I

¿Qué representa para nosotros *El Romancero Morisco*? ¿Cuál es su valor literario? ¿Qué costumbres se vén reflejadas en sus maravillosas tiradas de versos? Difíciles son de contestar estas preguntas, si hemos de atenernos á lo que resulte de más prolijo examen y concienzudo estudio, en el cual entre como principal parte el gusto de las épocas en que los romances se desarrollaron á expensas de otras direcciones poéticas. Si parece muy natural que representen para nosotros la principal nota de la civilización arábiga; que valgan tanto como los versículos del Koran; que reflejen las costumbres de los musulmanes en nuestra nación, no está por cierto tan claro el asunto.

Cuantos colectores han formado ese pre-

cioso selam de poéticas flores, que conocemos con el nombre de *Romancero*, convienen en que la mayor parte de estas composiciones, fueron escritas después de la toma de Granada, datando, las más de ellas, de los siglos XV, XVI y XVII.

De esto se desprende que todos tienen grandes puntos de contacto, y son como brillante cadena cuyos eslabones se han formado uno después de otro, como soberbio edificio, que, elevándose y ensanchándose poco á poco, ha quedado al fin concluido, sin perder la unidad, es cierto, pero mostrando claramente distintos órdenes y diferentes materiales.

Ardua es la tarea de buscar en los monumentos literarios esos adosamientos extraños que con tanta facilidad saltan á la vista en las obras arquitectónicas. El menos lince halla, por ejemplo, en la Catedral de Sevilla, las reminiscencias bizantinas y los modos románicos; señala las direcciones germánicas y el tránsito al clasicismo griego; aparta mentalmente la piedra nueva de la vieja y descompone las tablas de axaraca y los arcos ojivales, sin que se confunda una sola imposta ni un solo doselete; pero el erudito, que tiene ante sí esas series de versos igualmente floridos y armónicos, tan llenos de color y de vida cuando copian las costumbres de los árabes como cuando reflejan las de los caballeros del siglo de oro de nuestra literatura; que

confunden al moro con el cristiano y á la dama con la odalisca, si quiere dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, se ha de ver sin duda en grande aprieto.

La dificultad se agiganta cuando las obras se refieren á periodos complejos y poco estudiados, cuando, como en el caso presente, vemos tan sólo la corteza de la época, y no podemos entrar en el santuario íntimo, más que con el pensamiento.

La vida de los orientales presenta un carácter común, que dificulta su conocimiento aún en el *siglo de las luces*. Sus casas, sin ventanas, parecen sepulcros, en los que campea alguna vez el mucharabieh calado, generador de la poética celosía andaluza; su hogar, cerrado para todos menos para el eunuco, sordo, ciego y muerto para las pasiones, permanece extraño á las insidiosas miradas; sus hábitos familiares, escapan, por decirlo así, del análisis, porque están velados por una severa apariencia de indiferentismo, por una máscara eterna que ni se rompe ni se conmueve á los rayos del sol de Africa, ni al calor de los vientos indostánicos.

Fácilmente se comprende que si los árabes españoles hubieran conservado sin alteración estas costumbres, no hubiéramos podido ni conocerlas ni copiarlas. *El Romancero Morisco*, pues, no existiría, ó por lo menos sería más patente la mixtificación llevada á cabo por los versificadores de los siglos citados.

Mas no fué así, y por eso ganaron las letras esa preciosa colección de rimas que nos admiran y suspenden á pesar de hallarse zurcidas y aun mutiladas. Como dice con mucha razón el erudito colector de romances don Agustín Durán: «La idolatría dedicada al valor individual, bárbaro pero generoso; el culto místico y apasionado rendido al bello sexo, eran las cualidades que caracterizaban á los hijos del Norte, y las costumbres españolas, hijas de ellos, aceptadas por los árabes, templaron, á pesar del Koran, sus instintos celosos, modificaron sus hábitos guerreros y les impusieron un espíritu caballeresco que antes les era desconocido.»

Mas no se entienda por esto que los moriscos en España, fundiéndose con los árabes ya transformados de tal suerte, se plegaron por completo á las exigencias de la civilización greco-romana, reformada por la irrupción continuada del Norte, y sacrificaron sus placeres íntimos, sus zambras nocturnas, los halagos sin tasa del harem, plantel de huríes de formas esculturales y de vivientes azucenas, el ánfora de Anacreonte y la bayadera de la Pagoda; todo esto lo conservaron, como á la lumbre de los recuerdos de su patria, en los naranjales de las huertas de Sevilla, en las márgenes del Guadalquivir y en las del Darro de arenas, de oro. Un erudito orientalista dice, á este propósito lo siguiente: «En las hermosas noches de vera-

no de Andalucía, recostados sobre blandos cojines en uno de los encantadores y floridos patios del Alcázar, contaban cuentos y ejercitaban y mostraban su habilidad con animadas y agudas pláticas y versos improvisados, mientras que murmuraban las fuentes y el aura mansa difundía el aroma de las flores.

El príncipe se mezclaba con toda confianza con sus huéspedes, hacía que circulasen las buenas bebidas, y aun se aventuraba á entrar en competencia con los maestros del canto.» Esta descripción que hace Adolfo Federico Schaw, está en completa armonía con lo que relatan Mackari y otros, acerca de los divertimientos á que los árabes españoles eran aficionados.

Las traducciones que el referido autor de la *Poesía y Arte de los árabes en España y Sicilia* nos dá en el texto magistralmente vertido al castellano por Valera, comprueban los asertos que encontramos en Dozy y otros eruditos, que han consumido la mitad de su existencia hojeando los ricos manuscritos arábigos que escaparon al bárbaro fuego intransigente de la Reconquista.

Las noches pasadas entre las cantarinas y los tocadores de laud, ya surcando el rio en primorosas barquillas, ya apurando los vasos bajo las umbrías saturadas con el perfume de las madreselvas; los certámenes poéticos y los tiroteos de coplas, que pasaron acaso al pueblo español, é informaron

sus tiroteos de cantares; todo esto y más se respira en los cantos amorosos y báquicos que con tanta abundancia se recogen hoy en los mamotretos olvidados y desdeñados por Conde, Carisi y otros varios.

Y aquí comienzan de nuevo las dificultades.

Schaw, á quien citaré más de una vez, no tiene el menor inconveniente en afirmar que los árabes no conocieron la literetura griega, y que, por lo tanto, no hay que buscar en las composiciones arábigas nada que huela á lirios del Eurotas ni á rosas de Chipre. «El decantado cultivo de la literatura griega por los árabes españoles, dice, se limitó á obras de Filosofía y Ciencias exactas, que vertieron á su lengua de la siriaca, y que después comentaron; pero, sobre todo, de aquellas que no pertenecían á esta parte de las ciencias, como, por ejemplo, la historia y la mitología de los pueblos antiguos, se quedaron siempre en la mayor ignorancia.»

No combatiré yo esta rotunda afirmación de Schaw de manera que cambie la oración por pasiva; pero sí haré notar ciertas analogías que hacen sospechar que esta ignorancia, al parecer tan fuera de duda, solo está en la imaginación del autor citado.

En efecto; los mismos trozos que nos presenta Adolfo Federico, son elocuente testimonio de que la poesía griega, sáfica y anacreóntica, y la erótico báquica de los mu-

sulmanes, tienen las mismas fuentes é inspiraciones.

La princesa Urrm-ul Kiram celebra á su querido Sanmar, como Saffo á Faon; An-Rusai canta á una tejedora de lino, que mueve con gracia sus brazos sobre el telar, como Anacreonte cantaba á las tejedoras de guirnaldas; el amor de los placeres y la indiferencia por el porvenir son causas inspiradoras comunes á los griegos y á los mahometanos.

Los poetas árabes, dicen;

En tanto que en la alameda
De Ruzafa estais borrachos,
Poneos á meditar
Cómo cayó el califato.

Anacreonte dice: »No me importan las cosas de Gigés, rey de los Sardíos; jamás me molestó la envidia, nunca envidié á los tiranos. Me importa el ungir la barba con ungüento: me importa coronar de rosas mi cabellera. Me impora lo de hoy; lo de mañañana, ¿quién sabe?»

Hé aqui una preciosa anacreóntica arábiga:

Mas que el vino que escancia
Vierte rica fragancia
La bella escanciadora,
Y más que el vino, brilla

En su tersa mejilla
El carmín de la aurora.
Pica, es dulce, y agrada
Mas que el vino su beso;
Y el vino y su mirada
Hacen perder el seso

Esta composición de Ib'-Chafadsch la hubiera podido firmar el travieso anciano de Theos:

Por la tarde, á menudo,
Con los amigos bebo
Y, al caer sobre el cesped
Me tumbo como muerto.
Bajo un árbol frondoso.
Cuyas ramas el viento
Apacible columpia,
Y donde arrullos tiernos
Las palomas exhalan,
Gratamente me duermo;
Siento correr á veces
Un airecillo fresco;
Suele llegar la noche
Y retumbar el trueno;
Mas, como no me llamen,
Yo nunca me despierto.

Son tantas las analogías en este género de composiciones, que apenas cabe duda de que estén inspiradas unas en otras. Tal sospecha, que no sé porqué rechaza Schaw cuan-

do afirma que los libros griegos eran familiares á los árabes, se acentúa mucho más con el estudio que hace poco acaba de hacer el señor Contreras en sus *Recuerdos de la dominación de los árabes en España*. Entre las muchas composiciones que cita, algunas de ellas ya examinadas en la traducción de Valera, habla de una del poeta del siglo XI, Ibu-Darras, en que se trascribe una despedida á su mujer y á su hijo, que recuerda la de Ovidio. En las odas de Horacio podríamos encontrar también analogías especialísimas que harían más difícil de sostener la opinión de Shaw, toda vez que, encontrando reminiscencias ó detalles comunes á la literatura romana en la poesía arábigo-hispana, claro es que la griega había de entrar como principal parte de ambas.

Una particularidad digna de tenerse en cuenta ha hecho, sin duda, más rotunda la afirmación de Schaw y de sus seguidores: en las poesías arábigas no hallamos rastro de ninguna mitología; y los nombres de Jove, Vénus, Marte, Apolo, Neptuno, Eros, etc. etc., no aparecen nunca en sus rimas, permitiéndose usar sólo aquéllos que están ya sancionados por la ciencia astronómica. Esto es tanto más de notar cuanto que en los textos cristianos, influídos por el clasicismo, y aun en las tradiciones orales de los primeros siglos recojidas en la Edad Media, aparecen sin interrupción esos nombres mi-

tológicos; de aquellos, sin duda, tomó Dante esas nomenclaturas simbólicas de su Divina Comedia, completamente paganas en la forma, y que tuvieron que explicar sus comentadores.

Los alardes monoteistas de los árabes, pasando á la categoría de ostentación aparatosa, hicieron que sus plumas se resistieran á usar la metáfora y el símbolo en el sentido indicado. ¡*No hay más Diós que Alah*! era la leyenda escrita sobre los muros y sobre las banderas; ¡*Sólo Diós es vencedor*! se leía en las empresas de sus escudos y en las lacerías de sus habitaciones. El muezzín lo repetía con voz estentórea desde el alminar, á la hora de las oraciones; y cuando hallaban alguna imágen ó divinidad extraña no se atrevían á nombrarla, por no manchar sus labios con un nombre distinto del que campeaba en los suras del Coran, ó en las paredes de sus mezquitas desprovistas de hornacinas, imágenes y figuras animadas. Según refieren los historiadores arábigos, encontróse en Itálica un grupo de mármol de portentosa hermosura, representando á Venus y Cupido; y Schaw se admira de que los poetas lo celebren como si ignorasen lo que representaba; esto, sin embargo, no dice de ningún modo que los líricos árabes no supiesen el nombre de estas divinidades conocidas en Oriente y Occidente más que otras muchas, sino que, siguiendo el sende-

ro trazado por sus antecesores, evitaron cuidadosamente el citar estos nombres profanos en sus composiciones poéticas.

Por lo que se desprende de los caractéres generales que distinguen al pueblo musulmán, hemos de buscar en el *Romancero* algo de la Kásida y del cantar del beduino, algo de la anacreóntica y del zadschal, para considerarle como tal romancero morisco.

La poesía verdaderamente morisca tiene que responder á efectos vivos y personalísimos; ha de estar inspirada en pasiones intensas y salpicada de imágenes un tanto sensuales y vaporosas como el pebetero; ha de recordar, si es amorosa, no el rayo de luna que cae sobre el balcón de la castellana, coronado de escudos señoriales, no el arpa del trovador, que trina al borde del foso, hondo y oscuro como si estuviese relleno de paveses bruñidos; sino el sol poniente que dora la copa de los árboles y que se detiene á besar el suelto cabello de la sultana; el laud de la cantarina que improvisa coplas de amor devorando con ansiosos ojos á su rival, dormida en los brazos de su amado á la sombra de las alamedas que dan al rio.

Para dejar la impresión del género, me permitiré copiar la siguiente poesía, citada por Maccari y Schaw, y que lo mismo puede ser de Ibu-Barı que de cualquier otro poeta árabe. Recordando el *huele á tomillo* de cierto escritor, puede decirse que hay en ella

perfume de harem, y ruido de zambra; que se ve en ella ponerse el sol, y se siente la dulce pesadumbre del viento nocturno que agita la tienda de la caravana en los arenales.

Héla aquí: (1)

Cuando el manto de la noche
Se extiende sobre la tierra,
Del más oloroso vino
Brindo una copa á mi bella;
Como talabarte cae
Sobre mí su cabellera:
Y como el guerrero toma
La limpia espada en la diestra
Enlazo yo su garganta
Que á la del cisne semeja;
Pero al ver que ya declina
Fatigada la cabeza,
Süavemente separo
El brazo con que me estrecha,
Y pongo sobre mi pecho
Su sien para que allí duerma
¡Ay! El corazón dichoso
Late y relate con fuerza:
¡Cuán intranquila almohada!
¡No poder dormir en ella!

Con estos antecedentes ya podemos entregarnos á la sabrosa tarea de examinar

(1) Traducida por Valera.

nuestro *Romancero morisco*. Su carácter genérico es el subjetivo-objetivo. En ellos se pinta casi siempre al moro rondador de Zulema ó de Zoraida; al caballero que lleva á bohordos y cañas la empresa y los colores de la dama de sus pensamientos; al amante pérfido ó desenfrenado, al Orlando con turbante ó al Reinaldos con almeizar y sobrevesta.

Suele encontrarse en ellos, y lo informa de un modo admirable, el espíritu provocador que recuerda á los *mobariz* ó campeadores del siglo XI; ejemplo, aquél que pinta el desafío de Tarfe, que todos sabemos de memoria, y que es, sin duda, una de las preciosas joyas de la colección llamada morisca; más en general recuerdan los torneos posteriores, ménos bélicos, y más aparatosos, en los cuales no se desafiaba al enemigo improvisando de campo á campo la fórmula del combate.

Laberinto salpicado de flores, del cual solo nos puede sacar el hilo de Ariadna de una severa crítica, los romances moriscos se nos presentan embrollados por los arregladores.

En todos ellos existe cierto saborcillo á la *Crónica rimada*, al *Poema del Cid* y á los cantos guerreros de la época del Califato; pero, en general, los caracteres de los personajes, las descripciones de los lugares, las costumbres y juegos públicos que en ellos

aparecen, lo mismo pueden pertenecer á la época de Alfonso VI que á la de Felipe IV, lo mismo podemos oir en ellos la guzla que la vihuela.

Dozy, refiriéndose á nuestro *Romancero* en general, y después de observar con profundo criterio que la versificación de la mayor parte de estas composiciones está retocada y arreglada á veces con refinada malicia, halla el motivo de esta exaltación literaria en la predilección que los escritores de los siglos XV, XVI y XVII tuvieron por las tradiciones orales y los asuntos perdidos entre los antiguos códices, que arreglaron, bordaron y acomodaron en consonancia con las costumbres de su siglo.

Las siguientes observaciones, tomadas del citado autor, son también luminosas para nuestro asunto.

El estudio de la versificación del *Romancero*—dice—puede servir hasta cierto punto para arrojar nueva luz sobre esta cuestión, de suyo espinosa, supuesto que no existen manuscritos. Al principio la poesía española no tenía un ritmo regular; y se observaba una cesura hacia el medio del verso, pero no se contaban las sílabas; para convencerse de ello basta fijar los ojos en la *Canción del Cid*, la *Crónica Rimada*, la *Leyenda de Santa María Egipciaca*, y el *Libro de los Tres Reyes de Oriente*.

Más oportunamente dice en otro lugar

que el estudio de las costumbres y de los trajes descritos en el *Romancero* podría guiarnos en la investigación de la época en que fueron retocados ó escritos.

Cumplida solución daríamos al problema planteado en el primer aserto, comparando los hemistiquios y cesuras del *Romancero morisco*, con nuestras antiguas rimas asonantadas: pero aquí nos hallaríamos con una nueva dificultad, que no escapó tampoco á la penetración de Dozy: el marqués de Santillana afirma que los escritores del siglo XV hacían composiciones sin regla ni medida, que se asemejaban á los romances de la primera época literaria.

No es, por otra parte, tan fácil de aseverar, como cree Dozy, el que las rimas asonantadas, varias ó regulares, solo estuvieran en boga en los siglos XVI y XVII; antes del XV, á que se refiere Santillana, teníamos excelentes maestros de la gaya ciencia entre nosotros.

El señor Balaguer, en su brillante discurso de recepción en la Academia Española, ha ilustrado este punto al tratar de las literaturas regionales; pruébanos que los trovadores de Provenza se agruparon en torno de Fernando *el Santo*, Alfonso *el de las Navas* y Alonso *el Sabio*; que fueron muy estimados por estos monarcas; que algunos desempeñaron elevados cargos; que otros cantaron las Damas y las Córtes de Castilla, y

que todos juntamente influyeron en la literatura y en la lengua española, donde nos dejaron su huella.

Todos saben que el trovador solía cantar sus composiciones al son del laud y de la cítara, como el cantor árabe, y que sus cántigas debían de estar acomodadas á un determinado ritmo; ellos, pues, pudieron dar á los escritores de los siglos XIV y XV la pauta del romance interpolado ó igual, que el pueblo imitó ó corrompió, como dice Santillana, sin contar las sílabas; cosa que no era preciso, conservando en el oido el ritmo, que podríamos llamar *sonsonete* usando del lenguaje vulgar.

En esto encuentro yo la justificación ó la manía censurada por Dozy; acostumbrado el oído al sonsonete de los trovos, era casi imposible que todos aquellos asuntos que fueron simpáticos al pueblo no tomaran la forma apropiada para ser cantados ó recitados con acompañamiento de instrumentos músicos. Aquellas danzas ó troteras que compuso el notable arcipreste Hita para las cantadoras y bailadoras judías y moriscas, no pudieron menos de estar sometidas á medida rigurosa y á métrica conocida con antelación.

Vemos, pues, que para apreciar la antigüedad relativa de los romances moriscos sólo nos queda un campo que espigar: las costumbres, en ellos descritas tan gráficamente.

En la primera parte de este trabajo he hecho las observaciones que he creído oportunas acerca de las costumbres íntimas de los árabes españoles, y no sé si habré logrado señalar sus principales lineamentos y sus notas más pictóricas y salientes. Hallados en el que llamamos *Romancero morisco* rasgos comunes y característicos, podremos concluir que los referidos romances son moriscos hasta la médula; pero si no acusan las propensiones y tendencias ya conocidas, debemos ratificar lo sospechado ya por la mayor parte de los orientalistas; es decir, que los dichos romances sólo son composiciones más ó menos geniales, inspiradas en el recuerdo de aquella raza oriental cuyas fantasías viven en nuestras mezquitas, convertidas en catedrales; en nuestros alminares, convertidos en torres; en nuestros alcázares moriscos, hollados hoy por la orgullosa castellana, que no consiente rivales en torno suyo.

La primera nota desafinada que hallamos en las composiciones que nos ocupan consiste en el uso y abuso de los nombres mitológicos, que no se leen casi nunca en las versiones directas y fieles de las poesías árabes. Venus, Marte, Apolo, Cupido y otras divinidades griegas andan en amigable consorcio con Aláh y su Profeta; y aún cuando no están usados con la prodigalidad perniciosa con que se ostentan en los romances pastoriles de la época arcádica, no

por eso es el anacronismo menos elocuente.

Comienza un romance:

Sale la estrella de Venus,
A tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del día
Su negro manto descoge.

Otro tiene el siguiente intróito:

Aquel valeroso Moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces
Y nuevo Marte en la guerra.

Todo lo cual recuerda, de manera que no admite género de duda, la entrada de este romance pastoril:

Apolo con su laurel,
Y el dios Marte con su roble.
Corona de plumas y armas
De sábios y fuertes hombres, etc.

En los nombres propios también campea la mixtificación á ojos vistas. Las Celindas, las Zafiras, las Libias y las Lauras, mezcladas con las Lindarajas y Zoraydas, recuerdan las protagonistas de nuestro teatro antíguo. Y, cosa rara, estas moras, tan andariegas y ventaneras como las tapadas de las comedias de capa y espada, no se atreven á to-

mar una copa de vino bajo los naranjales del Generalife ó de Ruzafa, al son del adufe y de los añafiles, entretenidas sabrosamente por las cantarinas y bailadoras africanas.

Como prueba de la semejanza que existe entre la literatura romancesca y la manera de hacer de nuestros escritores del siglo XVII, veamos un trozo que parece escrito por el desenvuelto Fray Gabriel Tellez, para intercalarlo en una de sus picantes comedias:

Dos vueltas dió por la calle,
Y, al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores,
Celinda salió á la reja,
Diciendo furiosa y loca:
—Si tu tuvieras vergüenza,
No corrieras por mi calle
Ni pararas á mi puerta:
—¡Mal haya *Celinda Mora*,
Tan determinada ó nécia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra!

Fácil es observar que el autor del anterior romance, que llamó á la dama *Celinda Mora* no debió de cuidarse mucho de conservar el carácter morisco á la composición citada.

Si de estos detalles pasamos á la mezcla de alfanjes y escopetas, marlotas y trusas, corpiños y capellares, nos encontraremos con idénticos contrasentidos.

Los musulmanes del *Romancero*, son, en verdad, aficionados á las flores y á las divisas, á las sortijas y á la cañas, á los desafíos y á las hermosas; pero no se muestran tan positivos como los cortesanos de los Abderramanes y Alhamares. Hay en ellos espiritualidad, romanticismo y galantería; andan siempre paseando calles y rondando damas, como los caballeros de la corte de Olivares; se distraen poco en sus palacios y habitaciones, y suelen hacer el amor al aire libre, sin que se acuerden un punto de las flores vivas de sus harenes.

En mi estudio titulado *Celosías, Cierros y Cancelas* señalaba yo hace poco las analogías curiosas que se encuentran entre el modo de enamorar de los personajes del *Romancero* y el de los galanes del teatro antíguo.

Hacer el amor, rondando á caballo, era cosa tan usada y corriente en el siglo XVII, que no hay comedia de aquella época que no recuerde esta costumbre, conservada hasta nosotros en Andalucía.

El caballero solía pasar, por mañana y tarde, oprimiendo los hijares de un poderoso corcel, y levantaba los ojos y el corazón hasta la celosía, recibiendo la perfumada flor que lucía entre las trenzas de su amada, ó el ramo de jazmines *que se avergonzaba junto á su pecho*: el corcel, omo si conociese que estaba ante la dueña de su dueño, doblaba su cuello elástico ó se echaba sobre las pier-

nas, como para rendirle pleito homenaje.

El *Romancero* recuerda así esta costumbre:

Recoje la rienda un poco,
Pára el caballo, que aguija,
Medroso del acicate
Con que furioso le picas,
Que sin uso de razón,
A mi parecer, te avisa
De aquel venturoso tiempo
Que tu, desleal, ovidas,
Cuando rüabas mi calle
Midiendo, de esquina á esquina,
Con tus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.

De la galantería culterana hay en el *Romancero* infinitas pruebas, y basta estar familiarizado con la dicción de nuestros poetas para encontrarlas en cada página. A través de los alquiceles de esos moros que parten á la guerra y se despiden de sus ingratas, en medio de esos juegos de cañas de Biba-Rambla y Gelves, vemos á los cortesanos de media de seda y capotillo, y á las damas envueltas en sus largos mantos. Las quejas de unos y otros son idénticas, y el mismo Góngora, que se burló tanto de moras y moros, hubiera cojido para sí algunas flores cultas del *Romancero*, si no las hubiese hecho nacer en sus propios vasos. Ejemplo:

Diamante falso y fingido,
Engastado en pedernal,
Alma fiera en duro pecho
Que ninguna fiera es más;
Lijero como los vientos,
Mudable como la mar,
Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian
Para culpar la maldad.

* * *

¡Oh, como la siente Zayda!
¡Y como vierte llorando,
Más que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco!
Dilo tú, amor, si lo viste,
¡Más ¡ay! que, de lastimado,
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado!

Este último trozo recuerda el precioso y original romance titulado *Angélica y Medoro*, que todos conocemos

A no temer ser difuso, seguiría señalando analogías innumerables, que vendrían á robustecer lo explanado hasta aquí; pero, como la opinión contraria no tiene, al menos que yo sepa, sérios defensores, podremos dejar sentado que el *Romancero morisco* no tiene de tal, mas que el nombre.

Claro es que si se hubiera procurado por

los autores concervar en él las costumbres de los árabes, en vez de esos rondadores perpétuos y espirituales, hubiéramos visto valerosos caballeros que mandaban á sus esclavos perfumarles la barba, *por si cortaba el enemigo su cabeza,* como Abu-Taüch; bebedores impenitentes como Ibu-Chasfachd; amantes sensuales como Abderraman, y vengativos y rencorosos conquistadores como Almanzor *el Grande.*

Córdoba y Sevilla, el Guadalquivir y el Darro, las palmeras y los frescos odres, el camello y la gacela, hubieran salpicado el ardiente relato; la pasión habría revestido caractéres más reales; las quejas y los reproches de las Zulemas y Zoraydas, más respetuosas y menos duras, hubieran acusado la superioridad del sexo fuerte.

Ahora bien: si está fuera de duda su factura moderna; si no vive en ellos el espíritu de aquella raza que nos legó su sangre, sus obras y sus genialidades, ¿qué representa para nosotros el *Romancero morisco*?

Esta pregunta, que nos hicimos al comenzar este artículo, es la que voy á contestar, no sé si satisfactoriamente. El *Romancero morisco*, como el *caballeresco* y *el pastoril*, es un modo de nuestra literatura, bello y digno de conservarse, como aquellos paños bordados en oro de los certámenes de Ocaz, que se suspendían de la Kaaba, y que sirvieron de fundamento á la más brillante

y apasionada de la literaturas de Europa,

El *Romancero morisco* está inspirado en nuestras tradiciones orales, y si sus autores no pudieron dejar de pagar el debido tributo á la época en que vivieron, haciendo que se reflejase en ellos, en cambio nos dejaron un caudal de inestimable poesía. En todas las etapas literarias pueden notarse fenómenos análogos al observado en la del *Romancero morisco*. El poeta, que solo entra dentro de sí en el momento de la inspiración y en la soledad de su estudio, parece complacerse en velar sus sentimientos, atribuyéndolos á personajes imaginarios, para que no los profane la mirada investigadora del vulgo y el prurito de la maledicencia; á esto obedecieron esos tipos novelescos ó épicos creados por las letras; que son como la silueta del autor proyectada sobre el papel ó sobre el pergamino, y cuya genealogía se encuentra, la mayor parte de las veces, truncada y descompuesta en la vida real.

Los admirables personajes que conocemos con los nombres de Hamlet y Ofelia, Romeo y Julieta, Fausto y Margarita, Don Quijote y Dulcinea, no son más que maniquíes fantásticos y huecos, dentro de los cuales palpita el cerebro ó el corazón del poeta que los ha creado, ó, en el caso de existir, no se asemejan en nada á las personalidades de donde se copiaron, imitaron ó tradujeron.

Han sido la materia con que se han creado sus similares ú homónimos, pero jamás han podido ser el alma; esta, es decir, la personalidad íntima del poeta, se ha infundido en ellos despóticamente; les ha hecho servir á sus sentimientos y á sus caprichos, como aquellas estátuas de Mennon, que saludaban á la aurora, repiten lo que la voz interior les dicta; su línea externa, su bulto, es lo único que les pertenece.

Los escritores de los siglos citados, que no pudieron eludir la ley general, buscaron en los nombres y en las tradiciones de los moriscos ese ropaje poético que podia cubrir sus sentimientos admirablemente: se dedicaron á recojer de los lábios del vulgo las narraciones muzárabes y las costumbres de la raza media—es decir de los que no eran cristianos ni moriscos—y, mezclándolas y barajándolas con sus propias costumbres, formaron ese brillante tesoro literario, semioriental y semioccidental, que tanto tiene de David como de Mahoma. Por eso aunan en sus cantos la libertad que usa la dama española con la estrechéz de la celosía que vela los devaneos de la sultana morisca; el galanteo castellano, con la propensión traidora del árabe, que ama á la vez á cien hermosas; el gracioso lenguaje oriental, con el lenguaje de las empresas y de los colores, llevado á exageración por los sueños caballerescos.

Y lo que ocurrió en los siglos XV, XVI y XVII con los asuntos moriscos, se repitió con los pastoriles hasta Ariza y Melendez Valdés, prolongándose la manía de la égloga hasta nuestros días en determinadas escuelas Bucólicas. Todos los caballeros eran Nemorosos y Batilos, como antes fueron Bohorques y Tarfes; todas las damas se convirtieron en Filis, Amintas y Estelas; el son del rabel siguió escuchándose, á pesar de los robustos cantares de Gallego y Quintana; y solo cuando las poderosas inteligencias que adivinaron el nuevo dia descolgaron de las secas hayas de la Arcadia la lira de Pindaro y Byrón, que se habían unido en abrazo estrecho con las brisas de Grecia, desaparecieron lentamente por los oteros las tropas pastoriles, cuyas simbólicas ovejas balaban tristemente viéndose envueltas en el crepúsculo eterno.

Resulta de lo expuesto que el *Romancero morisco* solo tiene de arábigo el sabor y la inspiración, que si hojeándolo atentamente, podríamos encontrar en él los hilos de oro de que los arregladores se sirvieron para tejer sus maravillosas telas, no podemos apreciar la obra en su primaria unidad. En cuanto á que pueda aminorarse el gran valor literario que universalmente se asigna al *Romancero*, por las anteriores consideraciones, no hay que soñarlo siquiera. Lo que hicieron los poetas del *Romancero* lo han hecho

todos los grandes génios dentro de las manifestaciones múltiples de las Bellas Artes, sin que se amengüe en nada el valor de sus creaciones.

El Dante se venga de sus enemigos haciéndolos abrasar en las imaginarias llamas de su *Infierno*. Horacio se burla de la infiel Gratidía convirtiéndola en bruja del Esquilino; Rafael copia en sus cuadros á su *fornera*; Praxíteles oculta á la cortesana Frinea en las entrañas de mármol de sus estátuas desnudas; Miguel Angel pinta sobre los muros de la Sixtina á las pescadoras del Arno, y Ticiano se sirve de Danáe para que el mundo pueda admirar, sin velos, á la hermosa Duquesa de Ferrara.

El símbolo domina tiránicamente en las Letras y en las Artes, porque el subjetivismo del poeta y del artista entra como principal factor en toda obra bella, y ha de resolverse en forma y en encarnación para insinuarse en lo externo.

Esta sublime hipocresía ha dado nacimiento, sin duda alguna, á nuestro *Romancero Morisco*.

Lucifer, Satanás y Mefistófeles

I

Hay relaciones preciosas entre las obras de los grandes hombres, que pasan oscurecidas para el profano, mas que se descubren al pensador, como los anillos de esa cadena infinita que une las creaciones del genio á través de los siglos.

Un trozo de los mármoles de Fidias, hallado en el museo de Médicis por Miguel Angel, hace brotar el Moises ó los bustos de Cesar; algunas líneas, borradas por el tiempo en las tablas de Apéles, dan á Rafael los contornos de sus bellas Madonnas; un solo eco de la lira de Homero, llevado á Roma por las brisas de Grecia, despierta los héroes de la Eneida; el alfiler de oro que atravesó la lengua de Ciceron alzanzaba á la vez la de Demóstenes. Parece que las armonías de las

grandes obras se trasmiten de genío en genío y de siglo en siglo, como la voz de las sirenas se repetia de playa en playa, á través de los más apartados escollos. Mas no es exacta la comparación: así como el ritmo, compuesto por notas idénticas, varía hasta el infinito por las distintas combinaciones de éstas, un pensamiento, una imágen, una estátua, una creación cualquiera, inspirada por otra que se le asemeje, sólo debe recordar á aquella de que emana, en uno ó más detalles; pues de otra manera, la originalidad degeneraria en la simple y servil imitación, patrimonio exclusivo de las vulgaridades.

Estudiemos algunas de esas infinitas relaciones, comparando una personificación común á tres de los más famosos poetas: la del Genio del mal, presentada en los célebres poemas de Dante, Milton y Gœthe.

Objeto ha sido el origen del mal sobre la tierra de controversias infinitas desde los tiempos más remotos, y en vano atrevidos teólogos y filósofos razonadores han procurado compaginar y reducir á doctrina las nocíones primitivas de tan extraño asunto.

Las antiguas hojas de Ménfis y los libros asiáticos, que guardan las más rancias tradiciones de las edades que pasaron, señalan como punto de partida, en sus múltiples teogonías, dos principios opuestos que se disputan el imperio del mundo: el creador y el destructor, el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Aunque la religión verdaderamente budista era la profesada por los persas, las doctrinas de Zoroastro se encuentran diseminadas y repetidas en los demás textos sagrados, y basta un ligero examen de algunos de sus mitos y personificaciones para encontrar en ellos la idea generatriz que presidió al Zendavesta.

Recorriendo el Egipto, esa antigua civilización, sombría como sus santuarios, inmóvil como sus pirámides, é indescifrable como sus jeroglíficos, hallaremos personificado, quizá por primera vez, el misterioso dualismo.

Osíris, fundador de la ciudad de las Cien Puertas, cuyas estátuas, animadas de un soplo divino, saludaban la naciente aurora, es el principio de conservación, de órden, de luz: Tifon, el genio rebelado y sombrío, que lucha con su generoso hermano, y que presenta á éste, cubierto de púrpura, el ataud en que ha de arrojarlo al Nilo, es el principio de la destrucción, del mal, de las tinieblas.

Las circunstancias que siguen y anteceden á la muerte de Osíris y al triunfo periódico de Tifon dan margen á creer, con algunos, que el origen de este mito no es más que una ingeniosa fábula astronómica; creencia que no va descaminada, atendiendo á que uno de los fenómenos más sensibles al organismo humano, en los tiempos primitivos, fué la sucesión del dia y de la noche.

Hojeando los Vedas, nos hallamos con la *Trimourti* de los brahmanes, en la cual Visnou y Siva hacen igual oficio que los dos anteriores, aunque en realidad el genio Siva, de la India, sea más mefistofélico que satánico. También allí, como en todo el mundo conocido, los genios buenos y malos, los espíritus puros ó impuros, formaban la córte de ambas divinidades antagónicas, alimentando el fervor de los fieles y coronando los pórticos de las pagodas bajo formas extrañas.

Mas donde, sin duda, está llevada la teoría á su plenitud de acción es en los libros de Zoroastro. El Zendavesta, ó Libro del fuego, no es más que una colosal epopeya en que Ormuz y Abrimanes libran perpétua batalla en el dilatado campo del tiempo. Cúbrese el uno con las brillantes armas del Marte griego, mientras el otro viste la negra armadura templada en las sombrías aguas del Cocyto. Las legiones del primero son las Izeds, en cuyos escudos brillan los astros; las del segundo, los Deos, engendrados por éste en las tinieblas y armados con las antorchas pálidas del Infierno.

En los libros hebráicos y en las teogonías greco-romanas del politeismo hallaremos idénticas ó parecidas personificaciones; y á ser nuestro objeto señalar un orígen común á cuantas se les asemejan, de seguro tendríamos suficiente copia de datos para conseguirlo.

El Loke de los escandinavos, el Kin-Kang de los chinos, el Plutón de los griegos, y el Lucifer de los hebreos tienen tan infinitos puntos de contacto, que bien pudieran fundirse en uno solo, que fuese á la vez hermano gemelo de Tifon y Siva y Abrimanes.

El hombre se halla dispuesto á lo maravilloso. La imaginación influye tan poderosamente en nuestras resoluciones, que sin que ésta tome parte, con dificultad se harán creyentes ni anacoretas. En los primeros tiempos, sometido el género humano á todos los azares de la ignorancia, se doblegaba ante fantásticos mitos: y las creencias, extraviándose con las costumbres de los pueblos, perdían su orígen primitivo, conservando únicamente la parte prodigiosa ó acomodaticia.

Este es, sin duda, el motivo de la brillantez del culto politeista, religión que á lo maravilloso de sus creencias unía la libertad de las costumbres, y cuyos detalles podemos estudiar en los misterios de Ceres y en las voluptuosas fiestas de Venus Afrodita.

En general, los dioses infernales tuvieron siempre gran prestigio sobre el vulgo, y esta extraña veneración perpetuóse hasta la Edad Media, desde las más remotas edades.

Las brujas, los trasgos y los espíritus malignos llenaron en la Edad de Hierro las más oscuras y dilatadas páginas: una hoja de

aquel libro tenebroso es la *Divina comedia*, del Dante.

En aquél embudo extraño, de cuyos círculos infernales brotan los horrores de la condenación eterna, simbolizó Dante las creencias y preocupaciones de su siglo, legando á los venideros, para gloria suya y admiración de los demás, un cuadro grande como la eternidad y tenebroso como el caos.

II

¡El Infierno! ¡Hé aquí la palabra fatídica del siglo XIII! Sus tinieblas perpétuas; sus rocas descarnadas y puntiagudas; sus llamas desoladoras, que, á semejanza del fuego de Vesta, no debían apagarse jamás; la terrible cohorte de ministros de Lucifer, arrastrando las almas á sus hirvientes hornillos con diabólica baraunda, los gritos de angustia de las víctimas, las imprecaciones de los relapsos y las carcajadas de los verdugos, todo ¡esto flotaba en la atmósfera de aquellos tiempos, y era como la pesadilla popular. La idea de un tormento sin tregua en la eternidad del abismo es, sin disputa, tenebrosamente grande, y no ménos era necesario para preocupar el ánimo en aquél nebuloso periodo.

Otra idea se unió también á la del Infier-

no, en los dogmas escolásticos, alcanzando más tarde la primacía: esta fué la del Purgatorio. Puente tendído, como el Cinerad, entre la tierra y el cielo; infierno de transición, de cuyas flamígeras hogueras se levanta el pecador para ascender á la gloria, no es más que el crisol donde se purifica el alma para alcanzar la beatitud. Terrible como la última prueba, pero finito al cabo, dejaba al espíritu ese dón inapreciable que se llama esperanza, y cuyo sagrado depósito había que abandonar á la puerta de la *Ciudad del Llanto*.

El diablo era muy conocido entre las gentes del siglo XIII. En los altares de los templos, en los retablos de las calles y hasta en las encrucijadas de las montañas se veían conmemoradas sus fechorías. Tablas representando las tentaciones de los santos le pintaban de cuerpo entero, velloso, de estatura colosal, de piel áspera y abigarrada, ojos encendidos como brasas, y retorcidos apéndices.

Cuando á la hora del crepúsculo cruzaba el viajero los poéticos valles del Arno, cuyas puestas de sol tienen sólo gemelas en Andalucía, internándose por sus deliciosos senderos, en cuyas revueltas, á guisa de términos, se elevaba un altar de Animas ó un victorioso San Miguel: apercibiendo la oscilación del farolillo que le alumbraba, y viendo las sombras de los montes cercanos

caer como medrosos sudarios sobre los prados de violas, santiguábase sobresaltado, y extendiendo la diestra hasta el altarillo en actitud religiosa, creía ver distintamente al rey de las tinieblas que huía de la señal de la cruz, retirándose hacia sus dominios.

Por idénticas preocupaciones, cuando á la oración de la noche cruzaba Dante, envuelto en su tabardo, por las calles de Florencia, las supersticiosas hijas del Arno se escalonaban á su paso, mirándole de hito en hito, con profundo terror, y balbuceaban estas palabras, oprimiéndose unas con otras como temerosas corderas:

—¡Hé allí al viajero del Infierno! Su barba está quemada por los fuegos eternos: su piel ennegrecida por el humo; los surcos del precito están grabados sobre su frente.

En efecto, sobre aquél rostro enjuto y descolorido parecía leerse indistintamente su terrible *Lasciate ogni speranza.*

Dante no inventó nada; su poema estaba en el siglo; él, como Homero, dió forma y vida á las creencias populares, y embelleciendo lo que tocaba, como todo grande hombre, dejó á la Italia un monumento imperecedero. La personificación de Lucifer no es, por tanto, más que un traslado del popular Demonio, cuyo original pululaba en los retablos y templos con toda su deforme grandeza.

El papel de Lucifer, en el poema que nos ocupa, es secundario; ni estríba en él la má-

quina de la obra, ni deja de ser más que una de las grandes sombras que el poeta hace desfilar á nuestros ojos. Después de describirlo, pasa rápidamente, sin volver á ocuparse de él; y así como han desaparecido las bellas imágenes de Francesca y Paolo tras las distintas ficciones de los postreros círculos del *Infierno*, el mónstruo se desvanece á su vez con el primer cántico del *Purgatorio*.

Hé aquí cómo describe el poeta á Lucifer, despues de atravesar aquel sitio del abismo en que las sombras cubiertas de hielo se trasparentaban como el heno en el vidrío:

«El rey del doloroso reino salía fuera del hielo desde la mitad del pecho; su estatura era más proporcionada á la de un gigante que la de uno de éstos á la longitud de los brazos de Lucifer; juzgad, pues, cuál debia de ser el todo que á semejante parte iba unido. Si fué tan bello como deforme hoy, y osó levantar sus ojos hácia el Hacedor, de él debe proceder, sin duda, todo mal. ¡Oh, qué asombro me causó cuando ví que tenia tres caras en su cabeza! Una delante, que era encarnada; las otras dos, que se unian á ésta, se elevaban desde el medio del hombro, yendo á reunirse á la parte superior de la cabeza. El rostro de la derecha parecía blanco y amarillo; el de la izquierda era como el de los que proceden del país por donde corre el Nilo. Por debajo de cada una de

estas cabezas salían dos grandes alas proporcionadas á semejante pájaro, y tan grandes, que no he visto ninguna vela de buque que pudiese compararselas; no tenían plumas, sino que se parecian á las del murciélago, y cuando las agitaba, producía tres vientos diferentes.

«El Cocyto estaba todo helado en derredor suyo; por sus seis ojos derramaba lágrimas, que corrían por sus tres barbas, mezcladas de sanguinolentas babas. Con los dientes de cada boca trituraba un pecador, como esos aparatos que machacan el lino, de suerte que hacia á la vez tres desgraciados. Los mordiscos que sufría el de delante no eran nada en comparación de las heridas que le causaba Lucifer con sus garras; heridas que á veces arrastraban la piel sobre los riñones, dejándolos en descubierto.»

Completan la anterior pintura los suplicios de Júdas, Bruto y Casio, los que ocupan cada cual una de las tres bocas del Angel caído; y la extravagante ascensión de Dante y Virgilio, que, sirviéndose como de escala, de las cerdas de Lucifer, salen del abismo, volviendo á ver, con la ansiedad del que está privado de la luz, el delicioso brillo de las estrellas.

Inútil es notar en la pintura que antecede la analogía que guarda con las creencias de la época, y hasta con las preocupaciones propias del poeta.

Dante hubiera podido hacer de Lucifer un personaje como el de Miltón, que además de contribuir poderosamente al desarrollo de la acción, fuese una verdadera creación poética; pero obrando así, no hubiera sido fiel intérprete de su siglo y se hubiera empequeñecido. Este informe genio, sumergido en el Cocyto, como los grandes paquidermos antediluvianos en sus cenagosas lagunas, desprovisto por completo de belleza por el rigor de la venganza celeste, representa la Naturaleza en su primera evolución embrionaria, la razón filosófica postrada é inmóvil en el océano de las preocupaciones.

III

Alejándonos de los sombríos círculos del Dante, y dejando que pase la gigantesca sombra de Lucifer, alumbrada por aquellas linternas diabólicas llevadas por troncos animados en las profundídades del abismo, aceleremos nuestro paso para abrir la grande epopeya del género humano con el Satanás de Milton.

Antes de penetrar en las frondosidades del Edem, nos hallamos al paso con los alcazares de Armida. El Tasso también rinde párias á la preocupación popular; se compla-

ce del mismo modo en el juego de lo maravilloso, y acude, como Dante, al Infierno para construir la máquina de su epopeya.

En el canto cuarto de *La Jerusalem*, Plutón congrega á las divinidades del Tártaro para preparar la pérdida de los cruzados. Las Esfinges, las Arpias, las Gorgonas pálidas y su monstruosa cohorte, se dividen en dos alas rodeando á su rey. Colocado éste en medio, agita el cetro gigantesco; ni el elevado Calpe, ni el monstruoso Atlas, son comparables á la estatura del príncipe de las sombras; tiene la barba espesa, el pecho velloso y áspero, como si fuese de abrojos, y su boca, profundamente entreabierta, circundada de sangre y cieno. El Cocyto se detiene en torno suyo, y los abismos repiten temblando sus palabras. No es necesario estudiar los anteriores conceptos para comprender la analogía que guarda el Pluton descrito con el Lucifer de la *Divina Comedia*.

Tasso no puede competir con Milton y Goethe en la personificación que nos ocupa; bien es verdad que no da gran importancia al rey del abismo, tal vez por hallar mejor empleo de las funciones infernales confiriéndoselas al tipo delicioso y original de Armida. Acaso por esto, solo tomó de Virgilio y Dante algunos toques para aquella pasajera alegoría. No de otra manera se comprenden los nombres mitológicos que juegan en el canto cuarto, y la especie de copia que de

Lucifer nos dá en el pasaje del Infierno: circunstancia que no olvida el orgulloso erudito Chateaubriand cuando dice, refiriéndose á este asunto: «La imaginación de Dante, agotada por nueve círculos de tormentos, hizo de Satanás un mónstruo abominable, aherrojado en el centro de la tierra: y en cuanto al Tasso, solo supo ridiculizarlo, armándolo de cuernos.»

Preciso es confesar, sin embargo, que hay en la creación de la hechicera Armida una especie de personificación del mal, desconocida hasta entonces, y cuya originalidad envidiarían tal vez los más insignes poetas. Armída es la dígna compañera de Mefistófeles; parece inspirada por el genio moderno, y aun cuando se pretende buscarle gemelas en Medea y sus derivadas, no será fácil hallar gran copia de analogías que nos satisfagan. El Tasso, pues, está justificado á nuestros ojos.

IV

El Paraiso perdido abre las puertas de la edad moderna. El célebre ciego de Albión recoge en su inolvidable poema las nuevas ideas que se desarrollan con los niveladores, y la fe que revive con el puritanismo. Su poema está en él: las contradicciones que

saltan á la mirada del crítico son el carácter de la época, que se refleja en la obra como la llama en el acero.

Milton republicano, conservando, sin embargo, su orgullo de casta; Milton espiritualista, cayendo á veces en el más refinado materialismo; Milton poeta, pasando la mitad de su vida escribiendo prosa latina; Milton, en fin, llegando al apogeo de la gloria con la política que le oscurece, es tambien una contradicción perpétua.

Milton, dice uno de sus biógrafos, *nació en la fonda del Águila: tal vez por predestinación.*

En efecto, águila habia de ser, pero más poderosa que la que reina en el espacio y visita los picachos de los Alpes; pues no sólo hubo de escalar las alturas azules del firmamento, si no que, descendiendo á tenebrosas profundidades, osó sorprender los misteriosos embriones del cáos; la lucha de átomos atraidos y repelídos por leyes desconocidas; la composición y descomposición de la matería orgánica en el seno de lo indefinible; la medrosa huida de los microscópicos habitantes de aquel océano de sombras, al voltear en gigantesca circunferencia el compás de oro del Dios del cielo.

¡Con qué deliciosa fruición abriríamos las páginas de su libro y nos deleitaríamos en algunos de sus peregrinos cuadros! Ya asistiríamos á la primera aurora del Eden, viendo

despuntar uno de los primeros días del mundo, gozando con nuestros padres de aquella frescura de la selva, que incita á saborear las primicias del dia; ya escucharíamos aquel delicioso epitalamio que entonó el ave de la noche, rogando á la estrella que encendiera la antorcha nupcial; ya veríamos á Adan *incorporarse apoyando su frente en la mano para mirar con éxtasis á su muy amada compañera*; ya aspiraríamos, en fin, aquellas brisas perfumadas por las alas del angel.

Pocas obras encerrarán trozos de una dulzura tan arrebatadora como las escenas íntimas de! *Paraiso perdido.*

Adan y Eva tienen mucho de Romeo y Julieta, pero les llevan gran ventaja; aquellas noches de amor, pasadas en el seno de una naturaleza virgen y expléndida; aquellos placenteros éxtasis de los dos primeros que apuran en el mundo el delicioso vaso de la vida, están acentuados de tal modo, presentados con tal brillantez de tintas, que arrebatan y seducen á un tiempo. Hé aquí cómo cuenta Adan á Rafael los detalles de su primera noche:

«Condújela al frondoso lugar destinado para nuestro enlace nupcial, ruborizándose como la aurora.

»Los cielos y las estrellas faustas derramaron en el supremo instante sus benéficas influencias. Las llanuras y las colinas dieron señales de júbilo; las frescas brisas y los blan-

dos vientecillos nos arrojaron hojas de rosa con sus alas y nos ofrecieron los aromas de que se empapaban en el bosque florido.»

La entrevista del Romeo de Shakespeare será más voluptuosa, pero no más tierna ni delicada.

Aquellos dos amantes, intranquilos y temerosos, no pueden competír con estos dos primeros seres, nacidos uno para el otro, en aquellos deliciosos lugares, á cuyos besos de amor parece que se estremecen los mundos y se alboroza la Naturaleza.

Pero no es nuestra misión deleitarnos en tan hermosos cuadros. Pasemos por estos paisajes de luz sin levantar sus cortinajes de púrpura; demos el último adios á esas escenas del hogar doméstico, cuyas reales delicias se trasparentan á través de esos paisajes de Milton, y volvamos á hallar al tenebroso Princípe de las tinieblas.

Racine lo ha dicho:

«Satanás no es el héroe del poema de Milton; pero es su obra maestra.»

«Este personaje fantástico le pertenece de derecho: es su verdadero creador; ántes de él, nadie le conocia en la plenitud de su acción; más que el gigantesco genio que en la explosión de su orgullo osa ponerse enfrente de Dios, parece un contrahecho bufon, que salta y se revuelve ante el hombre, resonando sus cascabeles».

Los libros devotos de la decadencia le

han hecho todavía más pequeño y ridículo, ya presentándole en forma de cabra, ya en la de fauno, ya cabalgando en mangos de escoba.

Con Dante es al cabo un mónstruo inmóvil y sedentario, que apenas puede mover su larga serie de mandíbulas. En Milton toma vida y forma, se multiplica, gira, vuela, se agita en el perpétuo vértigo del orgullo: sus pasiones se enconan con los obstáculos, crecen con la emulación, se desarrollan con el exito, y parecen buscar el punto de apoyo para derribar el cielo.

Nada más horrible que Satanás observando la dicha de nuestros padres, oculto entre las frondosidades de aquél Paraiso terrestre, y suspirando de envidia al verlos felices; nada más grandioso que su salida de los infiernos, y su vuelo á través de los espacios sin nombre; nada más trágico que aquél despertar en el abismo, con que comienza el poema.

Mucho más dignos de admiración parecerán estos detalles, si se atiende á que Milton, para llevar á término el carácter de su tipo, tuvo que romper con todas las trabas de la tradición y pasar por encima de las preocupaciones populares.

Era casi imposible que no se hallase apurado para presentar al demonio de una manera conocida, y despojarlo, sin embargo, de ciertos apéndices que la imaginación de

los visionarios le habia adjudicado; apéndices que formaban, por decirlo así, su tenebrosa personalidad; á pesar de esto, Satanás apareció en el poema, y fué conocido y admirado: eso y más alcanza la potencia del genio.

Hé aquí la magnífica pintura que de él nos hace el poeta, al verlo levantarse de aquél abismo ardiente en que habia permanecido tendido nueve veces el espacio de tiempo que mide el dia y la noche sobre los mundos:

«El grande enemigo se adelantaba hácia la orilla de aquél mar de tinieblas visibles, llevando echado atrás su pesado escudo de etéreo temple, macizo, ancho y redondo, cuya vasta circunferencia pendía de sus espaldas, como la luna, cuya órbita observa por la noche, á través de un cristal óptico, el astrónomo toscano desde la cumbre de Fiesole, para descubrir nuevas tierras, rios y montañas en su manchada esfera.

«Su lanza, á cuyo lado el más alto pino de Noruega, cortado para servir de mástil á un navío almirante, no sería más que una pequeña rama, le sirve para sostener sus inseguros pasos sobre aquél suelo ardiente, pasos muy distintos de los que había dado sobre el azul del cielo.

«Sobrepujaba á los demás espíritus en estatura y continente, y, soberbiamente dominador, se elevaba como una torre. Sus

formas no habían perdido aún su esplendor primitivo, y parecía un arcángel, aunque caído, un exceso de gloria oscurecida, semejante al sol naciente, que, rodeado de espesos vapores, se ve á través del aire brumoso, ó cuando, tras la luna, en sombrío eclipse, esparce un crepúsculo funesto sobre la mitad de los pueblos y atormenta á los reyes con el terror que inspiran las revoluciones. Oscurecido de esta suerte, brillaba aún el ángel sobre todos sus compañeros; pero su rostro se ve surcado por las profundas cicatrices del rayo, y la inquietud está pintada en su marchita mejilla: bajo sus cejas, de un valor indomable y un orgullo paciente, vela la venganza. Así se ve á las encinas del bosque y á los pinos de la montaña, cuando el fuego del cielo los ha privado de su corteza y verdor, sostener aún su tronco majestuoso, aunque desnudo, sobre el abrasado páramo.»

¡Qué grandeza más terrible se encierra en esa descripción del célebre ciego! La luna por escudo; por lanza, el pino gigantesco: el surco del rayo en el rostro; bajo las cejas, el valor indomable. ¿Puede haber más alteza de detalles, ni más valentía de conceptos?

Satanás no es, á pesar de esto, una figura terrible, destinada, como la estátua de Atlante, á admirar sólo por sus formas gigantescas.

Cuando vuela á través de los espacios

sin nombre; cuando cubre con sus negras alas la luz que vá á resbalar sobre la tierra; finalmente, cuando dirige su magnífica imprecación al refulgente padre del dia, la acción dramática toma en él una expresión sublime y arrebatadora, y conmueve y abisma.

Parece que asistimos á la epopeya grandiosa de la creación; se escuchan rodar los mundos, romperse los embriones de los astros; chocar las legiones eternas en un combate más furioso que el de los Lapitas y Titanes. Los héroes de Homero parecen una legión de hormigas, comparados con los espíritus de Milton, cubiertos con sus armaduras etéreas y cayendo con inusitado estrépitos unos contra otros.

Los espíritus vencidos se asemejan á los restos de un millón de cometas que se hunden fatídicos en el ocaso; los vencedores parecen una miriada de estrellas que se levantan con el crepúsculo.

En el carácter del Satanás de Milton parece que empieza á revelarse aquél espíritu de soberbia que fué el carácter distintivo de la revolución inglesa, y que contaminó á Cromwell hasta el punto de llevarlo al protectorado.

Hé aquí las consideraciones de Chateaubriand en este punto:

«Todo aquél que no carezca de algún criterio y buen sentido en la Historia, podrá

reconocer que Milton ha hecho entrar en el carácter de Satanás la perversidad de aquellos hombres que, á principios del siglo XVII, cubrieron de luto la Inglaterra; en su carácter se echa de ver la misma obstinación, el mismo entusiasmo, el mismo orgullo, el mismo espíritu de rebelión é independencia; el monarca del Infierno trae á la memoria aquellos famosos niveladores que, abjurando la religión de su patria, sacudieron el yugo de todo gobierno, rebeldes á la par á Dios y á los hombres. El mismo Milton había participado de este espíritu de perdición, y á fé que para imaginar un Satanás tan detestable era preciso que el poeta hubiera visto su imágen en los réprobos que convirtieron durante tanto tiempo su patria en verdadero asilo de los demonios.»

Fácilmente se echan de ver en las apreciaciones del ilustre crítico las ideas que le dominaban, y que le hicieron, en no pocas ocasiones, desconocer etapas y acontecimientos históricos que no se avenían con su criterio propio.

Su gran talento adivinó, es cierto, en la personificación de Milton esa tendencia del espíritu humano á dominarlo todo, á trastornarlo todo, cuya imágen más bella es la clásica torre de Babel, levantada por los primeros hombres, y cuyo modelo vive aun en los descendientes de aquellos obreros dispersos; mas por efecto de sus particulares afeccio-

nes, no quiso analizar el gérmen filosófico que se desarrolla en el carácter de Satanás, cuyo orgullo, que pudiera llamarse esfuerzo humano contra lo imposible, sintetiza la actividad perpétua del hombre.

Conformes, pues, con el crítico francés en el primer periodo de sus afirmaciones, creemos sin dificultad que Milton quiso hacer en Satanás un símbolo de la filosofía de su tiempo. como Dante, acaso inconscientemente, lo había hecho ya en el Lucifer de su *Divina Comedia*; notándose ya entre una y otra personificación la diferencia característica que existe entre la Edad Media y la era moderna, inaugurada por los niveladores ingleses.

V

Abramos *El Fausto.*

Conversamos con Gœthe y estamos en plena edad contemporánea.

Todos conocen ese extraño poema, que, á semejanza de los grandes tapices del Renacimiento, se nos muestra espléndidamente cubierto de figuras reales y fantasmagóricas: de cuadros de la pasada edad y de la edad moderna; de escenas en que palpita el positivismo más desconsolador ó el idealismo más intrincado; de resplandores y de sombras;

de contrastes que maravillan y suspenden por su novedad y atrevimiento.

Su *primum movile* es la negación, mejor dicho, la carcajada volteriana; su Diablo no es el Lucifer de Dante, informe y contrahecho: no es el Satanás de Milton, hermoso y ceñudo: Mefistófeles no se parece á sus cofrades, no hace pareja con esas sombrías individualidades que nunca se tomaron el trabajo de analizar la causa de su existencia. Él se considera *parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y que siempre hace el bien*, que todo lo niega y que, por lo tanto, todo lo afirma; se atiene á las sutilezas de una lógica infernal, forjada expresamente para su uso; tiene por máscara la risa y por juguete la llama.

Dirigiéndose á Fausto, habla así de los arreos que ha elegido:

«Me presento á tí, cual joven noble, en traje de púrpura bordado de oro, con la esclavina de raso al hombro; la pluma en el sombrero, y larga y afilada espada al costado; aconsejándote que desde ahora te vistas del mismo modo, para que, enteramente libre, vengas á probar lo que es la vida.»

Es decir, que Mefistófeles, que aprendió todas las ciencias hasta llegar á la negación, vuelve sobre las locuras y las ilusiones de la ignorancia, y demanda lo propio del viejo Doctor, rejuvenecido por las instigaciones diabólicas y por los espíritus mentirosos.

Ni se sumerge en el Cocyto, como Lucifer, ni carga, como Satanás, con el escudo gigantesco y reluciente: preocúpase más de los pequeños detalles; mueve su afilado dedo para hacer brotar el fuego de los toneles, y le basta tender la fimbría de su capotillo, como el Cojuelo de nuestro Velez de Guevara, para volar al sábado en las fantásticas noches de Valpurgis.

Más particularidades. No reconoce en los demás diablos superioridad alguna: las brujas del Hartz son sus odaliscas, y los espíritus impuros, sus ayudas de cámara.

A veces parece un tramoyista de teatro; á veces, un monarca de Carnaval; sólo es verdaderamente grande cuando, en la noche clásica, se reclina en la Esfinge, realizando la fusión de las mitologías y dando la forma suprema del eclecticismo del arte profano.

Bajo este último punto de vista es como hemos de admirar la creación diabólica de Gœthe, La eterna carcajada de Mefistófeles parece que demanda mundos nuevos: negar es demoler cuando existe algo, y Mefistófeles demuele para que construyan los que nazcan entre las ruinas.

De los monumentos que ruedan, de las páginas que arden, de los ideales que desaparecen, pueden salir construcciones armónicas, fructuosos eclecticismos, aspiraciones desconocidas: la tierra, tal como la encuentra Fausto en el momento de abrir el libro de lo

desconocido, es *el oscuro recinto donde se cuajan los jugos de que debe alimentarse el alma.*

El Mefistófeles de Gœthe se burla de todo, acaso por que tiene la propiedad de aniquilar y destruir cuanto le rodea; la Ciencia es para él pura taumaturgia, y las distintas ramas del saber humano, juegos más ó menos ingeniosos ó divertidos.

En la genial conversación que traba con el estudiante en el laboratorío de Fausto resaltan sus sarcásticas sutilezas de una manera peregrina. Despues de burlarse del método y de la metafísica, de los letradosy de los teólogos, toca el turno á la Medicina, y dice:

«Mefistófeles. — El espiritu de la Medicina puede comprenderse fácilmente; estudiad bien el grande y el pequeño mundo, para dejarlos ir al fin donde á Dios mejor le plazca. En vano intentariais profundizar la ciencia, puesto que sólo aprende cada cual lo que puede aprender; solo las circunstancias, ó mejor, el saber aprovechar la ocasión, puede haceros grande hombre. Vos teneis buena traza y me pareceis, además, bastante emprendedor; así que basta que tengais confianza en vos mismo para que no os falte la de los demás, Sobre todo, dedicaos al tratamiento de las mujeres; sus eternos dolores, mil veces repetidos, se curan todos por un mismo método, y con tal que seais con ellas respetuoso á medias las dominaréis enteramente, Basta un título para atraer su confianza y

convencerlas de que nuestra ciencia excede con mucho á la de todos los demás; podréis entonces permitiros ciertas cosas, que apénas podrán lograr otros después de años enteros de adulación y de lisonja; tomadlas luégo el pulso, dirigiéndolas al propio tiempo una ardiente mirada, y pasad luégo el brazo en derredor de su esbelto talle, como para ver si el corsé les aprieta bastante.

»El Estudiante.—Eso me parece yá mucho más claro; al ménos se ve aquí el fin y el medio.

»Mefistófeles.— ¡Mi buen amigo, toda teoría es tan árida como verde y lozano el árbol de la vida!» (1)

No puede darse más desnudez en el concepto, ni más sarcasmo en la frase, Sobre todo, la última exclamación es un rasgo original que acusa al diablo de guante blanco,

Como se ve, no existe la menor relación de continuídad entre los dos caracteres diabólicos presentados anteriormente y el que acabamos de bosquejar. Mefistófeles es hijo de Gœthe, ó de la filosofia de su tiempo, y no podría avenirse con la inmovilidad de Lucifer, ni con los arranques épicos de Satanás; tampoco permitiría, como el primero, que los poetas se le subieran á las barbas, ni se entretendria, como el segundo, en dirigir

(1) *El Fausto*. Traducción española por una Sociedad literaria.

batallas aéreas; más práctico, más osado, más *nivelador*, su única misión había de consistir en amontonar los dioses de todos los panteones, y en convertir en ardientes rastrojos todas las míeses de la tierra.

Interminable sería la tarea que habría de imponerme si hubiera de seguir al más metafísico de los diablos por sus inescrutables senderos; con lo dicho basta para dar á conocer el verdadero lugar que le corresponde en el infernal triunvirato que he presentado á mis lectores.

El genio de Dante, Milton y Gœthe se revela de una manera asombrosa atendiendo sólo á estas sombrías personificaciones. Si en sus poemas no hubiera más figuras dignas de estudio que las que he presentado, se les podría dar la patente de grandes hombres; en efecto, no es posible, sin poseer sus poderosas inteligencias, crear los mismos tipos, dotándolos de tan diversos y originales lineamientos; no es posible, sin ser el autor de *La Divina Comedia*, *El Paraiso perdido* ó *El Fausto*, hallar caractéres tan hetereogéneos y maravillosos en un personaje ya conocido de suyo y gastado por la tradición y la fantasía en todos pueblos.

Al terminar este estudío, se me ocurre hacer algunas preguntas: ¿Quiso Milton mejorar la personificación del Dante, sacando aquel cuerpo monstruoso de la laguna helada, despojándole de sus bocas sanguinolen-

tas, y extendiendo sobre sus tres rostros todo el disco del sol eclipsado? ¿Quiso Gœthe, del mismo modo, reformar el hermoso Angel caido de Milton, acercándolo más al hombre y dotándolo de la risa, propiedad esencialmente humana, según Rabelais? ¿Desearon, en fin, estos dos últimos poetas abrir los círculos infernales del vate florentino, de modo que llegaran á abrazar el ecuador terrestre?

Preguntas son éstas que demandan largas disquisiciones, y no es tan pesada la tarea que nos hemos impuesto. Solo quisimos probar que Lucifer, Satanás y Mefistófeles, tales como han sido concebidos por Dante, Milton y Gœthe, revelan una gradación simbólica, tanto más notable, cuanto que sus caractéres externos son, por decirlo así antagónicos y originales.

Ya lo hemos apuntado al tratar de las dos primeras representaciones: entrando en el campo de la inducción y del simbolismo trascendental podemos considerar á Lucifer como la imágen de la filosofia de la Edad Media; á Satanás, como la encarnación de las revoluciones provocadas por el Renacimiento, y á Mefistófeles, como la expresión de la duda y de la negación en nuestro tiempo.

Heine decia muy formalmente que era un ruiseñor alemán que habia hecho su nido en la peluca de Voltaire: Gœthe pudo asegurar con igual aplomo que Mefistófeles se

habia incubado en la circunvolución de su cerebro, próxima al órgano de la incredulidad; si Gœthe hubiera nacido en el siglo de Dante, Mefistófeles, en vez de sonreir, hubiera lanzado fuego por los ojos, como el Diablo de los cuentos de Boccacio.

Para terminar, los tres poetas á que nos hemos referido han logrado que sus creaciones vivan con ellos, imprimiendo en las artes plásticas el sello de sus genialidades.

Lucifer, Satanás y Mefistófeles son yá inseparables en la tenebrosa región y en los dominios de la inteligencia.

Brujas, Zahoríes y Hechiceras

I

La sucesión del dia y de la noche, el ser y el no ser, la enfermedad y la salud, la vida y la muerte, la vigilia y el sueño, el suelo mudable y el cielo invariablemente sembrado de estrellas, impresionaron de modo tan vivo á los primeros hombres, que la trinidad índica, en la que figuran Vismon y Siva; el dualismo persa, en el que se destacan Ormuez y Abrimanes, y el mito egipcio, en el cual Tifon y Osiris se hacen cruel y terrible guerra, se impusieron á las imaginaciones orientales y se mezclaron de tal modo en las tradiciones fenicias y babilónicas que muy pronto, pasando á la Cábala y á los libros hebráicos, dieron vida á Satanas y á sus temidas cohortes.

El carácter monoteista de la religión judía, no fué obstáculo para que cupiese en

ella rival de Jehová tan poderoso. Satán que bajo el nombre de Lucifer, que tan grande parece descrito por Milton como hemos visto anteriormente, anúnciase en el libro de Job como un espíritu pertinaz y secundario que incita al Señor á probar la debilidad de sus siervos, y no se atreve á tocar sin orden expresa ni un solo cabello de sus cabezas ni un solo grano de sus trojes; su pequeñez engrandece á Jehová, que pone á prueba, sirviéndose del enemigo malo, la paciencia del hombre justo.

El genio del mal crece en la Cábala y en los libros mágicos. Decidido á librar batalla al Rey de la luz, organiza su gran ejército de las tinieblas. Para ello se sirve de todas las deidades y de todos los genios enemigos del Dios único, y distribuye sus fuerzas á los cuatro vientos. Mandadas por expertos capitanes, uno de los cuales es Baal-Berith, soldado color de llama que monta en un caballo rojo, ciñe corona y lleva al dedo el anillo mágico que puede servir para sellar los actos diabólicos, espárcense por la tierra sus 6.666 legiones, compuesta cada una de 6,666 demonios. A contar desde este punto, la lucha en la tierra será terrible; el mal espíritu cabalga en el huracán, se desliza en la gota de agua, ruge en el trueno, brilla en el relámpago, se multiplica en la cizaña. Penetrará en Grecia y vivirá con Sócrates: irá á Roma á presidir las evocaciones nocturnas del Es-

quilino y á refugiarse en los estómagos de los gansos del Capitolio; llegará á la Gothia y congregará á las hadas, á los gnomos, á los silfos y á los espíritus familiares; para formar brocolacas y vampiros regresará al Oriente, por distintos senderos, y tomará parte en los cuentos arábigos y en las leyendas caballerescas; encenderá las lámparas de Aladino y de Silvestre II; sujetará á Dagoberto y á Carlos el Calvo; tentará á los solitarios de la Tebaida; reirá con Boccacio; se sentara á la diestra de Lutero; y, después de hacer de las suyas con Zinuglio y Calvino, y de calentarse la cola en las hogueras de la Inquisición, irá á dormir la siesta en el lecho de Carlos II el Hechizado.

Claro es que para gobernar en tan extenso territorio habrá de buscar adeptos, intermediarios y ejecutores, y de ahí el orígen de magos y adivinos, sibilas y pitonisas, iluminadas, redívivos y epilépticos, ungüentarios y agoreros, alquimistas y arúspices, brujas, zahoríes y hechiceras.

En los primeros siglos de nuestra era, aunque abundan los servidores de Satanás, no invaden el campo cristiano, porque las doctrinas conservadas en toda su prixtina pureza rechazan todo lo exótico y pegadizo de las demás religiones, y están bien deslindados los campos; pero en los siglos posteriores las influencias diabólicas se hacen sentir por todas partes, y los Padres de la Igle-

sia dan la voz de alerta al orbe idólatra y posesionado.

En efecto, Satán detiene á los dioses que se van, y se sirve de los lares, de los penates y de los genios del Norte para entretener las heregías y las supersticiones. Ya es difícil saber la diferencia que existe entre una bruja y una hechicera, entre un duende y un espíritu familiar, entre un sátiro y un diablo. Los sacerdotes cristianos, que ven el genio del mal tomar múltiples formas y acomodarse en las creencias de las distintas razas invasoras, no se cuidan de negar la existencia de gnomos y ondinas, lémures y vampiros; enanos y gigantes, serpientes de siete cabezas y perros monstruosos, antes bien, les dan asilo común en el Infierno ó en el Tártaro, y los consideran aliados naturales de Beliat y Astaroth, Lucifer, Asmodeo, Luzbel, Satanás, Glasialabolas y demás cáfilas demoniacas, de la Cábala y del Evangelio.

En el sígloIX ya el judío Sedecias asombraba con sus prodigios mágicos la corte de Carlos el Calvo. Sedecias sabía hacer que la tierra seca produjese flores y frutos en pleno invierno; conocía el porvenir por las revelaciones de los astros, y fué el primero que realizó el sueño de nuestro Marqués de Villena, haciendo pedazos un hombre, metiéndolo en una redoma y devolviéndole la vida por medio de la ebullición del líquido contenido en el recipiente maravilloso.

Los hechiceros y los nigrománticos que predecían el porvenir como nuestras gitanas actuales, observando el movimiento del agua en grandes tallas, ó estudiando las rayas de la palma de la mano, abundaban ya tanto en aquél tiempo, principalmente en Francia é Italia, que hubieron de dictarse leyes represivas para sus maleficios y maldades. Merlin, Melusina, las hadas y los encantadores hicieron poco después su entrada triunfal con los romances de *Los Doce Pares de Francia*, *San Graal y Lancelote del Lago*.

El tipo que más se asemeja en la antigüedad clásica á la bruja de la Edad Media es la ungüentaria ó perfumista romana. Esta Celestina en ciernes, asistía á las evocaciones del monte Esquilino, que, como es sabido, era el cementerio de los esclavos; proporcionaba filtros, ungüentos y amuletos á los que deseaban alcanzar cosas difíciles ó imposibles; hacia adivinaciones, como el arúspice, por medio del vuelo de las aves nocturnas, y se deleitaba en las locuras del sensualismo, mezclándose con las bacantes en las lupercales y dionisiacas.

La ungüentaria romana no roba niños como las hadas, ni vuela como las harpías, ni se mete por el ojo de la llave como los silfos y las larvas; pero, en cambio, hace tod clase de maleficios, predice el porvenir, extrae el tuétano de los huesos para hacer sus pócimas eróticas y evoca á los espíritus in-

fernales para que le ayuden en sus empresas sobrehumanas. El uso de la mandrágora, del astramonio, del cáñamo silvestre, del hongo y de las resinas acres, con los cuales la bruja del Renacimiento se preparaba para las orgías del sábado, le era tan familiar como las composiciones terribles, en las que entraban como principal parte los coleópteros picados, las cantáridas y las arañas; la ungüentaria, en fin, á quien la dama romana acudia siempre para que le revelase las cosas ocultas ó la proveyese de bebedizos, ligaduras ó talismanes mágicos, no era otra cosa que el confuso embrión de la bruja romántica.

Entre las célebres ungüentarias romanas destácase en primer término la siniestra silueta de una de las amantes de Horacio, la que fué un tiempo para el libertino de Tibur la bella y embelesadora Gratidia. Despreciada por su amante, huyó al monte de los despojos y se entregó á Hécate y á los espíritus infernales, al contemplar en una lámina de acero su faz arrugada y marchita. En vano procuró ensayar en el voluble poeta sus malas artes; en vano logró deslizar en su copa de vino de Chipre las gotas temidas de sus filtros mágicos; sus cabellos, escasos, ásperos, penetrados por inútiles tinturas, no volvieron á enredarse entre los dedos del que había pulsado en su honor la lira de oro; y los besos de Glicere, la hermosa tejedora de

guirnaldas, ó de aquella Mirtale, que, según confesaba él mismo, era más arrebatada que las olas del Adriático cuando hierven en las costas de la Calabria, contrarrestaron el poder de los encantos y le hicieron olvidar á la pobre bruja, que no pudo consolarse de esta pérdida ni aun con los goces del sábado, que aun no ofrecía las espasiones de las noches de Walpurgis descritas en el Fausto.

II

La España de la Edad Media no estaba, como el resto del mundo occidental, entregada al terror y al ascetismo. Principalmente en el Mediodía de nuestra nación, las razas hebreas y moriscas y el elemento mudéjar se compenetraban y fundían prestándose mútuamente sus conocimientos mecánicos y artísticos, conservando cierta entereza de ánimo y cierto realismo de la vida, poco en armonía con los terrores de aquella época de tristezas melancólicas, éxtasis y maceraciones. Las influencias del Korán y del Talmud se dejaban sentir en los cristianos nuevos: y los obispos y sacerdotes, que solo deseaban hacer propaganda y llevar nuevo contingente de convertidos á sus respectivos

rebaños, no exigían á los neófitos aquella pureza irreprochable que demandaron los primeros siglos del Renacimiento.

Solo cuando Granada cayó en poder de los Reyes Católicos, y no quedó en Córdoba ni en Sevilla memoria de aquella sabiduría arábiga que iluminó los siglos XII, XIII y XIV, empezaron á dibujarse las intolerancias; y el diablo, que residia en el Norte de la península hacía algún tiempo, pudo venir con su corte de brujas, íncubos, súcubos y hechiceras, á alojarse á los barrios hebreos y moriscos y á jugar al resto del pueblo ignorante sus perpétuas malas pasadas.

Al terminar la ultima década del siglo XVII, según reza un curioso documento, celebróse en Logroño un famoso auto de fé, en el que figuraron brujas y brujos de los que se reunían en Zagarramurdi, especie de Brocken de aquella provincia, muy visitado por la gran Bestia y el macho cabrío.

Hé aquí cómo describian los reos sus sábados diabólicos:

«Hombres, mujeres y niños, ungidos con un líquido verdinegro y volando á media noche para asistir puntualmente al aquelarre: diablos multicórneos, con largas uñas, barba de cabra y voz semejante á rebuzno de pollino, presidiendo las asambleas en que se hacía la presentación de los brujos neófitos que venían á prestar á Satán culto por demás extraño: actos de antropofagía atri-

buídos al diablo, á quien, según declaración del brujo confeso Miguel de Goiburu, se le obsequiaba con los sesos, huesecillos y ternillas de los niños exhumados al efecto; marcas ó señales indelebles producidas en los brujos por las puntiagudas uñas del príncipe de las tinieblas: brujas en forma de perros, gatos, yeguas, cabras y liebres, llevando por el aire aspas de molino para vengar la apostasía de las que fueron sus compañeras: niños embrujados por haberlos acostado sus padres sin escudarlos con el sacrosanto signo de la cruz: mujeres amamantando sapos vestidos con trajes de paño ó de terciopelo: maridos adormecidos por arte de hechicería para que no observasen los malos tratamientos que sufrían sus mujeres por no haber asistido puntualmente al aquelarre: demonios que en el lecho conyugal sustituían al marido mientras éste tomaba parte en las nefandas abominaciones del inmundo culto tributado á Belcebú: antorchas formadas con brazos de niños sin bautizar ó con cuernos de diablillos aficionados á las hembras: polvos para ocasionar maleficios y destruir las cosechas por arte diabólica; párvulos encantados por virtud satánica, y á quienes chupaban la sangre después de picar sus tiernos miembros con agujas y alfileres: luchas por celos entre Fraciana de Barrenechea, reina del precitado aquelarre, y Marijuana de Odia, ambas favorecidas con el im-

púdico amor del diablo que las distinguía con sus caricias.»

Todo esto y mucho más, se halla consignado en la autorizada relación del proceso que se conserva para vergüenza de aquellos tiempos.

La bruja propiamente dicha fué casi desconocida en Andalucía, aunque se atribuyen de antiguo á las razas vencidas ciertos actos y maldades que después fueron de la exclusiva incumbencia de aquella. Más comunes son entre nosotros, del siglo XVII, al XVIII, la adivina hebrea y la zahorí morisca, que no tienen, como la bruja y la hechicera, la propiedad de chupar durante las horas del sueño la sangre de sus víctimas, transformándose en vampiros y alimañas.

Las supersticiones y agüeros son, por el contrario, patrimonio de toda España. Recuerdo á este propósito la preocupación de las gentes del Cid al topar con las cornejas, y la carta que escribió Alfonso VI á Juzuf y Al-Monacid de Sevilla, queriendo disimular sus temores por haber salido con malos augurios antes de la batalla de Zalaca. Decíales en ella que por ser viernes el dia siguiente y fiesta para los muslines, sería bien que no se rompiesen las hostilidades; que luego, al siguiente sábado era, fiesta para los judíos que le acompañaban, y que al otro Domingo, fiesta para sus cristianos, no debía darse la batalla.

Las persecuciones contra hebreos y moriscos acentúan de algún modo las creencias en las brujerías y maleficios de los infieles. Los judíos andaluces y toledanos son perseguidos por el pueblo, por creer que celebraban fiestas en honor de Molock y crucificaban niños cristianos. Védaseles la salida en los domingos de Pasión; éntrase por sus barrios en sangrienta razzia cuando se pierde algún chicuelo que ha recibido el agua del bautismo, y se les priva del derecho de tener nodrizas nazarenas. A tal punto se había llevado progresivamente la separación de las razas, que se mandaba quemar al cristiano que tuviese amores con judías, no otorgando á los seguidores de la ley mosáica el asilo en las iglesias concedido al criminal más desalmado.

La circunstancia de poder atribuir á los enemigos del cristianismo todos los maleficios, sacrilegios y profanaciones de que se culpaba á las brujas en otras regiones de España, donde quedaban aún reminiscencias de las fiestas nocturnas de Freya, Myr Militta, Diana, Maya, y otras divinidades á quienes se rendían extraños cultos, alejó un tanto de Andalucía la idea completa del sábado gnóstico ó romántico. Si es cierto que los talmudistas é infieles celebraban reuniones secretas y fiestas profanas, no se parecían al sábado que nos describen los libros demoniacos y que se consignan con deleitosa frui-

ción en el *Mallens maleficarum*, ó sea el Martillo de las Hechiceras. Dichas reuniones, que bien pudieron ser las prohibidas agapas, las fiestas de la Pascua, ó de los Candelabros, las solemnidades del Ramadán, ú otras reminiscencias judáicas ó politeistas, mezcladas con las verbenas y banquetes familiares, no tenían nunca el carácter infernal de las orgías celebradas á orillas del Jordán, en torno del nogal de Benavento ó en las llanuras de la Mirándola; si pudo decirse más de una vez que los congregados sacrificaban infantes, se dedicaban á licenciosas prácticas ó se burlaban de los santos misterios, atribúyase, no á la delectación demoniaca, ni al culto satánico, única finalidad de los sábados gnosticos, sino al antagonismo religioso y á la eterna lucha de creencias de vencidos y vencedores.

Prueba irrefragable de esta afirmación es la carencia en Andalucía de lugares señalados por la tradición como escenario de tales representaciones fantásticas. Las brujas andaluzas, que tienen una mala posada en Lanjarón, se ven obligadas á tomar el rumbo de Zagarramurdi para asistir á los aquelarres del Norte de España; y si alguna vez se deciden á pasar la frontera pernoctando en San Juan de Luz, ganando el monte Rhune ó saltando á las poéticas florestas de Ferrara, vuelven cansadas y maltrechas, olvidando en tan largo viaje los detalles íntimos de la velada.

No ocurre lo propio en Alemania; tal es la abundancia de lugares que brujas y duéndes tienen á su disposición, que sus excursiones pueden repetirse, y se repiten en efecto, con una variedad asombrosa.

Blocksberg, Herselsberg, Stoffelstun, Kreidenberg y otros muchos sitios célebres ofrecían asilos á las brujas y servían de punto de partida á las cacerías expiatorias, otra de las variantes del sábado que no llegó á popularizarse en España. En Inglaterra, el Condado de Lancaster era uno de sus muchos dominios; y si quisiéramos buscar en Rusia el territorio que les era más grato, tendríamos que recorrer palmo á palmo los campos helados de la Finlandia, donde, aún en nuestros dias, se hallan las hechiceras que leen el porvenir en las hogueras, como lo leian las brujas de Zagarramurdi en las noches de la Candelaria y de San Juan de nuestra Península.

El sábado debió desarrollarse también con las leyendas del Norte, á pesar de tener auxiliares poderosos en la mitología greco-romana. Antes de formalizarse el aquelarre romántico, al que acuden presurosas la bruja escuálida montada en su escoba, y la doncella demoniaca, que es llevada desnuda y palpitante, á lomos del infernal macho cabrío, antes de que los picachos del Hartz y las mesetas del monte de los Gigantes se vean favorecidos por los espirítus íncubos y

súcubos, los devotos de Diana son arrebatados en las Cacerías Expiatorias ó fantásticas, no siendo extraño que mueran, como Acteón, despedazados por sus perros.

Las fiestas nocturnas de Eleusis, en las que Ceres busca á Proserpina á la luz de las antorchas, y las de Chipre, en las cuales Venus recorre los campos derramando lágrimas por la muerte de Adonis, son también componentes similares.

El sábado y la cacería expiatoria son la misma cosa, pues, tanto en Grecia como en Germania, conservan los mismos caractéres. Diana era llamada cazadora y rugidora, y las influencias ó lunas nuevas fueron siempre anunciadas por los sacerdotes en las encrucijadas de los caminos y sitios públicos con gritos y aullidos espantosos; saludando á la diosa de los muertos al salir de su terrible estancia.

Al pasar y mezclarse estas tradiciones con las del Norte, y tomar carta de naturaleza en el país de Odino y de Sooctéride, tomaron cierto color local, que dió por resultado la superstición que he notado. Las cacerías de Diana, que, como Holda, hubieran podido conducir al caballero Tanseheven al delicioso valle de Venus ó á las márgenes del Leteo, degeneraron en sábados espantosos; y cuando enmudeció el cuerno de la Diosa griega sonaron los aleteos de los vampiros, hormigas, arimaspes, grifones, grullas fantás-

ticas y demás avechuchos del romanticismo, mostrados á Fausto por la redoma de Homúnculus en los campos de Jarsalia.

Las costumbres del sábado ya organizado con todas sus ceremonias diabólicas y lascivas están referidas hasta la saciedad en todos los escritos demoniacos.

Las hechiceras, después de untar sus escuálidos cuerpos con un ungüento hecho de sustancias ácres y narcóticas, montan en escobas, se arropan con pieles de lobo y vuelan al sitio designado, al toque de ánimas. Por el camino lanzan el grito de placer y de batalla, el hurra diabólico del escándalo y de la rebelión, el pavoroso, ¡*abracax*, *abracax*, *abracax*! que retumba en las criptas y en los cementerios, y recuerda al campesino el grito de las grullas que pasan con la tormenta.

Cuando la corte llega, ya el diablo está arellanado en su trono de ébano cubierto de láminas de oro é incrustado de topácios y rubíes deslumbradores. Adornan su frente, que brilla como el sol esclipsado, cuernos pequeños y relucientes como los de la luna nueva; oscila su retina en la oscuridad asemejándose á la del gato, y los fuegos fátuos que han venido saltando por la selva le forman un nimbo fosfórico.

A veces, siéntase á su diestra la reina del sábado; la bruja nueva, marchita ya, pero joven todavía, coronada de nenúfares y haciendo ostentación de sus más ocultos en-

cantos á la luz de las hogueras y de las antorchas de resina. Dado el ósculo de amor por la elejida al Rey de la fiesta, que permanece inmóvil en el altar sentado sobre sus patas traseras, se verifica el acto de oir la misa infernal y de comulgar con hóstias negras; después se abre el banquete orgiástico y se aparecen los brujos y brujas, que danzan en gigantesca rueda rodeando á Satán y dándole la espalda según las prescripciones de su extraña etiqueta.

Al aquelarre han acudido también los niños; pero á la hora de los desórdenes y de los excesos, cada cual coge su sapo y va á pasearse á las orillas de los arroyos para dejar en libertad á la viciosa caterva. Los divertimientos de los adultos son variados hasta el extravío. Las brujas saltan por las hogueras con la impunidad de la salamandra; se divierten en destrozar reptiles y cuerpos muertos, ó galopan por la llanura como corceles desbocados.

Cuando el gallo canta, Satán desaparece, la bruja cubre su seno macerado, y el gnomo y el vampiro, se hunden en la tierra. Las hogueras se apagan poco á poco; callan las músicas y los hurras infernales, y toda aquella multitud se dispersa como bandada de cuervos que teme la proximidad del nuevo dia. Entonces se estremecen las aves de corral, y suenan en las chimeneas ruidos extraños; algunas brujas torpes, al descolgarse

por los cañones, hacen resonar, como campanas chinas, pucheros, asadores y cacerolas.

Entre las supersticiones que restan en nuestro pueblo, hay tantas reminiscencias de las neomemias y adomias como del sábado propiamente dicho. La prueba de este aserto salta á la vista en los restos de invocaciones diabólicas, que aún se conservan en forma de oraciones bajo el nombre de *la oración de la raiz, de los polvos arcanizadores, de la flor de la falaguera, de la galilea* y otros dictados extravagantes, recitándolos aún los gitanos, los zahoríes y los saludadores de nuestras campiñas.

En casi todas estas fórmulas, que, sin duda, ha variado mucho con el transcurso de los siglos, se invoca al demonio para que ayude al hechicero. He aquí dos de estas curiosidades de la ciencia oculta del pueblo, recogidas por el folk-lore.

Oración de la raiz: Anima recta y perfecta y puesta en buena compañia — nueva alma vos pido y nueve me teneis que dá — tres de hermosas doncellas — y tres del ajusticiao — y tres del ajorcao.—Estas nueve almas—las agarrarás — con la raiz de piera imán—para que yo pueda arcansá—y gozá—lo que sea é mi voluntá — Entro y consiento en er punto — que no sea creminá.

Oración de la Galilea: «Al mar hondo entré — y me encontré tres cabras negras—y fuí y las ordeñé — y les saqué tres quesos—y

fuí y los encomendé—uno para Satanás—y otro para Barrabás—y otro para Maria Padilla—para tené contenta á toa su cuadrilla.»

Entre estas invocaciones, hay algunas que no surten efecto si no se pregonan en una encrucijada, á las doce en punto de la noche y en sitio donde uno vea á todo el mundo y á uno no lo vea nadie. Para obtener resultado, es preciso, según la tradición popular, oir perros ladrando, gatos, maullando, hurras, gritos, alaridos, &. &. La analogía con el anuncio de las neonemias ó cacerías fantásticas de Delfos es tan patente, que no necesita demostración.

Decimos que la bruja andaluza se asemeja más á la adivina hebrea ó morisca, y basta examinar el tipo de la zahorí, variante de aquella, para comprender que la hechicera andaluza no presenta ese tinte de mónstruo horrible y asqueroso que caracteriza á las sacerdotisas del gran Diablo,

La zahorí es la nigromántica ó agorera vulgar de la Edad Media, *que vé todo lo oculto; ménos lo que está cubierto de paño azul ó bajo aforro de grana.* La bohemia, la gitana, es la verdadera zahorí, tipo alguna que otra vez delicado é ideal, como el de la Esmeralda de Victor Hugo. Ni chupa la sangre de los niños como la vieja vampiro, ni sacrifica á Molock víctimas sangrientas; consulta, sí, las estrellas; conoce las oscuridades del sino y del signo: tiene el zodiaco por clave de la

existencia terrenal, y no puede cambiar el destino de las personas, sino revelarlas los cambios y peripecias de su existencia. Suele echar los dados y las cartas, examinar las rayas de la mano y decir lo que llamamos la buena ventura; pero no alcanza su poder á enfrenar los malos espíritus ni á torcer la voluntad divina, expresada por el día en que vinimos al mundo, por el signo en que el sol entraba á la hora en que nuestra madre sintió las primeras angustias del parto, por las fases de la luna que presidía la primera noche de nuestra existencia terrena.

Conocen nuestros más íntimos pensamientos, hacen nuestro horóscopo; pero no alcanzan ni la mínima parte de lo que logran los polvos *arcausaores y venseores*. Así lo dice el cantar popular:

Si yo fuera zaforí,
Calara los pensamientos,
Supiera lo porvenir.

Hace pocos años encontré á una niña zahorí, en una de mis excursiones á los olivares andaluces. El aspecto de estas pobres gentes, que creen tener en su mano la llave de lo vedado, suele ser por demás melancólico é interesante. La zahorí á que me refiero, caminaba de molino en molino y vivía como Ruth, de los puñados de fruto que colectaba de finca en finca. Cogió mi mano, cla-

vó en mí sus ojos negros, que recordaban los de aquellas cantarinas árabes que decían versos en los naranjales de Sevilla y Córdoba, y me dijo la buena ventura, asegurándome que me casaría con una rubia, que tendría cinco chavales como cinco claveles, y que si el primer vástago era niña tendría una rosa en la mejilla izquierda. Preguntéle porqué poseía tantas gracias, y ella me dijo que porque había nacido bajo la protección del planeta Venus y llorado en el vientre de su madre.

Viendo que llevaba de la mano un pequeñuelo, que parecía un Amorcillo de bronce modelado por Benvenuto y fundido por Vinci, le dije que de quién era hijo aquél angelito y que dónde se hallaba su padre. Entonces se llenaron de lágrimas sus ojos; se cubrió un poco el seno, que dejaba ver más de lo justo el pañuelo con flores corazón de sandía que oprimía su talle, y exclamó, entregándose á sus dolores y olvidando mis futuras felicidades:

—¡Ay señorito de mi vida! hace tres años que no lo veo, y sabe Dios si lo volveré á ver!

—¿Pues tú no lo sabes todo?—repuse yo con cierto sonsonete mortificante.

—¡Ay señor, todo *menos lo que está tapado con paño azul*.... y ya vé usted como estoy rabiando de celos.....!

—Tienes antiparras en los ojos—dije yo,

terminando el concepto y poniendo en su mano una moneda de plata.

La zahorí se alejó de mí, secando su llanto y besando á su pequeñuelo, que, aunque iba desnudo y recibía en sus carnes el viento crudo de Diciembre, sonreía colgándose de la cintura de su madre.

No siempre suelen ser los zahoríes tipos de idilio. Hace pocos meses que apareció una en Portugós, provincia de Granada, con intenciones *non-sanctas* Dícese que varios vecinos de aquél pueblo querían saber en que número caería el premio gordo de la extracción próxima, y al efecto fueron á consultarla á un casucho deshabitado donde se rodeaba de aves de mal agüero. La zahorí les dijo que para saber tan gran secreto necesitaba de una cabra, de dos chotos y de las correspondientes invocaciones hechas en Lanjarón á la luz de dos velas de manteca de puerco. Los curiosos de Portugós, no solo le facilitaron todo esto, sino que además le dieron un jamón y varias vituallas, amén de una burra para que regresara de Lanjarón, sitio histórico adonde habría de hacer las invocaciones demoniacas. Como pasaba el tiempo y la zahorí llevaba trazas de no volver á sus dueños la burra y las vituallas, estos se consolaron, porque sin duda el unto de que se sirvieron fué más eficaz que el usado por la moderna hechicera.

En general, las brujas, zahoríes y hechi-

ceras, que sufrían en Andalucía grandes persecuciones, como en toda Europa, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, más que acusadas de hechos relacionados con los sábados y aquelarres, solían serlo por el concepto de herejía, judaismo é iluminismo. De ello dan fé los infinitos procesos que se informaron cuando la propaganda protestante y molinista se extendió por nuestras provincias, que aún estaban vivas en el Norte de España,

En el Archivo Municipal de Sevilla existe un curioso manuscrito perteneciente al siglo XVIII, en el que se demuestra que todavía en aquel tiempo se aplicaba con toda tranquilidad á los referidos sectarios la eficaz medicina del haz de leña, para curarlos radicalmente de sus extravíos y aberraciones.

La leyenda de Ashaverus

I

Desde los primeros tiempos surge en las grandes efemérides de la Historia una raza extraña y sin ventura, que pugna por mezclarse con las distintas nacionalidades que van apareciendo sobre la extensión habitada y que es rechazada por todas ellas, acaso por falta y perdurable egoismo.

Su labor penosa, lenta, pertinaz, asemé-jase á la de la hiedra, que lucha en vano por elevarse sobre los árboles que le sirven de escala; al llegar al tope, arrastrándose penosamente, se inclina sobre sí misma, y desciende falta de apoyo; es que cumple la ley de las parasitarias: no puede subir sin adherirse al alto ó al fuerte.

Esta raza, cuyo orígen es conocido de todos, porque su antigua progenie y su árbol

genealógico están consignados con nimia prolijidad en los textos bíblicos, es la raza hebrea: los descendientes de Jacob, que pastorearon en el Gocen; los que, bajo la vara de Moisés, pasaron el mar Rojo, bebieron el agua de la peña de Oreb, y recibieron del Sinaí las célebres tablas; los que vencieron á los amnanitas y lograron ocupar las tierras que Moisés divisó apenas desde la simbólica cumbre del Nevó antes de eclipsarse ante el pueblo. Desde los primeros momentos de la aparición de esta raza comienzan á determinarse en ella lineamentos particulares que la separan del resto del mundo, y antagonismos originarios que trazan ya en lo lejano su fin providencial; precisados á arrojar de sus hogares á las tribus filisteas antes de enseñorearse de aquella tierra y de levantar el trono de David, tienen que apurar las artes del engaño, que también supieron usar fenicios y cartagineses; y se acostumbran á mirar con malos ojos á cuantos no pertenecen al pueblo elegido.

De qué modo estas propensiones han labrado una interminable cadena al pueblo hebreo, y cómo le han ido arrojando de su seno los pueblos todos, desde la más remota antigüedad hasta nuestros dias, es lo que me propongo compaginar con el espíritu de la maravillosa leyenda de Ashaverus (El Judío Errante.)

La época del gran florecimiento del pue-

blo hebreo es la de supremacía de Jerusalem, la bella ciudad conquistada por David á los gebuseos. Su hijo Salomón la había dotado de cuantas bellezas podían desearse, y el famoso templo cuyas descripciones nos recuerdan las maravillas de los cuentos orientales, llamaba á sí á todos los pueblos comarcanos. Acaso hubiera podido conservarse la tradición mosaica sin el comercio necesario al desarrollo del pueblo hebreo; pero con el trato contínuo de gentes extrañas nacieron las idolatrías y las depredaciones. La hermosa tiria Athalia, mujer de Achat, llevó á la Judea el culto de Baal, y Mhyr Militta, y los profetas invocaron en vano á Jehovah para que derrumbase las columnas fálicas del Líbano y el altar de la amada de Adón. Ellos eran los primeros que le rendían culto impúdico y profano.

Dos espadas flamígeras vinieron á vengar á Jehovah de las idolatrías de los hebreos: Salmanazar, que puso término al reino de Israel y subyugó la Samaria, y Nabucodonosor, que arrasó á la pecadora Jerusalem y se llevó cautivos sus habitantes. A orillas de los rios donde impera la altiva Babilonia, *Super flumina Babylonis*, como dijo el salmista, colgáronse los sonoros salterios, que ahora gimieron en los sauces lanzando sonidos melancólicos.

Antes de las terribles represalias de Salmanazar, el pueblo hebreo había sido traido

y llevado por otros conquistadores, como manada de corderos; las tribus de Rhuben, Gaad y Manasech fueron conducidas á la Media, arrancándolas de las márgenes del Jordán y más de una vez se desolaron la mayor parte de las ciudades galileas.

Los libros de los rabinos españoles señalan la época de las victorias de Nabucodonosor, como la de la venida á España de la raza hebrea; uno de ellos, Isaac Acosta asegura que un príncipe de España, Hispan seguramente, ayudó á Nabucodonosor en sus *hercúleas* empresas, y que cuando Hispan volvió á sus dominios, trájose grandes colonias de hebreos que se establecieron en la Península. No está confirmada esta opinión ni otras similares que ruedan por las páginas de los libros hebreos y españoles; pero está demostrado por varios hebraistas modernos, que tales afirmaciones radican únicamente en un obscuro pasaje de Flavio Josefo, al cual se ha dado demasiada importancia.

No hemos de seguir nosotros á los doctos en estas hondas exploraciones, pues basta para nuestro propósito señalar la opinión más lógica y acomodada á la realidad de los hechos, y ésta es la que expone el moderno y malogrado historiador don José Amador de los Rios, asegurando que la venida de los hebreos á España fué un hecho puramente comercial, y que éstos, siguiendo las huellas de los fenicios, trajeron

sus naves á los puertos de la Társis española.

En efecto, las afinidades de raza y de localidad que existían entre fenicios y hebreos, el genio comercial que era común en ellos y la resonancia de sus excursiones al famoso jardín de las Hespérides, en donde nacían las manzanas de oro, es indudable que indujo á los descendientes de Jacob á visitar nuestras costas y á utilizar los grandes elementos que nuestras ricas minas y nuestras feraces campiñas, tan semejantes á las suyas en las estaciones estivales, podían proporcionarles. Un pueblo tan utilitario y amigo de negocios, tan dado al cambio y al tráfico, no podía dejar de imitar al fenicio y al cartaginés, que siempre tuvo tan cerca. No van, pués, descaminados los que creen que Salomón estuvo en España y dejó en ella colonias hebreas para que llenasen las flotas que iban de Tarsis á Tiro cargadas de riquísimos productos: antes bien, es muy lógico suponerlo, supuesto que sirios y tirios son en la Iberia primeros pobladores.

Táchase á los hebreos, por algunos escritores, de refractarios á las letras y á las bellas artes, y de ignorantes en todo aquello que no se relaciona con la usura y con la codicia; y aunque en esto no les falta razón, no puede afirmarse que hayan dejado de contribuir al progreso de estas y de aquellas. Aunque no hubieran cumplido otra misión

que la que cumple el usurero y el traficante, no se puede negar que ellos, al exparcirse por todo el mundo conocido en virtud de su existencia nómada é inestable, llevaron de una parte á otra los conocimientos que adquirieron, é implantaron en varias localidades formas y adelantos que, como la letra de cambio y los estudios físico-químicos, habían de prevalecer más tarde. La ley mosáica, prohibiendo las representaciones humanas y los engrandecimientos y comodidades de la tierra, los separó, es verdad, de las obras plásticas, no concediéndoles arte propio y haciendo que en sus templos y sus moradas se sirvieran de los elementos extraños; mas no porque la raza hebrea fuese miserable, hemos de creer que aquellos sabios cortesanos que como Don Cag de la Malhea, Aben Hannoch, Hasdai y tantos otros, que habitaron los palacios de los califas y de los reyes, habían de carecer de la noción de lo bello, desconociendo el valor artístico de las joyas y preseas en que comerciaron, y de las vajillas, adornos y primorosas telas de que estaban henchidos hasta los cuchitriles de los prenderos más modestos. En cuanto á la música y la poesía, basta recordar sus salmos y lamentaciones, para comprender que habían llegado á un extremo de cultura estética por demás envidiable; si la arquitectura y la pintura les estuvieron vedadas, débese, como hemos apuntado, á las doctrinas bí-

blicas y talmúdicas, que se lo prohibieron expresamente.

En los nefastos días del imperio de Tito vió la raza hebrea caer de nuevo sus glorias á los piés de los caballos de sus numerosos enemigos; las huestes romanas triunfaban á la vez en Jerusalem, Palestina y Siria. Las hermosas hijas de Sion caían rendidas y exánimes entre los robustos brazos de los legionarios, y la trompeta fatal del Apocalipsis retumbaba de modo lúgubre en los valles llenos de flores del Jordán y hacía conmover hasta en sus raíces los robustos cedros del Líbano. Adriano, siguiendo el ejemplo de su padre, los desterraba de Jerusalem, y aquella raza, mil veces cautiva y aherrojada, sacudía el polvo de sus sandalias por centésima vez lejos de su patria.

La esmeralda simbólica del templo de Adonis volvió á brillar expléndidamente; volvieron á encenderse en la misma cumbre del Gólgota las profanas antorchas del paganismo, y en los orgullosos muros de la ciudad deicida se mandó elevar, por escarnio y burla, un colosal cerdo de mármol.

Volaron para siempre las esperanzas proféticas del suspirado reino de David, y, como las manadas de corderos de Gaad acosados por el lobo, la grey judía se esparció temerosa por todos los pueblos; volviendo los de la tribu de Judá sus ojos á España, á la cual le unieron siempre las tradiciones de sus mayores.

Cuantos se ocupan de la venida de los judíos en esta época, citan los cánones del Concilio Iliberitano, en los que se consigna el hecho de un modo indudable; y tan importante y numerosa hubo de ser la incesante invasión, que ya los Padres de Ilibéris, alarmados por ella, comenzaron á preparar la campaña que habían de llevar al más increible extremo los Ojedas, los Deza, los Cisneros y los Torquemadas.

Antes de la celebración del Concilio, las relaciones entre judíos y españoles eran tan suaves que permitían á estos una vida tranquila y reposada; la benevolencia de los procónsules, que solían guardar sus dádivas á manos llenas, hacían fáciles ciertas alianzas entre iberos y hebreos, y éstos, guardando sus leyes religiosas, usaban también cierta lenidad, no siendo extrañas aquellas alianzas que después reprobaron los Padres en los cánones iliberitanos.

Largo tiempo de paz gozaron, sin embargo, los hebreos durante el interregno que medió hasta la venida de los bárbaros; los cánones previsores no se pusieron en vigor sino en cuanto tocaban á los adeptos al cristianismo, y los terribles presagios de separación y persecución que habían de desarrollarse en toda su trascendental plenitud con los Reyes Católicos, fueron solo vagas sombras que se arrebujaban á lo lejos.

Con el advenimiento de las razas del

Norte llegó un nuevo período de recomposición é innovación, que favoreció el arrianismo. Los visigodos dejaban llegar á los judíos á nuestras costas trayendo los productos en que habitualmente negociaban, porque los consideraban elementos propicios al Estado; y como para ellos el cristianismo fué un enemigo más que un aliado hasta la celebración del Concilio Toledano, los hebreos adquirieron en este lapso de tiempo notable importancia, llegando á ocupar puestos públicos al lado de los reyes anteriores á Recaredo, á tener esclavos católicos y á enlazarse con familias arrianas.

A partir de este reinado, empieza á sentirse de nuevo la influencia de los Concilios apoyados por los reyes del período ya verdaderamente cristiano; la ley de Recaredo y las disposiciones de sus sucesores, entre los que descuella Sisebuto, limitan los derechos de los judíos españoles poco á poco, oprimiéndolos con cíngulo de hierro, y trata de expulsarlos de su seno; pero, acogiéndose los hebreos á la tabla salvadora de la conversión, y habiendo muerto Sisebuto poco después de dado el célebre edicto, vuelven pronto á las andadas.

El débil y caprichoso Witiza marcó más la protección á la raza hebrea, por lo mismo que sus antepasados la habían postergado; tuvo en ellos los pagadores de sus vicios y liviandades, y levantándoles legalmente por

medío de un Concilio las prohibiciones de Wamba, volvieron las promiscuidades de raza y las anheladas libertades. Sin embargo, ya sonaban á lo lejos los lelíes africanos. Tarif con sus leones del desierto, hacía su entrada triunfal en España, y la raza hebrea vió, con su perspicacia de eterno esclavo, que tenía que cambiar de señores.

La rapidez de las conquistas de Muza y Tarif espantaron á aquel rebaño asustadizo, en el cual la utilidad propia era lo primero, y desconociendo la hospitalidad que España les había generosamente dispensado, se pusieron al lado de las huestes de Mahoma. A ellos debieron los árabes la toma de muchas ciudades, y á tal punto llegaron sus complacencias, que más de una vez sirvieron de refuerzo, en pueblos como Ecija y Estepa, á las tropas musulmanas, tomando las armas contra sus mismos convecinos, y engrosando los retenes que dejaban tras sí los conquistadores en las ciudades de que hacían presa.

En esta época llegan también á España, según afirma Amador de los Rios, los judíos africanos.

II

Como hemos podido ver por estos ligeros datos históricos, los hebreos, después de haber procurado en vano agruparse en las tie-

rras de Asia, cerca de aquellos valles históricos, al calor de aquel sol que había dejado caer sus ardientes rayos sobre los alcázares de Salomón y sobre las maravillas del gran templo, habían sido barridos como secas aristas por el viento de los imperios extraños, y se adherían como parásitos á las razas dominadoras.

La leyenda, recogiendo las amarguras de sus cautiverios, de sus desventuras y de sus expulsiones, amontonó en un extraño personaje simbólico todas sus miserias, y cargó sobre el tal la maldición y el desprecio de sus enemigos, como si el pueblo de Judá no pudiera soportarlos colectivamente. A semejanza de aquel macho cabrío de los sacrificios sobre el cual depositaba la tribu elegida sus pecados y abominaciones, el errante Ashaverus, el perpétuo viajero, recibió pacientemente en su alforja las pravedades de la raza hebrea y las paseó sin cesar por toda la redondez de la tierra.

Un prelado alemán de la Edad Media, el obispo Glosovick, es el primero que nos trasmite la historia de Ashaverus, contada por uno de los que le acompañaron en su excursión á Eder. Hamerling, en su notable poema Nerón y y Ashaverus, hace lagunas insignificantes variantes, pero siempre queda el relato que recogió Pompeyo Gener en su curioso libro *La Mort et le Diable*, publicado en París recientemente.

Ashaverus habitaba en Jerusalém en la época en que se desarrollaba allí el terrible drama de la Pasión y muerte de Jesucristo, y pertenecía al pueblo bajo de Judea y al gremio de zapatero. Vivía en compañía de su mujer y su hija en una de las calles por donde había de pasar Jesús para subir al Calvario; y en aquel dia nefasto y triste en que la multitud desalmada y gritadora seguía ávida de sangre á los que iban á ser crucificados, asomóse á su puerta para ver pasar el cortejo, teniendo en brazos á su pequeñuelo, al que señalaba con delicia el terrible cuadro que formaban los sayones que fustigaban á las víctimas y los vistosos atalajes de los centuriones romanos.

Jesús, transído de dolor y agobiado por el peso del madero, que ya no podía soportar sobre sus hombros, sintióse vacilar al llegar á la puerta del judío, y quiso apoyar en el umbral su mano débil y macerada; pero éste, cogiéndole bruscamente por un brazo, le arrojó lejos de sí diciéndole:

—¡No manches el umbral de mí puerta, y anda, que está ya cerca el Calvario!.....

—¡Yo llegaré pronto, pero tú caminarás eternamente! – le contestó el Señor recobrando su pesada cruz y fijando en el hebreo sus divinos ojos, que brillaban como el sol próximo á eclipsarse,—¡tu andarás, y andarás sin tregua!....

Siguió avanzando el terrible cortejo por

la calle de las Congojas ,y resonó por undécima vez el pregón del faraute y el gemido de su trompeta. El judío sintió que una fuerza superior le abría los nervudos brazos, de los que se deslizaba su hijo, y obedeciendo á secreto impulso, se vió arrastrado con los últimos grupos que seguían á aquella procesión de muerte. Su esposa le tendió los brazos en vano; el mandato de Jesús se cumplia; Joseph había empezado su eterna peregrinación.

Resistiéndose en vano, y como aguja solicitada por el imán, llegó á las escuetas rocas del Calvario donde presenció á su pesar la agonía del hijo de María: su hombro iba adosado al hombro del verdugo que llevaba los clavos, y llegó con él, mal de su grado, hasta el pié mismo del madero. Entonces le fué revelado donde estaba la sepultura del primer Hombre, y vió con asombro que los sayones que rompieron las piernas del bueno y del mal ladrón, como rezan las Escrituras, no quebrantaron á Jesús ni un solo hueso.

Espiró Jesús: era la hora de sexta, y, como dice San Mateo, la tierra se cubrió de tinieblas y el monte tembló y se partieron las piedras. Entonces Ashaverus se sintió lanzado por la pendiente del Gólgota como alud que baja de la altura, y vió por fin á Jerusalem á la luz del relámpago, pero no pudo detenerse ni aun para apretar las correas de sus sandalias.

Durante esta primera marcha el cielo, parece desplomarse sobre su cabeza y la tierra abrirse bajo sus pasos; en vano vuelve los ojos á su hogar abandonado; una tromba le empuja por la espalda; el granizo azota su rostro y le hace mirar siempre hacia adelante; Jerusalem huye de él, y el huracan dice zumbando en su oído: «¡Anda! ¡anda! ¡anda!.....»

Al pasar el Jordán, un anciano apóstol le detiene para que tome el agua del bautismo, y Ashaverus, que ha conocido ya su gran pecado, deja que caiga sobre su cabeza, quebrantada por la piedra del cielo, aquel rocío refrescante: ¡vano remedio!; siente de nuevo el impulso de su destino, y sigue su ruta dejando atrás las campiñas de la Judea. ¿Dónde irá? ¿Quién lo sabe?

Después de vagar muchas semanas por páramos, selvas y arenales, puede volver sobre sus pasos y llegar de nuevo á Jerusalem, que incendian á la sazón las legiones romanas. Al pasar por la calle en que moraba, ve una casa que arde y se desploma, y oye lastimosos plañidos. Son los de su hijo, que muere entre las llamas. Bien hubiera dado la vida por salvarlo, pero no puede detenerse; pronto se encuentra fuera de la ciudad, que se derrumba: las tajantes espadas de los sitiadores no han podido herir su cuerpo, ni el incendio lamer su carne incombustible. ¡Vive! ¡Alienta! ¡Anda!

Llega á Roma el mismo dia en que las huestes de Alarico la entran á saco. Los templos ruedan; las termas y los palacios caen sobre sus mismos dueños, y los que escapan del siniestro mueren bajo las clavas y las mazas terribles de los bárbaros; allí están las hermosas vestales con sus senos de vírgen abiertos por la pezuña de los corceles y las blancas vestiduras salpicadas de sangre: Ashaverus se entra en lo más recio del combate, lucha con aquellos hercúleos hijos de las estepas, y sale ileso de tal maremagnum de horrores. ¡Vive! ¡Alienta! ¡Anda!.....

Desesperado al ver que nada le detiene, sigue su marcha por Italia con el intento de arrojarse en Caribdis, el horrible abismo del mar de Scila: allí encontrará de seguro la muerte. Ya mira á sus pies las olas alborotadas, los negros peñascos parecen torsos de titán roídos por las bocas de leones de agua En el fondo mugen las espumas como un tropel de harpías que aguardan la presa. Ashaverus, solicitado por el abismo, se asoma sobre las tinieblas azules y rueda al fondo pesadamente; pero las espumas le tejen blanda cuna y le colocan cuidadosas sobre la playa cercana. ¡Aun alienta, y vive y anda!

Ansioso de probar otras catástrofes, vá á Francia, donde los aborígenes pelean con los invasores, y á la Germania, donde la guerra incendia los bosques druídicos: sin embargo; ni la flecha ni el róble ardiendo, en

cuyo tronco se reclina para calzarse el zapato, le hieren ni le consumen. Cierto dia quiso probar los ímpetus del volcán, y se arrojó, como Plinio, al Vesubio; las entrañas de la tierra tuvieron horror de él, y el irritado cráter lo escupió de nuevo al espacio en uno de sus gigantes vómitos de lava.

También vino á España Ashaverus durante la invasión de los árabes. Deseando probar su fé cristiana, se propuso alcanzar el cielo cayendo al golpe de los alfanges y las moriscas cimitarras: mas..... afán inútil: el mismo Almanzor no pudo guardar las cenizas del hebreo con el polvo de sus batallas; el ángel de la victoria, blandiendo su simbólica espada ó su antorcha asoladora, no hubiera tocado al pelo de la túnica de Ashaverus.

Las hachas de armas se rompían en su cuello: las jabalinas entraban y salían por su cuerpo como sale y entra la luna por la enrramada: la llama se impacientaba lamiendo inútilmente su costado, y el agua, ya lo hemos visto, le arrullaba en sus brazos, como arrulló á Moisés entre los juncos.

El último canto del poema de Hamerling describe estos gigantes esfuerzos de Ashaverus de un modo notable.

Ashaverus dice á Nerón: «Yo soy el primogénito de los que no han nacido, y en el polvo de mis zapatos llevo el polvo de las generaciones.

«Soy salamandra en el fuego, corcho en el agua, diamante en el polvo, ala en el aire y eterno peregrino en el humano sendero.

«Me respeta el reptil venenoso, el insecto no me pica, y las bestias feroces que desgarran y devoran á los demás hombres, no me hacen daño; por eso pregunté á mis amigos los leones de la selva de Hirania; «¿Dónde voy?»

«Y los leones me dijeron: «Vete al país de las serpientes que tienen fauces bilingües y venenosas: á ellas les sabrá mejor!....»

«Fuí donde estaban las serpientes, y retorciéndose afablemente, me dijeron: ¡«Vete con las águilas, que tú no eres nuestro enemigo!»

«Subí á las peladas rocas donde anida el águila fuerte, y ésta me llevó consigo hasta el trono del Sol, desde donde me dejó caer en el valle del Etna, sin hacerme el menor daño.»

«Se iban y venían los dioses de Roma, y Ashaverus continuaba aun su peregrinación.»

III

Reanudando el hilo de nuestra ligera reseña histórica, diremos que los judíos españoles llegaron en la época del Califato y de

los reyes de Taifa á la cumbre del poder en los estados andaluces.

En efecto, la raza judía, trabajadora por naturaleza, encerrada en sí misma como el gusano de seda en su capullo, labraba su porvenír y se sobreponía lentamente á los cristianos y mozárabes. La ayuda que habían prestado á los mahometanos en los asomos de la conquista, les hizo recabar de ellos privilegios repetidos, y pudieron vivir tranquilos en sus casas cumpliendo sus ritos religiosos, sosteniendo sus sinagogas y acopiando en sus tiendas el dinero de todos.

El reinado de Abderramán y la supremacía de Córdoba puso el colmo á la prosperidad judáica: el comercio de esclavos se les cedió á ellos, y las rentas del Estado pasaron á sus manos; poco tiempo después ocurría lo propio con nuestros reyes; Don Alonso el Sabio y don Pedro de Castilla se servían de ellos para manejar las rentas reales.

Las brillantes dotes del consejero de Abderramán III, el rabbi Abu Joseph Aben Hosdai, abrieron el camino á otras muchas ilustraciones hebreas que tuvieron francas las puertas de Córdoba: Aben Hanoch, Aben Sarup, Abu-Zacarías, Aben-David y otros muchos, ganaron los primeros puestos. Aben-Gan, dice Amador de los Rios reseñando los méritos de esta notable pléyade cordobesa, «*alcanzó de Almanzar, árbitro de los destinos de la España árabe, el privilegio de apa-*

recer en público con una escolta de honor.»

La reconquista no fué ménos benévola con los hebreos, como ya hemos indicado. Los *fueros* y *cartas pueblos* concedían á éstos derechos y privilegios que les permitieron hasta tener ciudades propias; y si en Córdoba y en Granada brillaron los Honrah y los Hasdai, en la capital del Principado alcanzaron los Barkelmi, los Barzilai, los Higah y los Aben-Samuel fama y altos puestos al lado de los Condes soberanos.

Las preeminencias de los hebreos en Sevilla durante el Emirato fueron tantas, que acaso influyeron en el ánimo de Alfonso el Sabio para tratarlos con relativa benevolencia. En efecto, conocidas las aficiones de este Monarca, y sus tendencias al estudio de las ciencias ocultas, que los hebreos cultivaban exclusivamente, no tienen nada de extrañas las íntimas relaciones que entabló con ellos.

En cuanto á Al-Motamid, su afición decidida por las eminencias hebreas se revela en las gestiones que hizo para llevar á Sevilla al célebre granadino Aben-Albulia, excelente médico y astrónomo, y á los doctos rabbíes Aben-Misgal, Aben León, Aben-Escapha, Aben Moschia y otros muchos que levantaron á la reina del Betis á la categoría de metrópoli de las ciencias y letras hebreas.

Tarea interminable sería la de seguir po-

co á poco á la raza israelita en estas manifestaciones de vitalidad y fuerza á través de los siglos posteriores, hasta llegar á la época de la expulsión general ordenada por el célebre edicto de los Reyes Católicos. Los historiadores árabes y castellanos no pueden menos de confesar que hasta esa terrible época de dispersión y matanza, los hebreos fueron en España un elemento indispensable, y que á ellos se debió el poderoso auge en que nuestras industrias suntuarias estuvieron y las preciosidades de indumentaria que avaloran aquellos siglos medios, tan injustamente calificados por algunos de groseros y de torpes. Las juderías de Valencia, de Palma de Mallorca, de Toledo, de Granada, de Córdoba y de Sevilla surtían de telas preciosas, de objetos raros, de sedas, brocados, armas, vasos de arcilla, oro y plata, adornos y utensilios de todas clases á la España árabe y cristiana, y más de una vez las leyes y disposiciones de los soberanos tuvieron que atajar la fiebre de lujo que devoraba á los andaluces y prohibir la confección de las costosas manufacturas hebreas y mudéjares, cuyo escandaloso uso iba siendo la causa de la ruina de la nobleza.

Pero esta misma supremacía alcanzada por los hijos de Judá, fue la causa de su perdición y de su ruina. Exasperados los cristianos y mozárabes de las preeminencias concedidas por los grandes y los reyes á la gen-

te hebrea, empezaron á calumniarla y á señalar en alta voz sus codicias, sus crímenes y sus prácticas profanas. Más de una vez se amotinaron y entraron á saco, á pesar de las tropas reales, sus alhamías y moradas, y basta esta sola indicación para que vengan á nuestra memoria las terribles hecatombes de Toledo, Granada y Sevilla. Sus hombres más importantes contribuían también á socavar el antiguo prestigio, pues, encariñados con las prósperas fortunas que hallaban en los palacios de sus amos, no se curaban de los suyos y los agobiaban de impuestos para llenar las arcas reales. Algunos pagaron caras estas falsías y llevaron mal cobro de los mismos á quienes sirvieron. Don Cag de la Malecha, arrendador de las cuantiosas rentas de la corona de Alfonso X, y que cargó á sus hermanos de terribles y onerosos tributos, habiendo facilitado al príncipe don Sancho, rebelado contra su padre, algunas cantidades del tesoro del sabio Rey, purgó su delito confiscándosele sus cuantiosos tienes y haciéndole arrastrar, metido en un serón, por las turbas mozárabes y cristianas, desde el convento de San Francisco de Sevilla hasta la puerta de la ciudad, por donde entraba de vuelta de sus campañas de Granada el levantisco don Sancho.

Todo esto no lava la culpa de nuestros monarcas católicos al exterminar despiadadamente á aquellos desdichados siervos inca-

paces de morder la diestra de sus amos. Los odios religiosos, los empeños inquisitoriales, lograron dar al traste con ellos en los asomos del Renamiciento con visible merma de la prosperidad de nuestra industría y de nuestro comercio; y sin embargo, teníase que saldar con aquella raza una deuda sagrada. Ellos ayudaron á los Garcilasos y Pulgares á cerrar el ciclo heróico de las conquistas católicas con la toma de la más hermosa y más rica de las poblaciones mahometanas.

Sus riquezas, vaciadas á manos llenas en Santa Fé y ante los muros de Cartama y Loja, contribuyeron en mucha parte al éxito de aquella magnífica campaña, y los ofrecimientos hechos por los Reyes tenían bases sólidas y razones bien pesadas; sin embargo, la fatalidad pudo más que los servicios y los buenos propósitos de la raza hebrea; y el edicto de 1492, desconociendo tan grandes sacrificios, se propuso barrerlos del suelo conquistado, para que continuase la tradición bíblica, para que el pueblo maldito no pudiese alcanzar nunca el fruto de sus usuras y de sus humillaciones.

El ejemplo de Isabel y Fernando fué seguido en breve en toda la Península; los hebreos, despojados de sus bienes, espoleados por la Inquisición y apremiados por el fisco, se vieron pronto en la necesidad de ceder sus tiendas y predios, abandonar sus tem-

plos y sus hogares, y prepararse para la eterna peregrinación. El breve plazo dado por ley tan sin entrañas, les hizo malbaratar sus haciendas, hasta el punto increible de dar una huerta por una mula y una casa por un asno; les fué prohibido llevar consigo el oro y la plata acuñada, y entregándose á los mares y á las selvas, cayeron unos en poder de los piratas, otros en manos de los bandidos de Fez, y los más arribaron á costas inhospitalarias donde fueron sus hijas vendidas como hermosa carne en los mercados de esclavos, y sus primogénitos entregados á la más triste esclavitud.

Contrista el ánimo y oprime el corazón el relato de aquella expoliación llevada á cabo en los primeros dias del mes de Agosto casi simultáneamente. Los desdichados hebreos salían de España montados en carros, y en acémilas, rodeados de sus familias, tristes, lanzando sollozos y gritos ahogados. Las madres apretaban á sus pequeñuelos contra el corazón, y los ancianos volvían la faz llorosa hacía los barrios solitarios: *unos muriendo y otros naciendo* adelantaban penosamente por las trochas y veredas: «Los rabíes, dice un cronista de los Reyes Católicos, les iban esforzando é facían cantar á las mugeres é mancebas é tañer panderos é adufes para alegrar á las gentes.»

A cuatrocientos cuarenta mil ascendian, según algunos cronistas, los que salieron en

esta época: número insignificante si contamos las diferentes expoliaciones.

La leyenda de Ashaverus se cumplía, por lo tanto, fatalmente; el hebreo no podía anidar en ninguna parte; y falto siempre de pueblo y de hogar, estaba condenado á la peregrinación inacabable. A contar desde aquella fecha sigue el *Judío Errante* luchando con su condición nómada y buscando en vano la tierra prometida.

En nuestros días presenciamos todavía la terrible lucha de Ashaverus. Recientes son las sangrientas persecuciones sufridas por la raza hebrea en los nuevos Estados modernos; y á pesar de esto, la gran república norte americana cuenta con una población judía compuesta de 230.984 habitantes. En Nueva York había, según modernas estadísticas, hace poco 60.000 judíos; en San Francisco, 16.000; en Chicago, 13.000; en Baltimore, 10.000. Contábanse 278 sinagogas con 12.556 miembros, y asistían á las escuelas hebreas 12.886 niños de ambos sexos.

Los émulos de aquellos ricos hebreos que compartían la mesa de nuestros reyes, se ven hoy también en las altas sociedades ostentando lujosos trenes y acaparando en sus cajas sociales rendimientos tan grandes como los cuentas de maravedises que contaron sus abuelos.

La leyenda de Ashaverus, es, como vemos, un extraño símbolo que se perpétua

hasta nuestros dias. Los hebreos de ogaño, como los de antaño, no olvidan la promesa talhmúdica y siguen buscando con afán el reino prometido, a pesar de encontrar siempre ante sus pasos la sima del odio europeo.

Hace poco tiempo falleció en Tanger, á avanzada edad, el Dr. Moses Isaac Nabon, caballero de la orden de la Corona de Italia.

El Dr. Isaac fué con Sir Moses Montefiori á la corte marroquí con objeto de tratar con el Emperador actual de la situación de los hebreos, recabando del Monarca algunas concesiones á favor de sus hermanos. El periódico que daba esta noticia, añadía por su cuenta; «*El Sr. Nabon estaba dotado de excelentes prendas, descollando entre ellas la virtud de la caridad, la que ejercia con prodigalidad, siendo, por lo tanto, sumamente respetado y apreciado no solamente en aquella localidad sino en esta plaza, donde la noticia de su fallecimiento ha causado profundo sentimiento.*»

Esto prueba que los descendientes de los Hannoh y Hasdai velan aún por sus hermanos y acarician aquel sueño, que no se realizará, porque Ashaverus vaga todavía sin descanso por la tierra, y los Rothschil, los Salomons y otras dinastías y altas entidades, imitando á los poderosos de la decadencia hebrea, se han resignado á tener el ideal del poder en sus propias fortunas, y á custodiar en los famosos Bancos europeos los restos del Arca de la Alianza.

Tres Cuadros Naturalistas

I

El deseo de erigirse en pontífice de escuelas literarias, de elevarse sobre los demás, de dictar leyes y de imponer gustos, ha llevado á muchas eminencias á tan enrarecidas atmósferas, que en ellas han respirado con dificultad, y sus seguidores se han asfixíado, sin ganar el difícil Tabor de sus maestros.

Racine y sus discípulos fatigaron al cabo á los espectadores, extremando los moldes clásicos; Góngora y los suyos involucraron la rica habla castellana, hasta el punto de hacer nacer la cultalatiniparla. y Gœthe y Byron hicieron uua colonia de plañideras desesperadas de los poetas y noveladores de su tiempo.

Algo semejante acontece hoy en lo que á la literatura naturalista se refiere; y es preciso no entregarse á lamentables extremos.

La tendencia naturalista, como la clásica y la romántica, puede traer, erigida en intransigente sistema, una decadencia tanto más sensible cuanto que habrá de estar en razón directa con los fines fatalistas y sensuales que forman su carácter distintivo en la actual etapa, notándose ya su huella, gráfica, sí, pero dura y grosera á la vez, hasta en los dominios de las musas.

Y no es éste, por cierto, temeroso augurio de almanaque romántico. El que estas líneas escribe tiene el convencimiento de que el naturalismo, como realidad, no está reñido con la estética sana y aprovechable; sabe que puede llegar á ser su medio auxiliar más seguro; cree, en fin, que, aplicado sin el exclusivismo de escuela, dará sazonados frutos y servirá de compás y ménsula á nuestros artistas y escritores.

Mas no por esto he de creer, con los discípulos de Zola, que toda la realidad está en la bestia humana, en el medio, en el hecho, en lo que se pudre ó palpita. Otras realidades hay que no pueden negarse fácilmente; por ejemplo, el receptor de esas mismas realidades, la máquina pensante, que las devuelve tal cual las vió; la personalidad del artista que siempre pone algo de sí y que hace que las obras de arte se distingan unas de otras; tomen el sello de fábrica, si se me permite la frase.

Y esto no puede negarse buscando cier-

tas argucias. Si bastaran para reproducir la realidad con el cincel, con la paleta ó con la pluma los esfuerzos de la voluntad y los medos mecánicos, todos podrían ser Fidias y Apeles; pero, aun hay más: los estilos y las maneras se confundirían de tal modo, que no podríamos distinguir un Murillo de un Tiziano, ni un Quevedo de un Cervantes: Canova y Vinci serían hermanos gemelos, y con un escultor, un pintor, un músico y un poeta podríamos pasar holgadamente cada siglo: No habrá quien me niegue que habiendo un fotógrafo y cristales y días de trabajo, sobran todos los demás artistas que nos dán la realidad en planchas sobre la superficie de la tierra. Haría, pues, Zola gran favor á las letras si lograra con su siete volúmenes de preceptiva naturalista fabricar cámaras oscuras cerebrales para novelar fotográficamente, vendiendo las copias á peseta. Por el contrario; si convenimos en que la realidad, pasando á través de la personalidad y exteriorizándose de nuevo, nos trae siempre algo del observador, comprenderemos sin esfuerzo por qué una madonna de Rafael no se parece á una Concepción de Murillo; qué razón hay para que Byron y Heine, poetas escépticos, canten de modo tan diferente, y en qué consiste el que Zola y Dickens no se confundan jamás, á pesar de sus patentes afinidades.

Hacen notar algunos críticos que Zola

dicta preceptos y los olvida fácilmente. Y no trataré de poner de relieve estas circunstancias del autor de *Nana*; pero sí afirmaré que, cuando lo hace, es porque considera indispensable el pecado. En tales casos Zola se impone á Zola, ó lo que es lo mismo, el intérprete de la realidad incuba sus ideas propias é idealiza sus propias visiones.

Justamente por los novillos y escapatorias que suele hacer de su propia escuela desespera á sus imitadores. Sin lo que hay de Zola en sus obras, que es su poderosa personalidad y su manera de ver genial ó intensa éstas pasarian inadvertidas, porque más de una vez hemos visto copiada la realidad con frase grosera y fidelidad fotográfica y nos hemos quedado tan frescos.

Esto es lo que lo distingue de los Goncourt, Flaubert, Daudet y otros escritores franceses. Ver lo grande en lo pequeño, lo bello en lo feo, el todo en el detalle, es un género de idealismo inverso, cuyo secreto posee el sol. Victor Hugo agiganta la realidad sirviéndose de la imágen y de la hipérbole, y mostrándola casi siempre enteras, de un solo brochazo; Zola la pulveriza primero en su yunque, y después esponja las partículas, sirviéndola al lector en abundosa y picante ensalada.

El antagonismo que siempre existió entre ambos escritores palpita aun en sus obras. En la vida social se esculpió también

con estas frases encomiásticas, dirijidas por uno de los más celebrados periódicos franceses al gran poeta, al describir un suntuoso banquete dado en su honor: Nada faltaba allí ¡ni aun la ausencia de Zola!

El aliciente de su pretendida novedad ha dado muchos prosélitos á la escuela del *Pot-Bouille*. Fundada, al parecer, sobre la novísima teoría evolucionista, créese que corresponde exactamente á una revolución gigantesca del arte y de las letras, que hay que poner de relieve en lo que á nuestra patria toca.

Sus últimas obras, y en especial *L'Argent* han logrado ya explanar casi todo su sistema.

Antes de que Francia soñara en escribir obras naturalistas, España poseía la novela realista ó naturalista por excelencia, cuyas condiciones estéticas fueron la desesperación de los de la ralea de Lesage.

La realidad, vista en ellas plenamente, trasladada al papel con ese gracioso desenfado de los Cervantes, Quevedos, Velez y Hurtados de Mendoza, espeluznaba, punzaba ó hacia retozar la risa; el lenguaje enriquecido con geniales modismos, apropiados epitetos y picantes dicharachos, brotaba fácil y expontáneo, ora como erupto de bodegonero, ora como aliento de rosa: el pícaro Guzman de Alfarache punzando el tocino; el licenciado Cabra sacándolo de la olla; Rinco-

nete y Cortadillo llenando la espuerta ó cortando antiparas, pertenecen al árbol genealógico de los Rougon Macquart, que hoy no recuerdan á sus ascendientes.

Esto, que no lo desconocen muchos admiradores del escritor francés, quiere desvirtuarse dando á la escuela naturalista actual trascendencia desmesurada: Zola, dicen sus amigos, es, como Claudio Bernard, un sacerdote de la ciencia moderna, de esa ciencia experimental que empieza en el laboratorio y acaba en el anfiteatro ó en el pudridero; el ciclo de los Rougon es el ciclo humano sin velos ni nebulosidades; las trascendencias de la escuela de Zola se reflejarán en la religión del porvenir, religión de lo inconsciente, cuyos templos, sin altares ni hornacinas, tendrán por libros de coro las obras de Hartmann, Darwin y Hæckel, y por canto llano *Les Nevroses* de Maurice Rollinat, el poeta de las horizontales y de las vendedoras de queso. ¿Qué más? Zola, penetrando en el seno de la vida real, paseando en el interior del cuerpo humano con el auxilio del megalóscopo, pondrá de manifiesto los verdaderos móviles que impulsan la voluntad y promueven el hecho implacable y sin entrañas; hará con el organismo social lo que Pasteur, Koch y Ferran con el organismo humano: le inoculará su propio virus para preservarlo de la epidemia heredada.

Se engañan, sin embargo, los que profe-

tizan tales cosas, si atendemos á lo que de las obras de Zola se desprende.

Si bien es verdad que hay en las producciones del pontífice del naturalismo francés un vicio de orígen señalado por todos los que han manoseado este asunto, y que consiste en suponer que todos los personajes de sus fábulas ó de sus historias traen ya en su organismo el vicio de una herencia desdichada, no es este motivo para suponer que su especial manera pueda adosarse exclusivamente al edificio de la evolución darwiniana.

Los idealistas, como los materialistas, han necesitado, para explicarse la lucha terrena, de un elemento de destrucción y ruina, de una deficiencia original más ó ménos acentuada en las distintas generaciones. La caida del hombre, que con tal naturalidad cuenta el Génesis, puede muy bien ser el punto de partida para algunos relatos del género Zola; la familia de Lot, la de Cain, los habitantes de Sodoma y Gomorra pueden ser borrachos, incestuosos y asesinos, hasta la cuarta generación, sin lastimar el espíritu del Evangelio.

Dada la neurosis heredada de Zola, dado el pecado original en la familia humana, es fácil imaginar un ciclo de historias en las cuales sea siempre el elemento dramático la enfermedad, es decir, el pecado. Zola, pues, á haber cambiado de punto de partida, á haber dado á sus personajes otro medio am-

biente ménos impío, no hubiera perdido nada. En efecto, *Nana* podrá existir siempre, ya se suponga que la impulsan á obrar determinados estados, que bien podemos llamar patológicos, ya se suponga que cayó como Eva y que tiene los diablos en el cuerpo.

Si para nada necesita Zola seguir la escuela de la evolución; si el punto de partida de sus novelas no es lo importante en ellas; si los asuntos que toca pueden desarrollarse del mismo modo á impulsos de las solicitaciones de la carne y en el medio ambiente del pecado, no hay razón para suponer que el autor de toda novela naturalista ha de creer á puño cerrado la hipótesis de Darwin y comulgar con Hartmann teorías de lo inconsciente,

Los escritores naturalistas españoles no han necesitado de esos tiquis miquis, y han hecho obras en las cuales la realidad palpita y trasciende; pronto tendremos ocasión de ver que nuestro Mesonero Romanos no ha ido en zaga al mismo Zola en esto de cuadros vivos y frases punzantes, á pesar de ser hombre chapado á la antigua y cristiano viejo.

El procedimiento del género naturalista actual no estriba, por tanto, en acomodarse á la selección natural, á la lucha por la existencia, á la adaptación del medio, á la trasmisión hereditaria, ni á otras leyes más ó

menos reales ó hipotéticas, sino que, por el contrario, se funda en la manera, en el estilo, en el ver y relatar del que rima ó novela.

Zola posee el don de la frase gráfica, el lujo del contraste, el secreto de la nimiedad del detalle; entra y sale por los asuntos sin que le detengan preocupaciones de escuela ni conveniencias sociales, lo sacrifica todo á la perfección del cuadro vivo. Sus personajes son cínicos á la manera de Crátes, se toman todas las libertades imaginables delante del público, pero las realizan con cierta gravedad filosófica.

He aquí cuatro frases cambiadas entre dos personajes de *L'Assommoir*, entre las tristezas de un velatorio: —¿Qué ruido es este? —¡Es la muerta que se vacia!....

Rollinat no ha podido hallar ni una sola tan feliz en sus rimas á La Morgue ni en su balada Al Cadáver.

Pero estas mismas genialidades, en las que Zola descuella por virtud, no de su preceptiva, sino de su especial idiosincrasia, hacen caer á sus admiradores en groserías y desnudeces vulgares, y siembran en el campo de las letras peligrosa cizaña. Lo que Zola hace para fotografiar más vivamente las costumbres, para meter sentidos adentro lo que mira ó palpa, lo practican sus seguidores por pura imitación y servilismo de escuela. Las frases desarmadas, mal olientes y mal sonantes, se intercalan ya en los períodos con

inexplicable deleite; fruición siéntese gustosa cuando se ha encontrado alguna palpitante y sobajeada como las que preconiza el maestro, y se hace á ellas la oreja del lector frívolo poco á poco.

Y lo peor del caso es que la corriente, ó la moda, se impone aún á aquellos ménos afectos á tan peligrosas novedades.

«Yo, prima, no sé de cultos
Porque á Góngora no entiendo»

decía Alarcón, que no dejaba de pagar su tributo al culteranismo de su tiempo. Cuando el género naturalista acabe de imponerse á las letras modernas, si nace algún émulo de Rengifo, se quedará patidifuso.

En nuestros escritores del siglo de oro se pone de relieve lo que llega á ser el abuso de ciertas corrientes. Cabe imitar á Cervantes porque tomó de nuestra habla lo bello y lo imperecedero y despreció lo accidental y pegadizo, cuando no le obligaron las exigencias del asunto; mas no es fácil seguir las huellas de Quevedo, para el cual no existieron valladares ni conveniencias, y cuya pluma se empapó con igual franqueza, ya en la escribanía de plata de la cámara palaciega, ya en el tintero de cuerno del alguacil alguacilado.

La frase culterana y tornadiza del señor de la Torre de Juan Abad suspende y enca-

dena; sus rasgos, á las veces pedestres, á las veces levantados, cautivan el ánimo y causan espeluznos; esa mezcla de interjección de cuerpo de guardia y de sutilezas cortesanas forman en él un estilo *sui generis* que solo Villarod logró interpretar de un modo pálido. Pero estas mismas dotes, propias y excepcionales, hicieron que el autor de La Visita de los Chistes y del Cuento de Cuentos tuviera pocos discípulos aprovechados.

Lo mismo acontece con Zola. El lenguaje, que conoce y emplea con tanta fortuna, debe ser un obstáculo insuperable para sus prosélitos y trae á las letras un gongorismo naturalista del peor género.

Por que si la escuela culterana pecó por carta de ménos, no siendo entendida por nadie, el culteranismo naturalista que hoy se inicia en España peca yá por carta de más, dando á barato las frases más tabernarias y caseras, y siendo claro y trasparente hasta para el entendimiento más romo.

II

Sin el propósito de analizar ni de poner de relieve las condiciones de la escuela literaria que se halla en el trípode actualmente, he adelantado algunas opiniones propias; y es que los conceptos se parecen á las cerezas

cuando reposan en el frutero: es difícil sacar una sin que las demás se entrelacen y enreden.

Todos conocen al autor de *L'Assommoir;* todos han saludado á Mesonero Romanos, el curioso parlante de las Escenas matritenses; todos han podido apreciar las intencionadas obras de Daudet, el que relató las aventuras de *El Nabab* y nos contó las cuitas de *Los Reyes en el destierro.*

Estos tres escritores, en quienes la realidad encontró notables intérpretes, parecen haberse puesto de acuerdo para tratar un asunto que exige honda observación, pluma segura y pensamiento analizador y humano. Zola escribió La Muerte del rico; Daudet, La muerte del Duque M***; Mesonero Romanos, La noche de vela. La exposición de estos tres cuadros es el objeto de este ligero estudio, y comenzaré por el de Emilio Zola, que está, como todos los suyos, lleno de color y de contrastes.

El Conde de Vesteuil es un rico á la moda: ha brillado en el mundo de los nobles, de los sabios y de los políticos y tiene por esposa á una linda rubia de formas redondas y de piel blanca. Cada cual de los cónyuges vive en su círculo, aunque unidos aparentemente por los lazos de la conveniencia. «Son dos buenos amigos egoistas, que aparecen enamorados ante el mundo y reciben íntimos en sus respectivas habitaciones.»

Cierta noche en que la Condesa vuelve de un baile, dícenla que el Conde se halla indispuesto; pero como ella está cansada y soñolienta, acuéstase sin verle, encargando que la despierten á las diez, hora en que debe llegar su modista.

Al dia siguiente permanece el Conde en cama, y la esposa se cree obligada á visitar ceremoniosamente al esposo. Este empeora: una segunda visita sigue á largo espacio á la primera; como la linda rubia tiene sus ocupaciones apremiantes y perentorias, apenas se ofrece á ocupar la cabecera. El enfermo no para mientes en ello: siente esa amarga alegría del egoista que desea morir solo, sin sufrir en su lecho los horrores que causa la farsa del dolor. Su última voluntad consiste en acabar como hombre de mundo, sin molestar ni causar repugnancia.

Llega el fatal momento: los médicos han vuelto la espalda fingiendo gran pena, y se preparan los últimos auxilios. Es hora de que se acerque la familia al lecho mortuorio, El Conde y la Condesa tienen hijos que, aun cuando viven léjos de sus padres, les visitan de vez en cuando, y vienen á verle morir. La respiración del enfermo se oye en la ámplia habitación como el ruido de un reloj descompuesto ¡Es un hombre bien educado que se vá! Abraza á su mujer y á sus dos hijos, les indica que se aparten, vuélvese del lado de la pared y espira.

Después vienen todas esas faenas indispensables en las muertes del gran mundo, el embalsamamiento, el decorado de la capilla ardiente, las lujosas exequias el y deslumbrador entierro. El férretro sale al fin ruidosamente del lujoso palacio, y entre tanto, la Condesa, reclinada en una mecedora, entretenida con los cordones de su cinturón, mira al pavimento tranquila y soñadora.

Terminado el largo Oficio de difuntos, el cortejo se pone en marcha hácia el camposanto. Van muchos coches y en ellos se habla de todo ménos del muerto. Sobre la fosa se leen discursos, se rezan preces se recitan ditirambos; despues «los sacerdotes bendicen el cadáver, las cuerdas del ataud producen un ruido sordo, rechina la caja de encina. El señor Conde de Verteuil está en su panteón, es decir, en su casa» Y la Condesa no se ha movído de la mecedora: contiuúa jugando con los cordones de su cinturón, entregada á pensamientos que hacen al fin recobrar el perdido color á las mejillas de tan encantadora rubia.

Tal es el esqueleto de *La Muerte del rico* de Zola; en los detalles que pudiéramos llamar de indumentaria, el talento del autor de *Nana* ha hecho prodigios. Hay toques fríos y punzantes, y pinceladas á lo Hogart: cierto criado se guarda una cuchara en el bolsillo para que no se rompa el orden perfecto que reina en la sala.

Veamos ahora el lienzo de Alfonso Daudet.

Este lienzo, como el gran cuadro titulado *El Nabab*, tiene modelo conocido. Daudet no hizo más que trasladar á su cartera de estudios y paisajes el perfil mortuorio de su antiguo Mecénas y anfitrión, el disoluto Duque de M***.

El fondo de este cuadro lo forma un salon confortable, con su cómoda chimenea, junto á la cual la figura principal, que se delinea de un rasgo, busca los rayos del sol de Marzo y siente escalofríos bajo su abrigo de pieles de *renard bleu*.

Esta figura, pulcra y atildada, es la del Duque de M***, que dejará pronto la existencia como verdadero hombre de mundo; de un modo imprevisto, rápido, discreto. «Sans faner une fleur dans les grands escaliers du palais, sans casser une branche aux marronniers du jardin.»

Tosió una mañana, y los doctores le aseguraron que no tenia nada; pero la Duquesa dijole al pasar que se escuchaba demasiado», y no encontrándose ágil para salir, permaneció cerca del fuego. Murmurábase ya en las antesalas; los médicos se preocupaban seriamente. Sólo el Duque y la Duquesa dudaban de la gravedad del mal.

A los pocos dias, el delicado, el elegante Duque de M***, que tenía horror á todas las miserias humanas, sobre todo á las

enfermedades, sintió que hacia la primera concesión á la muerte: notóse una delgada hebra sanguinolenta que se deslizaba de su labio á su barba, manchando su almohada con ligero tinte rojo.

Poco despues, un íntimo á quien consultó acerca de su estado, contestóle tristemente: «Malo va eso, mi pobre Augusto.» En aquel mismo punto, al otro extremo del palacio, en el departamento de la Duquesa, se verificaba una animada reunión de confianza; la música llegaba á su oido confusamente.

El Duque se siente morir; pero como ha de acabar como hombre serio, procura no dejar rastro de sus devaneos, y quema las cartas de sus queridas. Aquellos menudos paquetes dejan tan sólo una fugaz llamarada color de rosa, y son, á poco, resíduos de fina ceniza, sin el menor perfume de tocador ni de manguito de mujer.

El palacio se desordena. Los amigos, los acreedores y los parásitos le han tomado por asalto. Llegado el Arzobispo de París, y cumplidas ostentosamente las exigencias postreras, el Duque está en condiciones de morir..... y muere.

Daudet entró en el palacio al dia siguiente. El vacío se había hecho en torno del cadáver, y sin embargo, el jardín continuaba verde y frondoso y las alegrías mundanas animaban sus alrededores. En el acto del embalsamamiento se estudió el cráneo del Du-

que; su masa encefálica pesaba mucho...: mucho. «Los periódicos de aquél tiempo dieron la cifra; pero hoy ¿quién se acuerda de eso?

Como es fácil de ver, comparando estos bocetos, una y otra pintura están tomadas desde el mismo punto de vista y casi á la misma luz. Resultan como notas desconsoladoras ó realistas, en una y otra descripción, las figuras de la condesa de Verteuil y de la duquesa de M***, figuras marmóreas y heladas, que si no son esposas ni mujeres, ni siquiera seres organizados, de los cuales sería conveniente que hubiese en la vida real pocos ejemplares.

Zola extremando la crudeza, hace que Fernando y Blanca, hijos de Verteuil, vean morir á su padre con la indiferencia más completa, Daudet se contenta con decír que la Duquesa de M***, se arrodilló en el dormitorio donde espiraba el Duque, con fervores de española; Mesonero Romanos vá, acaso, más léjos.

Los vínculos de familia rotos por el trato ceremonioso del gran mundo, el libertinaje naciendo de la separación de buen tono, el órden y la etiqueta incólumes hasta en los momentos supremos en que el señor es arrebatado por la muerte; hé aquí lo que hace que, en el asunto de que se trata, Zola se confunda con Daudet. Hay, sin embargo, una diferencia, que, aunque no coloca á

Daudet, como quiere Zola «en ese punto exquisito que separa á la realidad de la poesía» sino dentro de la realidad misma, dá carácter propio y distingue á ambos trabajos á la primera ojeada. En Zola existe el detalle punzante y satírico externo, que se pone de relieve en la insustancial conversación del duelo que vá en carruaje al campo santo y en el lujo aparatoso del entierro del Conde; en Daudet, el detalle interno y profundo, que es más difícil de encontrar, pero cuya impresion es más honda una vez descubierta: las frases de las cartas quemadas por el rico moribundo, y el cuerpo embalsamado del Duque, cuyo cráneo vió relleno de esponjas y cuyos sesos se depositaron en una cubeta.

Pero hablemos ya de Mesonero.

Es *La Noche de vela* una de las escenas matritenses que hicieron su reputación de escritor intencionado y castizo, y relátase en ella, como en los cuadros de Zola y Daudet, la muerte de un rico.

En *La Noche de vela* el asunto es un poco más complicado, pero se abre la escena del mismo modo. Cierto condesito del Tremedal, que como el conde del Verteuil y el Duque de M***, es sujeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales y su desenfadada imaginación, cae enfermo al volver de un baile. «Todas estas dotes—dice Mesonero, como después dijo Zola—no le servían de nada, pues se ha-

llaba preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni más ni ménos que el último parroquiano del hospital.»

Rodeaban su lecho su esposa, un íntimo amigo, una solterona hermana del Conde, que esperaba heredar su título—porque el de Tremedal no tenía hijos—y varios parientes y allegados de la casa. El lápiz de Mesonero delinea así una de dichas figuras de primer término:

«Luego venía, en la serie de sus veladores, un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa, militar cortesano, cómplice en las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal, de suplir su ausencia en el palco, en el salón, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.»

El sétimo día, día crítico, el facultativo de cabecera cita á junta de médicos, temeroso de la gran responsabilidad que iba á cargar su única persona, y deseoso de repartirla con otros compañeros que, cuando no otra cosa, viníeran á atestiguar que el enfermo se había muerto con todas las reglas del arte.

La junta se celebra, y en ella los galenos hablan de todo ménos de la enfermedad del Conde. Esta conversación de *La Noche*

de vela es tan intencionada, por lo ménos, como la del duelo que vá en coche, del artículo de Zola, y es un prodigio en Mesonero de naturalidad y de gracia. En ella se describen desde las corbatas hasta los carruajes.

La familia se impacienta, y uno de la parentela se decide á entreabrir la puerta del salón en que se celebra la junta para decir á la ciencia que el enfermo se agrava por momentos. La ciencia contesta que tenga el enfermo una poquita de paciencia para morirse, que ya acordarán lo necesario.

«Entre tanto, uno de los asistentes se hace cargo del improvisado botiquín, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasifica con sendos rótulos la oportunidad de cada uno: da cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribe un programa formal de operaciones desde la hora presente hasta la salida del sol.»

Mesonero, como Zola, se detiene en este pasaje en describir lo externo y lo insignificante, para buscar el contraste que ofrece el estado de la condesita del Tremedal, figura decorativa también en este estudio, y que se destaca por oscuro en el cuadro de *La Noche de vela*. Hace notar el órden que reina en la sala, los cuidados, no de la consorte, sino del mayordomo hacia el enfermo; se deleita, en fin, en poner de relieve que manos mercenarias é indiferentes revolvían al

moribundo en su lecho y ahuecaban sus almohadas.

Después, llevando de la mano al lector léjos de la alcoba mortuoria, dice: «Entre tanto, en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras, aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenía los almohadones, y de paso la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso, tenía entrambas manos fuertemente estrechadas con las suyas.»

Y aquí camina la historia á su fin.

De pronto, siéntese algo grave en la habitación del enfermo; acuden todos, llámase al médico, al confesor, al escribano ¡Pobrecíto, se ha muerto! Los hombres imponen silencio á voces. Las mujeres chillan. La vieja reza un latín que no entendiera el mismo San Jerónimo. La señora se desmaya y cae redonda....en un sofá. El de Tremedal no ha muerto todavía: fué un ligero desmayo; puede hacer testamento. La ansiedad se pinta en todos los semblantes, y como el señor Conde no tiene sucesión y se espera que su hermana herede el título todos abandonan á la condesita consorte — incluso su galanteador — y hacen mimos á la futura Condesa solterona, cuyo feo rostro está desfigurado por dolorosas muecas y contracciones.

Al cabo, la puerta del gabinete se abre y

aparece el notario que ha cumplido su ministerio. Después de declarar que el Conde ha muerto, manifiesta que, habiendo un hijo natural del difunto, aquél, y no su hermana ni su esposa, le habrá de heredar. Sin embargo, existe un mandato conciliatorio; se nombra á la condesita víuda tutora y gobernadora, y de este modo va el muerto al hoyo y vuelven á ella los favores de los circunstantes.

Preciso sería para establecer un perfecto paralelo transcribir íntegros los tres croquis literarios á que se refieren estos apuntes; pero como son conocidos de todos aquellos que tienen ciertas aficiones, supongo que basta á mi propósito lo fielmente entresacado.

Como puede observarse, la realidad está vista en los tres cuadros por el mismo lado pesimista y desconsolador. Lo mismo en Zola, que en Daudet y Mesonero, la viuda apenas se cura del difunto y ni tiene arrebatos de esposa ni de enamorada; las personas que rodean al enfermo cumplen maquinalmente deberes de oficio y convencionalismos sociales; el vacío se hace en torno del paciente á medida que se agrava su estado, y más que del ser que espira, cuídase del ornato de la casa y de la conservación de las formas externas. Un helado medio ambiente envuelve estas tres figuras de mujer, perfumadas, rizadas, vestidas elegantemente ó in-

tencionalmente en deshabillé; las familias respectivas son esculturas de carne, que se mueven impulsadas por el mismo resorte: la avaricia y la indiferencia.

En cambio, las bellezas de detalle y los punzantes toques satíricos abundan de tal modo en las tres descripciones, que no es fácil conceder la primacía á ninguna de ellas. El contraste que ofrece el aparato externo que rodea al Conde de Verteuil, con la carencia de afectos íntimos que hace el vacío en torno suyo, es en Zola verdaderamente diabólico; la pulcritud del ilustre Duque de M***, rota por un hilo de baba sanguinolenta, causa en Daudet el efecto de la punta del bisturí sobre la epidermis; la conversación de los médicos del condesito del Tremedal, parte en que se detiene con malévola complacencia Mesonero Romanos, tiene algo de sarcástico y terrible, como el diálogo de los sepultureros de Hamlet.

Ahora bien: ¿quién es más naturalista de los tres?

¿Qué puede exigirse á Mesonero Romanos que no haya prodigado á manos llenas en este trabajo, adelantándose á los dos celebrados jefes del naturalismo traspirenáico?

Si no temiéramos adelantar ideas de cierto género, diríamos que son por extremo raras las coincidencias en los trabajos que acabamos de comparar, y que no pudieron escribirse los dos primeros sin haber co-

nocido el último. Gran campo se ofrecería al crítico en este punto, recordando la influencia del realismo español en la escuela literaria francesa, desde las imitaciones ó latrocinios de Lesage hasta la época presente. Pero como tal trabajo pediría criterio más seguro y mayor detenimiento, dejo tan árdua empresa á plumas mejor cortadas.

Shakespeare y Voltaire

I

Paréceme de gran actualidad en los momentos presentes, y con motivo de la erección de la estátua de Guillermo Shakespeare en el elegante boulevard Haussman de Paris, recordar de qué modo penetraron las obras del gran poeta inglés en la capital vecina, y cómo al través de grandes controversias y de orgullos literarios se hicieron al fin plaza, domeñando las tendencias clásicas amuralladas en los privilejiados cerebros de Racine y de Voltaire.

Si el autor de Hamlet levantara la cabeza, de su ignorado sepulcro, se asombraría al ver cómo aquella Francia que se creía poseedora de la máscara greco romana y de la herencia de Eurípides, Sofocles y demás genios clásicos, inclinaba al fin la frente ante sus *bárbaras* creaciones, y llegaba paso á paso hasta el punto de colocarle en estátua

cerca de sí, contribuyendo á su apoteosis y dándole señalado lugar entre sus genios predilectos.

Y se hubiese asombrado, porque ningún pueblo se resistió como el francés á concederle el lugar que merecía en la república de las letras por sus obras inmortales y por sus originales creaciones. Dominada la escena traspirenáica por Racine y Voltaire, é ignoradas casi por completo las tendencias de la escuela shakesperiana y calderoniana, eran vistas con desdén, si fueron conocidas, las obras inglesas y españolas forjadas en los nuevos troqueles románticos, y menospreciadas por aquellos fanáticos de la forma que resucitaban Edipos, Ifigenias y Medeas, y que tachaban de bárbaro todo lo que no tenia el atildamiento y el sabor de Esquilo, de Plauto ó de Menandro.

Afortunadamente para la Francia, una manía de Voltaire llevó á París las primeras reminiscencias del teatro de Shakespeare. La moda de conocer ó de dar por conocidas las literaturas extranjeras se había iniciado con el enciclopedismo ya palpitante, y Voltaire quiso probar su competencia en ellas publicando sus célebres *Cartas inglesas*. Debe suponerse que estas *cartas*, producto de la notable intuición crítica del autor de *Micromegas*, no fueron todo lo estudiadas que debieron ser, y acaso sus deficiencias determinaron el viaje á Inglaterra que el autor dió des-

pués de escritas ó después de publicadas, porque muchas de sus afirmaciones hallaron en obras posteriores, rectificación ó enmienda disimulada y artificiosa.

Voltaire, al llegar á la pérfida Albión, halló un fenómeno para él inexplicable. El pueblo ingles, en vez de deleitarse con las producciones extr idas de la literatura clásica, deleitábase en los dramas trágicos de un escritor de baja estofa y de propensiones vulgares, que aunque solía escribir alguna vez de griegos y latinos, *estraviábase* las más veces, llevando al teatro los hechos íntimos y los sentimientos, no de los héroes y semidioses, sino de los pobres humanos.

Un mercader de Venecia, un moro bárbaro y celoso, un doncelillo vulgar, una pobre niña loca de amores ó un ambicioso soñador y atrabiliario, solían dar los asuntos para sus producciones, y de tal modo amarraba el poeta á su carro de triunfo al auditorío, que Voltaire veía contraerse las fisonomías, entreabrirse las bocas, y verter lágrimas los ojos.

—¿Quién es el autor de estas obras?—preguntó, sin duda, á su vecino, con aquella sonrisa sarcástica que ha llegado á ser su mejor distintivo.

—¡Es el gran Shakespeare! – debió contestarle algún obrero de City ó algún patrón de la orilla del Támesis – biznieto de los que llenaban el *Corral del Globo*.

—¡Shakespeare! ¡ah!

Y Voltaire tuvo con esto la revelación primera de un talento poderoso y de un género de obras dramáticas que el mismo Pedro Corneille no pudo encontrar en sus búsquedas españolas. ¿Qué efecto produjo en el admirador de Racine la representación del *Hamlet* ó de *El moro de Venecia*? ¡Quien podia saberlo! En aquel rostro impenetrable, en el cual sólo se pintaba el sarcasmo, la curiosidad y la indiferencia, no era fácil encontrar las líneas reveladoras del pensamiento: pero, á juzgar por sus escritos posteriores, los dramas del Shakespeare le abrieron horizontes desconocidos para él, le iniciaron en esos misterios de la tragedia humana que hacen juego de niños los trabajos de Hércules y los miedos de Onfade, y sintió, acaso por primera vez en su vida, que su génio dramático se empequeñecia al compararlo con el de aquel, como se empequeñece el grano de arena junto á la pirámide.

Voltaire volvió de Inglaterra rico en ideas nuevas, como él mismo ha confesado, y saturado de aquellas corrientes puritanas y escépticas que habían hecho rodar la cabeza de un soberano; el nombre de Shakespeare y su gran talento, fué para él aguijon tan poderoso, que, á su pesar, le ocupó en las veladas y estudios que hizo á su regreso.

Para dar muestra de que había logrado encontrar en Inglaterra un tesoro escondido,

y de que sus observaciones eran profundas y originales, como correspondía á crítico de sus prendas, tradujo el bellísimo monólogo del *Hamlet*, que causó gran sensación entre los literatos de su tiempo.

Sin embargo, Voltaire se guardó muy bien de ponderar los méritos de Shakespeare de modo que pudieran vulnerar ó eclipsar la valía de la escuela francesa.

Los elogios prematuros de Shakespeare, hechos por autoridad tan conocida como Voltaire, despertaron la curiosidad de los émulos de Racine y la escuela clásica, y produjeron trabajos particulares sobre las concepciones del histrión-poeta.

Voltaire había dicho que Shakespeare llevaba en Inglaterra el sobrenombre de Divino; que ni durante las representaciones de la *Andrómaca* de Racine, ni del *Catón* de Adisooni, había visto tan llenos los coliseos como cuando se representaban las antiguas obras de Shakespeare: y que ya con conocimiento suficiente de la lengua del dramaturgo, comprendía que el público inglés tenía razón en darle la preferencia, pues no se engañan fácilmente el corazón ni el sentimiento del pueblo.

Voltaire expresaba estas ideas en 1730, cuando aún no había escrito su *Zaira* y cuando estaba encariñado todavía con las obras de Racine, cuyos versos magistrales recitaba con respeto y entusiasmo.

Acontece con las opiniones de los hombres eminentes algo parecido á lo que pasa con ciertas enfermedades; el contagio se dá de tal modo que pronto se convierte en epidemía incurable. Mucho de esto ocurrió con las idas de Voltairè sobre Shakespeare en Francia; porque al poco tiempo el gran dramático era llevado y traído por las tertulias literarías, sin conocerse apenas, y hasta salieron imitadores, que, como Marmontel, que no sabia inglés, según afirman sus críticos, hizo ensayos shakesperianos en el teatro, que fueron representados por el célebre actor Garrik, y en los cuales actor y autor creian haber correjido á su modelo.

El triunfo del autor de *Romeo* y *Julieta* llegó á ser tan completo, que el hijo de Racine, de quien dice Villemain que era elegante poeta, fue uno de sus admiradores; algún Latorneur y Ducis, y otros menos celebrados, le estudiaron con avidéz, y este último logró más tarde vulgarizar sus principales obras. Shakespeare había pasado el Rubicon y reinaba en las márgenes del Sena: se discutía y se elojiaba, se aplaudía y se penetraba en las entrañas de sus obras.

II

No dejaron de entorpecer la marcha triunfal de las obras del gran trágico en la nación

transpirenáica los errores y *lapsus* de la Tourneur y las críticas despiadadas del eximio La Harpe; pero, á pesar de esto, las obras de Shakespeare se impusieron hasta en los centros y las academias más apegadas á la máquina mitológica y á la existencia de las unidades.

Entonces se dió el raro fenómeno que vamos á consignar, y que motiva estas líneas. Voltaire, el heraldo del dramaturgo, su primer encomiador, el que se había creído honrado con las primacías de *Hamlet*, traduciendo galantemente, como hemos dicho, el célebre monólogo; el que había hecho el sacrificio de llegar á las orillas del Támesis á recoger el sabroso fruto de sus geniales concepciones, levantó la bandera de la rebelión y se puso á la cabeza de los críticos antishakesperianos. Nada más punzante y fino que las diatribas que dirijió á su antiguo ídolo en sus escritos, en sus epístolas y en sus conversaciones familiares; aquella pluma acerada y cortante, aquella lengua ágil y burlona, no se daban punto de reposo en desprestigio de Shakespeare algunos años más tarde.

Y el fenómeno tenía fácil explicación. Voltaire, educado en la escuela clásica, creyéndose representante de las buenas tradiciones, y uniendo con orgullo su nombre á los de Corneille y Racine, no creyó nunca que un escritor inconsciente, bárbaro, amamantado en el seno del pueblo inglés, y con

sus groseras propensiones, pudiera llegar nunca á eclipsar su gloria ni á atravesarse en su camino robándole el cetro de la escena patria; si le había tratado con benevolencia; si había sacado algunas perlas del légamo de sus tragedias, esparciéndolas por Francia, era sólo para probar los milagros que suele hacer el talento, aun bajo la ruda corteza de un histrión indocto.

¿Ni como había de pensar nunca que Shaskespeare pudiera sobrepujar los elegantes versos de Racine y Corneille, ni competir con él mismo, al confeccionar, tramar, desarrollar y encerrar una tragedia en las difíciles unidades preceptuadas? A más de que Shakespeare estaba muerto, y la resurrección que de él hacían los Latourneur y comparsa estaba juzgada por sí misma, el autor de *Henriada* creía bastarse á sí mismo para reducir á la nada al saltimbanqui inglés, á quien había puesto por lástima una corona de encina. Voltaire se decidió, pues, á poner inmediatamente manos á la obra de demolición de las glorias de Shakespeare, y se confesó á sí mismo que había pecado mortalmente.

La Harpe había señalado las incongruencias de los dramas de Shakespeare, los anacronismos de que estaban plagados, las faltas de unidad de acción y de lugar que involucraban los sucesos. Voltaire, fundándose en esto y en la rudeza y libertad del diálogo,

afirmó que los groseros personajes de Shakespeare no podian pisar los palacios, y que sus protagonistas hablaban sin distinción el lenguaje del patrón y del carnicero de New-Place.

En los últimos días, y en su retiro de Fermey, Voltaire, que acababa su drama *Las Leyes de Minos*, escribía lo siguiente:

«¿Habeis leído sus abominables fantasías? ¿No hay en Francia cuerno quemado con que atufarle, hopas con que vestirle, ni orejas de asnos que colocarle en la frente? Hierve la sangre en mis viejas venas hablándoos de él, y vuestra impasibilidad me irrita. Y lo más vergonzoso es que el mónstruo tiene partido en Francia, y para colmo de calamidad y horror tengo que confesar que fuí yo el primero que le dí á conocer aquí, que pronunció su nombre, que entresacó de su fogón algunas sartas de perlas. ¡Ah! no me digais que yo pude servir un dia para arrojar á las plantas de ese histrión bárbaro las coronas de Racine y Corneille; no monteis en cólera contra mí, que no reincidiré en tal pecado.»

Después de ampliar estos pensamientos, Voltaire emulaba á su antiguo ídolo con los Pierrots de la feria de San German, opinando que estos eran Cinnas y Filoctetes comparados con el fetiche á quien Latourneur llamaba dios del teatro.

Y no paró aquí la saña del autor de *Jai-*

ra, según siguen contándonos los comentadores de Ducis, sino que llevó sus odios hasta los escaños de la Academia Francesa, poniendo pleito á las traducciones shakesperianas.

Para ello recorrió con el ardor de aquella naturaleza siempre jóven todas las obras de Guillermo Shakespeare, y señaló con su ojeada viva y pertinaz las deficiencias en que abundaban á su juicio. Las frases atrevidas, las obsesiones, las obscenidades, los anacronismos y faltas de estética señalados por la Harpe se agrandaron bajo los puntos de su pluma cáustica, llegando á presentar al pobre poeta inglés ante el docto Cuerpo como un saltimbanqui que tiene la osadía de exhibirse en la fastuosa corte de Luis XIV, cubierto de infladas vejigas y queriendo cambiar sus productos por las obras de los grandes maestros. No faltaron académicos que en el curso de aquellas discusiones, que se prolongaron casi todo un siglo, hicieran notar que la pasión extraviaba á Voltaire, que si bien es cierto que las obras del gran dramaturgo no eran, perfectas, en cambio estaban saturadas de lo que aun no se llamaba naturalismo, y eran por tanto, asequibles á los públicos de todas las naciones. Voltaíre en tanto continuaba su campaña de difamación, siendo lo más extraño que, á su pesar, iba nutriendo en las de su rival sus postreras creaciones.

Algun tiempo después cuando Ducis tradujo francamente el *Macbeth* y se dedicó con increible abnegación y pertinacia á dar á conocer á Shakespeare tal como él lo entendía, pudo revelarse el secreto de la supremacía del autor inglés en las letras francesas.

Los dioses y los héroes se iban; la mitología se anticuaba, y las pasiones del ciclo ateo que habían dado asunto á las tragedias clásicas, no conmovían los ánimos en la última etapa del siglo que espiraba. Los espectadores estaban poco familiarizados con las euménides y las arpías, y conocían mejor á las brujas de Shakespeare que solían hallar todavía en su camino como los campesinos de la Edad Media.

Clitemnestra, Ifigenia, la misma Jaira de Voltaire, ya un tanto shakesperiana, eran para ellos más desconocidas que la triste Ofelía, pobre muchacha enamorada que pasaba cantando tristemente y vertiendo flores por la escena. Entre Orestes y Hamlet no habían de dudar; aquél estaba atormentado por pirias y animales fabulosos, mientras que éste era desgarrado por las harpías del dolor terreno, cuyas uñas sentía á la vez el espectador en sus entrañas.

Racine y Voltaire, dedicados á los apacibles estudios clásicos, vivían en completa familiaridad con el Olimpo y con los héroes y semidioses; Shakespeare, aunque alguna que otra vez rindiera parias á esas aficiones

que eran casi la epidemia que invadia á los eruditos como Bacón y otros de sus contemporáneos, no prestó nunca gran atención á estos asuntos, y pruébalo victoriosamente la escasa fama de que disfrutan aquellas de sus obras que: como *Timón* de Atenas y Triolo y Crésida, quiso vestir á la griega ó al modo romano.

Si Voltaire no hubiera sido académico y naciera después del advenimiento del Terror en Francia, acaso hubiera revelado en sus tragedias los horrores y las grandes catástrofes, y escrito obras del género de Macbeht y de Enrique III; pero las perspectivas de Fermey no eran las de Newplace; Voltaire veia allí ninfas y Dianas cazadoras; y Shakespeare cabezas de nobles y de reyes ensangrentando los tajos.

Chateaubriand, con su pasmosa erudición recorre los horrores del siglo de Shakespeare, y dice: «En España pudo ver la muerte del Príncipe Don Cárlos; en Italia la historia de los Cenci; en Alemania el Príncipe de Wallenstein; en Francia la Saint Bartelemy, en Inglaterra, Juana Grey decapitada, Ana Bolena midiendo su cuello con la cuchilla del verdugo, las demasías de Enrique VIII, sus reformas, sus destrucciones de conventos, sus esposas, sus queridas y sus verdugos. El autor de *Romeo* y *Julieta* tenía veinte y tres años cuando decapitaron á María Stuard.»

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

Los poetas dramáticos precursores de Shakespeare y sus contemporáneos Fitetcher y Reaumont tampoco siguieron los moldes clásicos; sus composiciones, rudas y llenas de pinturas terribles, parecían un tejido de crímenes, y reflejaban los acontecimientos que apunta Chateaubriand, y que determinaron sin duda la creación de esos tipos geniales de reyes ciegos, príncipes locos, mujeres enamoradas y criminales, celosos Otellos y hermosas víctimas propiciatorias.

En vano hubieran querido Racine y Voltaire penetrar en los grandes misterios del vicio y del crimen que á Shakespeare les fueron familiares; y que puso de relieve á las muchedumbres de la City en los oscuros antros de aquel *Teatro* del Globo, que parecía levantado para ser el marco de los cuadros que escitaban el espanto popular; sus Orestes y Edipos siempre tuvieron algo del atildamiento y la compostura de sus creadores.

III

Ocasión propicia es la presente para tocar un punto que parece que se dilucida en estos momentos por una asociación de eruditos ingleses. La especie de que las obras dramáticas, cuya importación costó á Francia un siglo de controversias literarias no

son de Shakespeare, sino del célebre Francisco Bacón, contemporáneo del autor de Hamlet.

Las razones espuestas en la segunda parte de este lijero trabajo nos parece que responden victoriosamente. Guillermo Shakespeare no fué un erudito, sino un actor que, dotado de un talento clarísimo y de un conocimiento profundo de la época en que vivía, tejió sus fábulas trágicas penetrando en el corazón de su auditorio y arrancándole sus sentimientos y propensiones para arrojárselos despues encarnados en ejemplares humanos.

Familiarizado con la alta y baja sociedad de su tiempo por razón del oficio, que le abría frecuentemente los castillos y los palacios, tuvo el notable tacto de buscar sus asuntos, no en los intrincados vericuetos de las letras greco romanas, sino en las crónicas y manuscritos que más podían interesar á los espectadores.

Hablando Ladevesse hace poco en una de sus Crónicas parisienses de los trabajos que en la actualidad realiza en Inglaterra la indicada Sociedad baconiaca, hace notar también la dificultad de que esas geniales obras puedan ser de otro que del mismo Shakespeare; y, en efecto el autor, de *Hamlet* y de *Romeo* y *Jalieta* no había, como Bacón, estudiado humanidades ni profundizado los modelos clásicos, á juzgar por lo que los esquiva en sus mejores producciones.

Para justificar esto, los Baconianos dicen que la amistad que unió á Bacón y á Shakespeare, y la oposición que la reina Isabel mostraba á que su abogado se ocupara en trabajos literarios, motivó el que Bacón diese sus obras á firmar á Shakespeare, que solo era un cómico listo y afortunado: fundadamento de esto les parece el que haya entre las obras del autor inglés algunas con reminiscencias y asuntos clásicos.

Aún dándose ese caso extremo y resultando ciertas esas connivencías, quedaria por resolver el problema de si Shakespeare fué el firmante ó el colaborador de Bacón en obras determinadas. En efecto, notables diferencias exísten entre *Troilo y Crésida* y *Julieta y Romeo*, entre *Timón de Atenas* y *El rey Lear*, y no es la primera vez que vemos á dos ingenios colaborar en obras dramáticas y disfrutar unidos del éxito.

Por lo pronto, surge la dificultad de que estos dos hombres de tan opuestas tendencias y de tan distinta posición pudieran avenirse á una colaboración constante y á una paridad tan misteriosa. Bacón, filósofo y clásico, Shakespeare, cómico y pintor de dramas humanos, no podían hacer buena compañía.

No insistiremos en este punto, toda vez que no hay razones serías para robar á Shakespeare la paternidad de su teatro; pero sí deploraremos á nuestra vez que cuando se ha

erigido en Francia la estátua del más genial de los poetas trágicos, sean los ingleses los que quieran derribarlo del pedestal. A vivir Voltaire, hubiera ayudado á la buena obra recordando que las bárbaras creaciones del autor de *Macbetch* hicieron palidecer su estrella y le robaron los laureles que ceñia con tanto orgullo; en cambio, Ducis y sus admiradores se hubieran arrojado anhelantes á depositar sus coronas á las plantas de su genio favorito celebrando sus apóteosis en entusiastas estrofas.

A estas fechas ya hace tiempo que se ha levantado el monumento conmemorativo en el ángulo que forma la avenue Messina en el boulevard Haussman en París. Lord Lytton, embajador inglés en la capital, M. de Mezieres, en nombre de la Academia, y M. Jules Claretie, en el del Teatro Francés, fueron, según leimos en la prensa parisién, los encargados de animar la solemnidad con sus talentos: también el gran actor Monnet Sully leyó versos en honor del gran drámático.

La estatua fué regalada á la capital de la república por iniciativa del notable escritor inglés Ringchton, vicepresidente del Congreso literario celebrado en Madrid. Hé aquí la descripción de ella: La figura de Shakespeare aparece de pié, en trage de corte. Un amplio manto, recogido en el brazo izquierdo del poeta, cubre su espalda y se extiende á

sus pies: con su mano derecha sostiene un libro abierto.

»El pedestal de la estátua es obra de M. Deglane, distinguido arquitecto que obtuvo la medalla de oro en el Salón de París. Compónese de un primer cuerpo de roca gris de Hy, cuya parte superior es de piedra blanca de Tercé. En su frente lleva esta inscripción:

WILLIAN

SHAKESPEARE

1561-1616.

»Una guirnalda de frutos corre á lo largo de la cornisa superior, en torno á cuatro máscaras que están esculpidas en los cuatro ángulos. En medio de los frutos, y en una cinta desplegada, aparecen los nombres siguientes:

»Otello, Hamlet Henry VIII, Richard III, La Tempete, Macbetch, Roi Lear, Romeo et Julietta,»

Son los nombres escogidos entre sus más famosas producciones.

FIN.

INDICE

	Páginas
Biografía del autor.	
Don Miguel de Mañara. . . .	23
Rancé y Mañara	55
Mio Cid y Sigfrido.	79
La danza macabra en las campiñas.	107
Gerineldo	131
Nuestros romances moriscos. . .	155
Lucifer, Satanás y Mefistófeles .	183
Brujas, Zahoríes y Hechiceras, .	213
La leyenda de Ashaverus . . .	255
Tres cuadros naturalistas. . . .	261
Shakespeare y Voltaire. . . .	285